

El Evangelio según **MARCOS, 9^a parte**

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 23, N.º 11

MARCOS

**JUICIOS, CRUCIFIXIÓN,
SEPULTURA Y
RESURRECCIÓN
DE JESÚS
(15.1—16.20)**

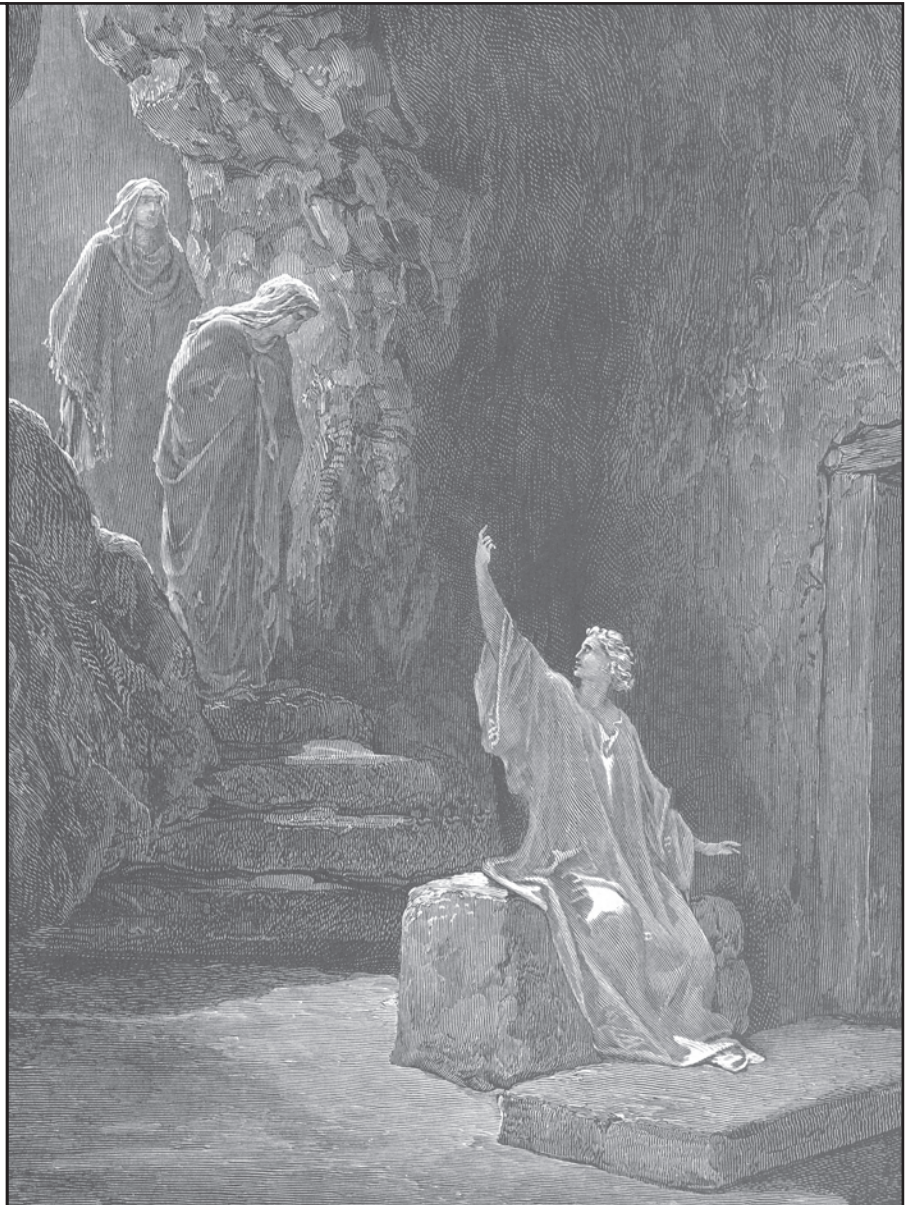
**JUICIOS, CRUCIFIXIÓN
Y SEPULTURA DE JESÚS
(15.1—47)**

**RESURRECCIÓN
DE JESÚS
(16.1—20)**

**Estudio del texto:
Martel Pace**

**Enfoque de la
predicación y
la enseñanza
del texto:
Eddie Cloer**

**EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.**



*«No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno,
el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí;
mirad el lugar en donde le pusieron»
(Marcos 16.6).*

El final más extenso de Marcos (16.9–20)

Muchos comentaristas rechazan que 16.9–20 haya estado en el texto original del Evangelio según Marcos. Algunos que aceptan la sección como auténtica o «canónica», no creen que pertenezca a este lugar en particular de las Escrituras. Sin embargo, no saben en qué otro lugar del Nuevo Testamento deba aparecer la sección.

Se han ofrecido varias explicaciones sobre el origen del pasaje. Por ejemplo, los versículos se han visto como una adición posterior al manuscrito de Marcos. Querría decir que 16.8 fue el final previsto del relato del Evangelio o que se perdió el final original.¹ Dado que el final más extenso no se encuentra en algunos manuscritos antiguos,² fue considerado falso por algunos autores a fines del siglo tercero y principios del siglo cuarto.

Tatian (120–180 d.C.) incluyó Marcos 16.15–20 en su *Diatessaron*, que combina todos los relatos del Evangelio en una sola narrativa.³

Ireneo (130–202 d.C.) apoyó la autenticidad del pasaje. Este gran defensor de la fe utilizó el texto final de Marcos, refiriéndose a él con una evidente seguridad de su autenticidad.⁴

El historiador cristiano Eusebio (c. d.C. 263–339) dijo que «muchas copias del evangelio según Marcos»

con las que estaba familiarizado terminaban con el versículo 8. Sin embargo, insinuó que otras copias de Marcos tenían la conclusión más extensa. Eusebio determinó que «lo que se debe hacer con la lectura es interpretar su significado»; en este proceso comparó el final con el final de Mateo. Dijo que no encontró que la conclusión más extensa estuviera en conflicto con Mateo.⁵

Para el siglo cuarto, Jerome (349–420 d.C.) estaba muy al tanto de la existencia de Marcos 16.9–20 en varios manuscritos,⁶ sin embargo, puede que no haya considerado estos versículos como parte del relato original del Evangelio. Sin embargo, incluyó estos versículos en la Vulgata, su traducción latina de las Escrituras. La sección más larga de Marcos también se incluye en el 99 por ciento de los manuscritos griegos.⁷

J. W. McGarvey⁸ mantuvo la autoría de Marcos en 16.9–20 con una variedad de argumentos. Uno trata con las «palabras nuevas» en esta porción del texto que se dice indican un autor diferente del resto de Marcos. Un académico del siglo diecinueve identificó

(Continúa en la página 52)

⁵ Eusebio *A Marin* 1.1–3.

⁶ R. A. Cole, *The Gospel According to St. Mark: An Introduction and Commentary (El Evangelio según San Marcos: Una Introducción y Comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 258.

⁷ Kurt Aland y Barbara Aland, *The Text of the New Testament (El texto de Nuevo Testamento)*, trad. Erroll F. Rhodes (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1987), 287.

⁸ J. W. McGarvey, *The New Testament Commentary*, vol. 1, *Matthew and Mark (Comentario del Nuevo Testamento)*, vol. 1, *Mateo y Marcos* (Des Moines: Eugene S. Smith, 1875), 377–82.

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2020 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. www.biblecourses.com

Juicios, crucifixión y sepultura de Jesús (continuación)

⇒ MEDITACIONES SOBRE MARCOS 15 ⇐

Desamparado (15.33–41)

La historia revela que los grandes hombres de todos los tiempos han sido, hasta cierto punto, hombres solitarios. Produjeron obras memorables y tuvieron ideas excepcionales dentro de los confines de estilos de vida que pocos comprendieron. Esta característica fue cierta de nuestro Salvador, a quien Isaías describió en la profecía como un hombre que fue «Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro» (Is 53.3a, b).

La soledad de Jesús nunca fue más evidente que en la cruz, donde no solo fue desamparado por el hombre, sino que también fue desamparado por Dios mismo. Su clamor desgarrador «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mt 27.46; Mr 15.34) llegó después de seis horas de agonía en la cruz. Es la única de Sus siete declaraciones en la cruz que se registra tanto en Mateo como en Marcos. Jesús se había enfrentado solo a Sus sufrimientos, y cerca del final de esta muerte en vida, citó el primer versículo de Salmos 22 para expresar la oscuridad y el horror por el que estaba pasando. En Salmos, que llenaron el corazón de nuestro Señor, encontramos una de las interpretaciones más claras de Su vida y de Sus propósitos mesiánicos. Dos autores del Evangelio, debido a la fuerza y el significado de Su pregunta, dieron las palabras que pronunció: «Elí, Elí,¹ ¿lama sabactani?». Luego, dieron la traducción: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado». El clamor ciertamente constituye una revelación de la angustia espiritual y física que nuestro Salvador

soportó por nosotros y es la mayor prueba de Su amor por este mundo de pecadores.

Pero ninguno de los rescatados supo nunca
Cuán profundas fueron las aguas que se cruzaron
Ni cuán oscura fue la noche que el Señor pasó
Antes de encontrar a Su oveja que estaba perdida.²

Cuando consideramos esta pregunta salida de los labios de nuestro Salvador, entramos en el lugar santísimo de la pasión de Cristo. Tenemos que sopesar varios puntos en Su clamor.

1. El primer punto en la declaración es la palabra «Elí», que fue pronunciada dos veces. Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío». Sus palabras no fueron solo una pregunta; fueron una oración. Los autores del Evangelio registraron siete expresiones que cayeron de los labios de Jesús durante Su tiempo en la cruz. Tres de las siete fueron oraciones. En medio de una agonía que seguramente obligó a los ángeles a coger una gran bocanada de aire en desconcierto, nuestro Salvador oró uno de los lamentos más cortos y desconcertantes de todos los tiempos.

2. El segundo punto es la pregunta «¿por qué...?». Este momento, una fracción de segundo entre dos eternidades, es el único momento registrado en los Evangelios cuando Jesús miró hacia el cielo y le preguntó a Dios: «¿Por qué?». Mientras lo contemplamos, simplemente podemos decir que Este que estaba muriendo no era un hombre ordinario. Su muerte no fue una crucifixión ordinaria. ¿Qué evento podría ser tan extenso, tan devastador, que el Hijo de Dios perforaría la cúpula del cielo con esta desgarradora pregunta?

¹ Mateo 27.46 usa el nombre hebreo «Elí, Elí» (ἐλί ἐλί), mientras que Marcos 15.34 tiene el nombre arameo «Eloi, Eloi» (ἐλωϊ ἐλωϊ) para «Dios mío, Dios mío».

² Elizabeth C. Clephane, "The Ninety and Nine" («Las noventa y nueve»), *Songs of Faith and Praise (Cantos de fe y alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

3. El tercer punto es la palabra «has». La torturadora experiencia de Jesús en la cruz fue casi historia. Su pregunta no fue «¿Me desampararás?» sino «¿Por qué me *has* desamparado?» (énfasis añadido). Estaba refiriéndose a lo que le había sucedido. Estaba marcando el viaje que había tomado, el valle que había cruzado. Estaba expresando una descripción de la solitaria y misteriosa noche que había soportado. ¡He aquí el único lugar en las Escrituras donde Jesús, en Su propia elección de palabras, describió cómo fue Su crucifixión!

4. El cuarto punto es a quién le hizo la pregunta. Jesús pudo haber preguntado: «Judas, ¿por qué me traicionaste?». Pudo haber preguntado: «Pedro, ¿cómo pudiste negarme tres veces?». Pudo haberles preguntado a todos los discípulos, «¿Dónde estaban cuando más los necesitaba? ¿Por qué huyeron?». Sorprendentemente, no hizo ninguna de estas preguntas. ¡No! ¡Le hizo una pregunta a Dios! Volvió Sus ojos al Dios todopoderoso, al que siempre cuida de los Suyos; el que defiende a los huérfanos, a las viudas y a los maltratados; el gran Dios que jamás ha fallado en cumplir una promesa y jamás lo hará. Hizo esta penetrante pregunta de Aquel que es el Amigo de los justos y el Salvador de los pecadores. ¿Cómo podría ser que Dios el Padre abandonara a Jesús, Su propio único Hijo?

5. El quinto punto es la palabra «desamparado». Jesús no estaba preguntando sobre disciplina. No estaba indagando en busca de una respuesta demorada o una respuesta que estaba siendo retenida hasta un momento más significativo. Más bien, estaba orando sobre estar completamente desamparado por Su Padre. La llama más feroz del dolor que nuestras mentes pueden comprender es la de estar separados del Padre. Jesús, el Hijo puro de Dios, el segundo miembro de la Deidad, jamás había conocido un momento de separación de la comunión de Su Padre. Para que el hecho de que Él experimentara este frío y trágico aislamiento de la personalidad y providencia de Dios tuvo que haber sido el aspecto más horrible de la cruz.

6. El sexto punto es quién hacía la pregunta. Podríamos haber imaginado al ladrón que fue desobediente a Dios hasta su último suspiro preguntando: «Dios, ¿por qué me has desamparado?». Cuando se acercó al borde de esta vida y miró hacia una eternidad vacía, sin esperanza, sin fin, sin Dios, probablemente clamó a Dios por el terror de estar separado de Él para siempre. ¡Pero no Jesús! ¡Jamás podríamos haber esperado que la pregunta viniera de Jesús! Sin embargo, así fue. El que clamaba era Jesús, el Hijo de Dios, el Divino, el Mesías, el que levantó a Lázaro, el Sanador, el Gran Médico. El

que estaba orando era el Hijo del Hombre puro, perfecto, sin pecado, obediente y fiel. ¿Quién puede comprender este evento?

Bien podría el sol en oscuridad esconder
Y encerrar Sus glorias,
Cuando Cristo, el poderoso Creador murió
Por el hombre, el pecado de la criatura.³

Conclusión: Este agonizante clamor de Jesús indica que en la cruz tuvo lugar más que un sufrimiento físico. Sí, hubo sufrimiento, más sufrimiento del que posiblemente podríamos entender, sin embargo, el significado de la cruz fue más allá del sufrimiento. *La cruz no era solo lo que Jesús sentía; fue lo que hizo.* Se produjo un gran evento, un evento que incluyó a Dios y al hombre, el punto central de la eternidad y el tiempo. Jesús se entregó a la crucifixión, soportando voluntariamente la ira del cielo y la ira del infierno, al tiempo que se ofrecía por nuestros pecados. Llevó sobre Sí el pecado de todos los tiempos, las violaciones de la voluntad de Dios desde el primer pecado de Adán y Eva a lo largo de cada momento de la historia. Tomó los pecados acumulados por cada uno de nosotros, los puso sobre Su espalda y los alejó para siempre de la presencia de Dios, como en una canasta de perdón.

Cuando respondemos a la evidencia (15.33–41)

Tres de los autores de los evangelios mencionaron al centurión que estuvo al pie de la cruz y declaró su fe en Jesús. Mateo dijo que cuando el centurión y «los que estaban con él» vieron las cosas que estaban sucediendo, tuvieron temor y reconocieron quién era Jesús. El centurión hizo la declaración más dominante y directa acerca de Él (vea Mt 27.54). Marcos registró que el centurión, que especialmente se impactó con la forma en que Jesús había muerto, afirmó públicamente: «Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios» (Mr 15.39a). Lucas también dijo que el centurión, convencido por la manera tranquila y deliberada en que Jesús había enfrentado la muerte, alabó a Dios y dijo: «Verdaderamente este hombre era justo» (Lc 23.47).

Jesús siempre ha puesto a prueba los corazones de las personas, sin embargo, lo hizo especialmente con la magnitud de Su muerte. Él es «el camino, y la verdad, y la vida» (Jn 14.6), sin embargo, tenemos que decidir si seguir o no ese camino, aceptar esa

³ Ralph E. Hudson, "Alas! And Did My Savior Bleed!" («¡Ay! y ¿Sangró mi salvador?»), *Cantos de fe y alabanza*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

verdad y hacer nuestra esa vida. ¿Qué haremos con Él? La decisión que toma cada persona revela el tipo de corazón que tiene.

Son cuatro centuriones diferentes a los que se les menciona en el Nuevo Testamento, y a cada uno se le describe en una luz encomiable. Primero, estuvo el centurión de quien los judíos decían: «... porque ama a nuestra nación, y nos edificó una sinagoga» (Lc 7.5). Con respecto a la fe sincera de este hombre, Jesús dijo: «Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe» (Lc 7.9b). Segundo, vemos a Cornelio, un centurión muy respetado, líder de la cohorte italiana, en Hechos 10. Cornelio era «piadoso y temeroso de Dios con toda su casa» (Hch 10.2). Se convirtió en el primer gentil convertido a Cristo. En tercer lugar, cuando Pablo fue llevado a Roma, fue asignado a Julio, un centurión de la cohorte augusta. Lucas dijo que «[trató] humanamente a Pablo...» (Hch 27.3). Más adelante en el viaje, Lucas también dijo que él intervino y salvó la vida de Pablo (Hch 27.42, 43). El cuarto centurión es el que, al final de la crucifixión, estuvo al pie de la cruz y declaró lo que había llegado a creer sobre la identidad de Jesús (Mt 27.54; Mr 15.39; Lc 23.47).

Un escritor del siglo segundo, Polibio, indicó que, como regla, los mejores hombres del ejército eran nombrados con el rango de centurión.⁴ Con sus breves descripciones de estos cuatro centuriones, el Nuevo Testamento confirma su testimonio.

Pensemos en lo que este centurión en la cruz había visto y oído. Si se le dio la comisión de asegurarse de que todos los detalles de esta crucifixión se llevaran a cabo, tuvo que haber estado a cargo de Jesús desde el momento de Su juicio ante Pilato hasta la conclusión de la crucifixión misma. En este caso, vio no solo los eventos de la crucifixión, sino también todos los eventos que llevaron a ella. Fue testigo de la flagelación. Estuvo presente para la burla de la realeza de Jesús. Vio la burla transmitida por la corona de espinas que fue clavada en la frente de Jesús, la túnica púrpura que lo arrojó y la caña que se le colocó en Sus manos para imitar un cetro. Vio a Jesús siendo escupido en el tipo más asqueroso de burla. Además de todo esto, evidentemente estuvo a cargo del escuadrón de soldados que condujeron la procesión por el Camino de los Dolores y hasta el Gólgota. Estuvo presente cuando Simón fue elegido para llevar la cruz de Jesús. Seguramente, a unos pocos metros de distancia, observó la majestuosa manera en que Jesús soportó toda esta vergüenza, ridículo y burla.

Aunque es difícil imaginárnoslo, este centurión

estuvo allado de Jesús cuando fue clavado en la cruz. Tal vez ayudó a levantar el travesaño o posicionar la cruz para que permaneciera en posición vertical. Pasó seis horas cerca de Jesús, vigilando tan grotesca escena. Cuando la oscuridad llegó a la tierra al mediodía, la vio y la sintió y se estremeció en su negrura. Sin embargo, mientras otros dejaron la escena y se fueron a casa, él se quedó cerca de la cruz, protegiendo a las víctimas. Al final, sintió el retumbo de la tierra bajo sus pies cuando «la tierra tembló, y las rocas se partieron» (Mt 27.51).

Durante este proceso, observó a Jesús mientras daba Su vida por el mundo. Probablemente escuchó cada palabra que Cristo pronunció desde la cruz. Observó Su disposición y comportamiento, y fue testigo de cómo el Hijo de Dios entregó Su espíritu.

Quizás solo pocos otros en la historia del mundo han recibido un privilegio como a este centurión. ¡Toda la evidencia engendradora de fe que Dios dio por medio de la muerte de Jesús en la cruz fue presentada ante sus ojos! ¿Qué haría con esta montaña de evidencia? ¿Volvería a sus otros deberes solo preguntándose qué había sucedido? Lucas dijo que algunas personas hicieron precisamente eso: «Y toda la multitud de los que estaban presentes en este espectáculo, viendo lo que había acontecido, se volvían golpeándose el pecho» (Lc 23.48). ¿Qué haría este centurión sobre lo que había visto y oído?

1. *Fue lo suficientemente sincero como para prestar la debida atención a la evidencia.* Este centurión era demasiado honesto como para permitir que una gran cantidad de evidencias lo eludieran. Tuvo que haberse dicho a sí mismo: «Tengo que observar y pensar en estas cosas. Son muy inusuales para no darles la debida consideración». Se pareció en algo a Moisés cuando vio la zarza ardiente y se dijo a sí mismo: «Iré yo ahora y veré esta grande visión, por qué causa la zarza no se quema» (Ex 3.3).

Aparentemente, muchos otros que estuvieron presentes en la crucifixión no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo ante sus ojos. Vieron, pero realmente, no vieron. Quizás eran el tipo de personas que «siempre están aprendiendo, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad» (2ª Ti 3.7). Sin embargo, no fue así con este centurión.

2. *Era lo suficientemente honesto como para aceptar la evidencia.* Este centurión no podía únicamente estudiar la evidencia; tenía que aceptarla. Era muy completa y abrumadora como para ignorarla. Lucas escribió: «Cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo» (Lc 23.47).

Permitió que la evidencia lo llevara a tres conclusiones. Primero, dejó que le mostrara que

⁴ Polibio *Historias* 6.24.

Jesús «era justo». Este hecho, a la luz de las circunstancias, era inevitable. Si Jesús no era justo, no podría haber sido el Hijo de Dios; si no era el Hijo de Dios, no podría haber sido nuestro Salvador. Dios siempre ha dirigido Su evidencia para convencer a todo corazón sincero de que Jesús fue el Cordero inocente que fue sacrificado por los pecados del mundo.

Segundo, el centurión permitió que la evidencia lo llevara a alabar a Dios. El texto griego indica que comenzó y continuó alabando a Dios. El resultado final de la fe es siempre el acto de alabar a Dios. No hemos terminado de criar a nuestros hijos hasta que estén alabando a Dios, y no hemos aceptado realmente la evidencia con respecto a Jesús hasta que estemos alabando a Dios.

En tercer lugar, el centurión permitió que la evidencia lo motivara a decir al oído de otros que Jesús no solo fue justo, sino también que «era Hijo de Dios» (Mr 15.39).

3. *Fue lo suficientemente humilde como para reconocer la evidencia públicamente.* Sí, este hombre creyó. Es cierto que este tema se ha debatido a menudo, a saber: ¿Acaso concluyó que Jesús era alguien especial, o llegó a la conclusión de que en realidad era el Hijo de Dios? ¿Cual de los dos?

Recordemos que la acusación contra Jesús, que supuestamente el centurión había escuchado, era que había afirmado ser el Hijo de Dios. Uno de los argumentos finales que los judíos habían formulado decía: «¡Afirmó ser Deidad!». Le dijeron a Pilato: «Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios» (Jn 19.7). Su acusación había asustado a Pilato, quien luego había llevado a Jesús al Pretorio para preguntarle más sobre el asunto.

El centurión seguramente sabía de las declaraciones que se habían hecho en los juicios. Mientras estudiaba la evidencia de la conducta de Jesús y los fenómenos sobrenaturales que rodearon Su muerte, se convenció de que Jesús era quien decía ser. Para llegar a la verdad, tenemos que sopesar cuidadosamente el contexto de cada pasaje que cuenta su declaración acerca de Jesús. Cuando lo hacemos, llegamos a la conclusión de que el centurión había llegado a creer que Jesús era el Hijo de Dios.

Conclusión: Hasta el final de los tiempos, este centurión será mostrado en las Escrituras como una ilustración de lo que hace un buen corazón cuando se enfrenta al testimonio divino de quién es Jesús. Quien tenga un corazón sincero estudiará cuidadosamente la evidencia, la aceptará honestamente como verdadera y la reconocerá como la

verdad más importante de la vida.

La pregunta más importante que cada uno de nosotros tiene que hacerse dice: «¿Qué he hecho con la más genuina de las verdades sobre la vida, la verdad de que Jesús es el Hijo de Dios?».

El rasgado del velo (15.38)

Jesús habló siete veces desde la cruz, y Dios habló cuatro veces durante este período: con las tinieblas, el rasgado del velo, el terremoto y la apertura de los sepulcros. Cuando las tinieblas cayeron sobre la tierra, parece que hubo silencio alrededor de la cruz desde el mediodía hasta las 3:00 p.m. Jesús no habló durante este tiempo; al menos, si lo hizo, no está registrado.

A las 3:00 p.m., las tinieblas fueron levantadas. Entonces Jesús, aparentemente en pocos minutos, pronunció cuatro afirmaciones en rápida sucesión: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»; «Tengo sed»; «Consumado es»; y «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».⁵ Se dice claramente que las primeras y últimas declaraciones fueron pronunciadas en voz alta.

Parece que inmediatamente después de que Jesús «entregó su espíritu» a Su Padre, el velo del templo se «rasgó en dos, de arriba abajo» (Mr 15.38).

La hora es importante. A las 3:00 de la tarde, comenzaban los sacrificios. Quiere decir que los sacerdotes estaban ocupados en el altar del sacrificio, y algunos estaban de pie delante del velo en el altar de oro del incienso. Aquí es precisamente donde Dios los quería. La hora había sido fijada en la eternidad antes de que comenzara el tiempo. Los que fueron los más directamente responsables de la muerte de Cristo habían de ver el rasgado del velo. Cuando estaban de pie ante el velo, preparados para ocuparse de sus ministerios sacerdotales, de repente oyeron el clamor a la distancia y se quedaron paralizados cuando el velo se rasgó en dos ante sus ojos.⁶

El rasgado del velo ocurrió antes del terremoto, la ruptura de las rocas y la apertura de los sepulcros. El terremoto que siguió no dañó el templo en absoluto. El templo y los edificios a su alrededor quedaron en pie, sin daños, para que todos los sacerdotes pudieran ver el milagro del velo rasgado. Como velo colgante que era, no podría haber sido rasgado de arriba a abajo por un terremoto. Cualquier observador seguramente se habría dado

⁵ Vea Mt 27.46; Mr 15.34; Lc 23.46; Jn 19.28, 30.

⁶ Gordon H. Girod, *Words and Wonders of the Cross (Palabras y maravillas de la Cruz)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1962), 114.

cuenta de que el hecho fue realizado por la poderosa mano de Dios. En el momento de la muerte de Jesús y durante el transcurso de la Era Cristiana y mediante el testimonio de las Escrituras, Dios estaba declarando al mundo que la muerte de Su Hijo había terminado con la adoración en el templo y la existencia del sistema de sacrificios.

El templo estaba formado por un atrio exterior, el lugar santo y el lugar santísimo. Dos velos colgaban dentro del templo mismo: uno delante del lugar santo, de modo que incluso los sacerdotes no podían contemplar hacia adentro de manera profana, y otro separaba el lugar santo del lugar santísimo. Este segundo protegía la morada de Dios. El velo que separaba los dos lugares santos era grande y costoso, tenía alrededor de dieciocho metros de altura y estaba hecho de materiales finamente elaborados. Alfred Edersheim escribió sobre esta característica del templo de Herodes:

Los velos delante del Lugar Santísimo tenían 40 codos [18 metros] de largo y 20 [9 metros] de ancho. [...] y se elaboraron en 72 cuadrados, que estaban unidos; y estos velos eran tan pesados que, en el lenguaje exagerado de la época, se necesitaban 300 sacerdotes para manipularlos. Si el velo era en absoluto tal como se describe en el Talmud, no podría haberse roto en dos por un simple terremoto...⁷

Al rasgar el velo de arriba a abajo, Dios dio un testimonio de tres partes al mundo.

1. *El rasgado del velo testificó que se había ofrecido el sacrificio completo por el pecado.* La muerte de Cristo era por el pecado del hombre y la intención de Dios era redimirlo de sus garras. Pablo escribió: «... en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7).

La mayoría de nosotros hemos presenciado testimonios similares en relación con transacciones comerciales. Cuando un hombre de negocios toma prestada una suma de dinero de un banco, firma una nota por los fondos que ha recibido. Tal vez noventa días después, paga la cantidad del capital más los intereses. Una vez aceptado el pago total del endeudamiento, el oficial de crédito saca la nota que firmó el prestatario tres meses antes. Puede que entregue la nota al prestatario, o simplemente la destruye. Ya no tiene valor ni significado. La deuda ha sido cancelada.

De manera similar, Dios rasgó el velo.⁸

⁷ Alfred Edersheim, *The Life and Times of Jesus the Messiah (La vida y los tiempos de Jesús el Mesías)*, nueva ed. actualizada (Peabody, Mass.: Hendrickson Publishers, 1993), 894.

⁸ Adaptación hecha de Girod, 113-14.

Durante siglos, el velo constituyó una señal del endeudamiento del hombre delante de Dios. Cuando Jesús murió, la deuda fue cancelada. Dios rompió, o rasgó, el velo en dos de arriba a abajo. Pablo escribió: «... anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz» (Col 2.14).

2. *El rasgado del velo declaró además que el sumo sacerdocio humano de la ley de Moisés había sido eliminado para siempre.* Todos los años, durante la Era Mosaica, en el gran Día de la Expiación, el sumo sacerdote de Israel ingresaba al Lugar Santísimo para rociar la sangre de un becerro de sacrificio para hacer expiación por él mismo y por la nación (He 9.7; vea Lv 16.14).

Este hecho nos recuerda la doble función de la muerte de nuestro Señor en la cruz. Primero, Jesús se ofreció a sí mismo como el sacrificio necesario. Él tomó nuestro lugar, llevando en Su espíritu y cuerpo la ira de Dios para con el pecado. Sin embargo, además de esta función, también aplicaría, con el tiempo, este sacrificio por el pecado como nuestro Sumo Sacerdote. El escritor de Hebreos dijo: «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo» (He 2.17). Juan el apóstol escribió: «... y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1ª Jn 2.1b, 2).

Cristo se sacrificó a Sí mismo. Esta verdad quedó clara cuando dijo: «Nadie me la quita [Su vida], sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla» (Jn 10.18a). No fue la víctima indefensa de hombres crueles; más bien, se dio a Sí mismo libremente para ser nuestro sacrificio en la cruz. Sin embargo, también tenemos que verle como el gran Sumo Sacerdote durante el tiempo que resta. Él es el gran Sumo Sacerdote que aplicará este sacrificio perfecto a cualquiera que busque convertirse en hijo de Dios y en todos los hijos de Dios mientras viven ante Él. Al hacer este sacrificio perfecto, y al aplicar perfectamente este sacrificio a los que vienen a Él y viven en Él, ha eliminado el cargo del sumo sacerdote terrenal para siempre.

3. *El rasgado del velo proclamó que la sangre de Jesús ahora proporcionaría acceso libre y continuo para los redimidos a la presencia de Dios.* Destruyó la barrera entre Dios y el hombre. Abrió el camino para que el hombre entre en la presencia de Dios. Pablo escribió: «Y vino y anunció las buenas nuevas de

paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Ef 2.17, 18). Por medio de Su muerte, cuando el velo se rasgó, el acceso al Padre fue abierto a todas las personas. La división que había entre el sacerdote y el adorador había desaparecido. La iglesia es un sacerdocio santo (1ª P 2.5). Todos ahora tienen acceso a Dios por medio de Jesucristo.

Con la muerte de Jesús, los días de adoración en el templo llegaron a su fin. Dios permitió que el templo fuera destruido en el 70 d.C. por Tito y el ejército romano. El Lugar Santísimo constituía la sombra y tipo de la sala del trono del cielo (He 8.1, 2; 9.2–9a). El rasgado del velo declaró que tenemos acceso a Dios, no por mérito de nuestra propia bondad, sino por mérito de la muerte de Cristo. Los creyentes obedientes se han convertido en un reino de sacerdotes, con el derecho de libre acceso a Dios en todo momento.

Conclusión: ¿A quién no le impacta el rasgado del velo de arriba abajo en el preciso momento en que Jesús entregó Su espíritu a Dios? Bien puede ser que este milagro del rasgado del velo condujera a algunos de los sacerdotes a convertirse en cristianos. Más adelante, Lucas informó: «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe» (Hch 6.7). El rasgado del velo declaró que el precio del pecado había sido pagado, el sumo sacerdocio terrenal había cesado y la sangre de Jesús proporcionaría un acceso continuo a la presencia de Dios.

La muerte de Jesús (15.39)

Decir que la cruz de Cristo se encuentra en el centro del relato de las Escrituras armoniza con todo el pensamiento bíblico. Bien podríamos decir que todo antes de la cruz miraba hacia ella y todo después mira atrás a ella.

Jesús fue el «cordero sin mancha y sin contaminación» en la mente de Dios «antes de la fundación del mundo» (1ª P 1.19, 20). En los albores de la historia humana, Dios pronunció una profecía velada sobre el conflicto final entre la simiente de la mujer (Jesús) y la serpiente (Satanás). Le dijo a la serpiente:

Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar (Gn 3.15).

Al cumplir el plan de Dios para la redención del hombre, Jesús le asestó un golpe mortal a Satanás.

A lo largo de las eras patriarcal y mosaica, todo sacrificio que se ofrecía apuntaba al sacrificio completo que Jesús haría. El escritor de Hebreos dijo:

Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios, de ahí en adelante esperando hasta que sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He 10.11–13).

Cuando Jesús inclinó Su cabeza y entregó Su espíritu a Su Padre, llegó el momento de gran importancia eterna. Jesús había terminado la misión por la cual había venido a este mundo. Dios proclamó su profunda importancia rasgando el velo del templo, sacudiendo la tierra con un terremoto y abriendo los sepulcros de los santos (Mt 27.51–53; Mr 15.38; Lc 23.45).

¿Quién podría describir adecuadamente la profundidad del significado de las palabras de Marcos: «Mas Jesús, dando una gran voz, expiró» (15.37; vea Mt 27.50; Lc 23.46)? ¿Qué pasó exactamente cuando murió Jesús?

1. *En la muerte de Jesús, se cumplió el plan de redención de Dios.* Su muerte trajo una nueva era, una era de perdón. Las Escrituras describen Su muerte como un rescate por todos los pecados de todos los tiempos. Se nos dice: «... pero ahora, en la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado» (He 9.26b). Este versículo habla de las eras del tiempo que precedieron a la crucifixión de Jesús como consumada por medio de Su sacrificio. Su muerte puso fin a todo lo que era antiguo en el trato de Dios con el hombre: los sacrificios de sangre, el cumplimiento de la Ley y la anticipación del momento en que Dios no recordaría más los pecados. El monumental evento de Su muerte trajo perdón y acceso directo al trono de Dios.

2. *Tras Su muerte, se finalizó la ratificación del nuevo pacto.* Antes de poder existir un nuevo pacto, tenía que haber muerte de su autor. El antiguo pacto dependía de la sangre de los sacrificios, sin embargo, el nuevo pacto se basa en la sangre de Jesús. El escritor de Hebreos dijo que Jesús se ofreció sin mancha a Dios (He 9.14). Dijo además:

Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna (He 9.15).

La sangre de Jesús se extendió hacia atrás, finalizando el proceso de salvación para todos aquellos bajo el Antiguo Testamento que, en fe obediente, habían hecho sacrificios de animales. Del mismo modo, se extiende a cualquiera que venga a Él durante el resto de la era cristiana.

3. *Tras su muerte, la creación de la iglesia se hizo evidente a todos.* Durante la última parte de Su ministerio terrenal, Jesús dijo que edificaría Su iglesia (Mt 16.18), sin embargo, no les dijo a Sus apóstoles cómo planeaba hacerlo. El Espíritu Santo no reveló hasta el día de Pentecostés cómo había de ocurrir. En ese momento, el mensaje de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús fue proclamado por los apóstoles. Los que respondieron penitente y obedientemente al mensaje fueron lavados en la sangre de Jesús, por medio del bautismo en agua, y el Señor los agregó a Su iglesia. En este punto, el mundo podía reconocer la iglesia que Jesús edificó como una comunidad de creyentes que había sido creada por la cruz.

Pablo escribió:

... Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha (Ef 5.25-27).

Les pidió a los ancianos de la iglesia en Éfeso «apacentar *la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre*» (Hch 20.28; énfasis agregado). Solo la muerte de Cristo podía traer la iglesia de Cristo a la existencia.

Conclusión: Para nosotros sería imposible captar el significado completo del momento cuando Jesús «... habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19.30b; vea Mr 15.37). Sin embargo, sabemos que eternamente significará la diferencia entre la muerte y la vida para nosotros. F. J. Huegel escribió: «El Universo mismo es algo miserable y pobre en comparación con la cruz de Cristo [...] La sabiduría combinada de todas las huestes angélicas jamás puede concebir nada que pueda comenzar a igualar su gloria. Permanecerá para siempre como la obra maestra de Dios».⁹

El funeral de Jesús (15.42-47)

A todos nos resulta difícil imaginar al Hijo de Dios muriendo en una cruz. Es casi tan difícil

⁹ F. J. Huegel, *The Cross Through the Scriptures (La cruz en las Escrituras)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1966), 9-10.

para nosotros imaginar la sepultura de Su cuerpo. Sin embargo, tanto Su muerte como Su sepultura van con Su advenimiento cuando Dios el Hijo se encarnó. Vino a ser el sacrificio por nuestros pecados, y Su ofrenda por nosotros requirió que se le permitiera morir en una cruz y ser sepultado. Sorprendentemente, dejó que Sus seguidores sepultaran Su cuerpo.

Estos eventos que tuvieron lugar nos recuerdan que la venida de Jesús a este mundo tenía características que nadie ni grupo de personas podría haber imaginado. ¡El Hijo de Dios, el más alto de los altos, el Rey de reyes y el Señor de señores, fue arrestado, juzgado, golpeado, brutalmente muerto y dejado en una cruz para disposición pública! ¿Quién podría haberlo imaginado?

Jesús entregó Su espíritu a Dios tarde el viernes por la noche. El sol estaba a punto de ocultarse; «Cuando llegó la noche» (Mr 15.42a). Tal vez fue solo una hora más o menos antes del anochecer. De acuerdo con su costumbre, los soldados probablemente bajaban los cuerpos de los ladrones y los desechaban de alguna manera inhumana, como echándolos en una zanja o echándolos en una tumba sin señas. El cuerpo de Jesús habría sufrido la misma suerte de no haber sido por el cuidado prestado por siervos amorosos.

Dos hombres encabezaron la sepultura: José de Arimatea y Nicodemo. Los cuatro evangelios dicen que José bajó reverentemente el cuerpo; sin embargo, cada evangelio agrega detalles especiales a la descripción. Es la única vez que se menciona a José en los evangelios. Además, solo Juan contiene la parte sobre Nicodemo, que complementa lo que dicen los otros tres evangelios.

Ambos hombres eran miembros del Sanedrín, el cuerpo gobernante judío responsable de los juicios y la crucifixión de Jesús (Lc 23.50; Jn 3.1). Tal vez no habrían sido convocados a la reunión del concilio; o, si habían recibido una citación, se habían negado a ir.

José era un hombre rico que tenía propiedades en Jerusalén (Mt 27.57). Vivía en Arimatea, un pueblo ubicado en algún lugar de la región montañosa de Judá (Lc 23.51). Decidió que iría a Pilato y le pediría permiso para sepultar el cuerpo de Jesús (Mr 15.43). Su riqueza y posición le darían estatus cuando se acercó a Pilato para pedirle el cuerpo de Jesús. Marcos dijo que José era «miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios» (Mr 15.43a). Lucas se refirió a él como «varón bueno y justo» que «no había consentido en el acuerdo ni en los hechos de ellos» (Lc 23.50b, 51a). Era un discípulo secreto; escondió su devoción a Jesús por

temor a los judíos (Mt 27.57; Jn 19.38).

Pilato «dio el cuerpo a José» (Mr 15.45); es decir, le dio permiso a José para que bajara el cuerpo de Jesús de la cruz y lo sepultara. Pilato tenía que asegurarse de que Jesús ya estaba muerto antes de dar su respuesta. Marcos escribió: «Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. E informado por el centurión, dio el cuerpo a José» (15.44, 45). Se sorprendió de que Jesús ya estuviera muerto, sin embargo, aceptó la petición de José. Rápidamente, este consejero fue a la cruz y tomó el cuerpo (15.46a).

Juan mencionó a Nicodemo en tres referencias separadas. Contó el relato de cuando Nicodemo fue a Jesús de noche (Jn 3.1, 2). Además, contó que se había atrevido a reprocharles a los principales sacerdotes y fariseos cuando comenzaron a hablar con desprecio sobre aquellos que no habían llevado a cabo un arresto de Jesús (Jn 7.45–51). En tercer lugar, Juan lo mencionó en relación con la sepultura de Jesús. Se unió a José, trayendo cien libras de mirra y áloes con los cuales ungir el cuerpo de Jesús (Jn 19.39).

¿Qué tipo de funeral tuvo Jesús?

1. *Su funeral fue breve.* Podríamos haber esperado que las multitudes de la tierra se reunieran en el sepulcro para leer el mejor elogio que podía escribir un hombre. Sin embargo, si hubo algún elogio, no se nos dice nada. Estos dos hombres, quizás con la ayuda de otros, lograron llevar el cuerpo a una tumba cercana que había sido donada por José (Mt 27.59, 60). Hicieron reposar el cuerpo dentro del sepulcro excavado de la roca sólida, envolviéndolo cuidadosamente con la sábana y colocando la mirra y los áloes en los pliegues de la sábana (Mr 15.46). Realizaron su labor lo más rápido posible debido a que se acercaba la tarde y el furor que había rodeado Su muerte. Cualquier oración hecha sobre el cuerpo sin vida de Jesús fue breve y apresurada.

2. *A Su funeral asistieron solo unos pocos.* Los asistentes inmediatos parecen haber sido los dos hombres, José y Nicodemo, junto con un grupo de mujeres que se reunieron cerca y observaron la sepultura (15.47). Por lo que sabemos, los apóstoles no estaban presentes, ni siquiera Juan. Cuando Jesús había bajado Su cabeza en el sueño de la muerte, cuando las piernas de los ladrones habían sido rotas para que sucumbieran a la hoz de la muerte, los espectadores en la cruz se habían ido a casa. «¿Por qué quedarse aquí ahora? Ya está muerto», tienen que haber razonado.

Sin embargo, algunos no pudieron irse a casa. Su devoción a Cristo no les permitiría reanudar sus

vidas hasta que Jesús hubiera sido debidamente sepultado. Un José había acunado el pequeño cuerpo del bebé Jesús en sus brazos en Belén, y ahora otro José llevó el cuerpo de Jesús en sus brazos y lo sepultó en Jerusalén. Dios siempre ha usado manos humanas para atender Su obra. Las mujeres que habían escuchado a Jesús predicar y habían creído en Él se quedaron con Él hasta que no pudieron hacer nada más por Él. Al funeral más grande de todos los tiempos solo asistió este puñado de personas.

3. *Su funeral fue tierno y conmovedor.* Nos preguntamos por qué estos dos hombres esperaron tanto para hacer pública su fe en Jesús; y nos preguntamos por qué los que lo conocieron y caminaron con Él podrían desaparecer tan fácilmente, tan rápidamente y tan completamente. Sin embargo, vemos en sus actos simpatía, ternura y respeto nacidos de reverencia y osada creencia.

En un sentido, José hizo lo que los judíos habían hecho; le «pidió [a Pilato] el cuerpo de Jesús» (15.43b). Habían pedido su consentimiento para que «fuesen quitados» los tres cuerpos (Jn 19.31). Sin embargo, José quería honrar al Hijo del Hombre, mientras que los judíos querían que Su cuerpo fuera quitado de sus vistas y poder prepararse para el día de reposo. José estaba decidido a sepultar el cuerpo de Jesús a pesar de que era peligroso ser conocido como Su amigo en este momento. El que había mantenido su fe en secreto «por temor de los judíos» (Jn 19.38) ahora «vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús» (Mr 15.43).

«También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras» (Jn 19.39). Mientras José estaba comprometido en hacerle su pedido a Pilato, Nicodemo estaba reuniendo su presente de especias. Se convirtió en un verdadero socio en la devoción y el sacrificio, ya que la mirra y los áloes fueron entregado como un costoso regalo para usarse en la sepultura de Jesús.

4. *El impacto de Su funeral perdurará para siempre.* Nuestro Señor no se preocupó por Su sepultura o porque si hacían o no una oración en Su sepulcro. Sabía que todo sería resuelto. En la maravillosa providencia de Dios, la sepultura resultó ser un cumplimiento de la profecía. Estaba de acuerdo con las Escrituras, que habían anunciado que la dignidad de Su sepultura contrastaría agudamente con la vergüenza de Su muerte. Isaías escribió: «Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca» (Is 53.9).

Conclusión: La muerte de Jesús había sido y seguiría siendo el evento más grande en la historia

del mundo. Cualquier cosa asociada con ella sería leída y ponderada hasta el final de los tiempos. Muy pocos asistirían a ella en ese momento, sin embargo, las multitudes de la tierra se sentarían ante la imagen de la misma en las Escrituras, llorando por la maldad de los hombres, sin embargo, celebrando el amor de Jesús y la vida maravillosa e indestructible que vivió.

José de Arimatea (15.42–47)

Los líderes judíos no querían que los cuerpos de Jesús y los ladrones permanecieran en la cruz hasta el viernes por la noche y hasta el sábado. Creían, basado en Deuteronomio 21.22, 23, que dejar un cuerpo crucificado colgado en una cruz durante un día de reposo o la pascua contaminaría la tierra. Le pidieron a Pilato que pusiera fin a la vida de Jesús y los otros dos hombres crucificados para que pudieran ser bajados de las cruces (Jn 19.31). Pilato les concedió su deseo; las piernas de los criminales fueron rotas. Fue innecesario en el caso de Jesús, porque ya había muerto. Los judíos tienen que haber asumido que los soldados romanos, después de darles muerte a estos hombres, descartarían los cuerpos o los sepultarían en alguna tumba común. Al menos, no hay evidencia en las Escrituras de que los judíos habían hecho planes para sepultar los cuerpos.

La ley romana les permitía a los familiares reclamar el cuerpo de un criminal ejecutado y sepultarlo. Los parientes de Jesús eran galileos; y sea por temor a los judíos o por falta de un sepulcro en Jerusalén, optaron por no reclamar Su cuerpo. Los apóstoles, que también eran galileos y no eran parientes físicos, no tenían ninguna razón para esperar que Pilato les entregara el cuerpo. Por lo tanto, si el cuerpo de Jesús había de ser sepultado con algún tipo de dignidad, alguien más —alguien desconocido por Sus familiares, apóstoles y discípulos galileos— tendría que hacerlo.

Por medio de Su maravillosa providencia, Dios tenía un hombre listo para proporcionar una sepultura respetuosa para Su Hijo. Este hombre era José de Arimatea, que era una ciudad desconocida de Judea. Era un judío que había avanzado en el judaísmo y había sido agregado al Sanedrín (Mr 15.43a; Lc 23.50). Además de estar en el concilio, uno de los cargos más altos que un judío podía alcanzar, era un hombre rico. Otros judíos le habrían visto como un hombre que había alcanzado el pináculo del éxito.

Después de que murió Jesús, José salió de las sombras y fue a Pilato, pidiendo permiso para sepultar el cuerpo de Jesús (Mr 15.43). El hecho de ser miembro del Sanedrín le habría dado estatus

con Pilato. Después de que se hizo la solicitud, Pilato confirmó que Jesús estaba muerto y luego le concedió el permiso (15.44, 45). José bajó el cuerpo de la cruz, lo envolvió en una sábana que había traído consigo y lo llevó a su propio sepulcro (15.46). Con la ayuda de Nicodemo, que era miembro del Sanedrín y defensor de Jesús (vea Jn 7.50–52; 19.39, 40), ungió el cuerpo con especias y luego lo dejó reposar.

Sin dudar, podemos decir que José de Arimatea hizo una de las cosas más maravillosas que cualquier ser humano podía hacer al sepultar el cuerpo de nuestro Señor. Después de que Jesús murió por nuestros pecados, José tomó Su cuerpo y, con reverencia y consideración, lo dejó en un sepulcro cercano para que descansara hasta Su resurrección el domingo por la mañana. ¿Quién puede pensar en una obra más hermosa que pueda hacer un hombre? Adaptando lo que se dijo de María en Marcos 14.9, podemos decir de José: «dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que éste ha hecho, para memoria de él».

¿Hay algo sobre este hombre que debemos imitar? Sin duda tenía sus fallas, sin embargo, también tenía rasgos admirables. Elogiémoslo y aprendamos de su carácter.

1. *El rasgo del discipulado.* José fue un discípulo de Jesús (Mt 27.57b). Es cierto que había sido uno en secreto (Jn 19.38a); sin embargo, después de la muerte de Jesús, actuó con valentía y abiertamente. En algún lugar, de alguna manera, había escuchado la evidencia de la deidad de Jesús, la había sopesado en su corazón y había aceptado la verdad. Se había entregado a Jesús y lo había hecho su Señor.

2. *El rasgo de la expectativa.* Él «esperaba el reino de Dios» (Mr 15.43b); había capturado su corazón. Sin duda había escuchado predicar a Jesús sobre la venida del reino de Dios. La idea lo había emocionado y había llenado su corazón de anticipación.

3. *Los rasgos de la bondad y la justicia.* Las admirables cualidades de la bondad y la justicia se habían entretendido en su carácter. Tenía un buen corazón y llevaba una vida justa. Su corazón era tierra fértil para la enseñanza de Jesús. Lucas lo describió como «varón bueno y justo» (Lc 23.50b) que no había dado su consentimiento a los terribles planes y acuerdos del concilio (Lc 23.51a). De su corazón salieron hechos justos, no malvados. Su carácter profundo y auténtico no le permitiría maltratar al Justo del cielo. Tuvo que haberse negado a estar presente cuando el Sanedrín armó su plan para instigar la crucifixión de Jesús.

4. *El rasgo de la espiritualidad.* José permitió que la cruz de Jesús lo cambiara. Al parecer, muchos fueron testigos de la crucifixión, sin embargo, se fueron a casa sin ser transformados. Observaron la agonía y vieron las señales, sin embargo, solo se golpearon el pecho con desconcierto. Por otro lado, la cruz cambió a José para siempre. Las señales confirmatorias de la cruz, la conducta de Jesús, la oscuridad y el terremoto, sacaron de las sombras a este seguidor secreto y lo llevaron a la luz del discipulado.

5. *El rasgo del coraje.* Armándose de coraje, José puso en peligro su vida, riqueza y reputación a favor de Jesús (vea Mr 15.43b). Llega un momento de la vida en el que nadie tiene el coraje que se requiere; nos tenemos que armar de un nuevo nivel de audacia para tal ocasión.

No sabemos qué le sucedió a José después de sepultar a Jesús. Las Escrituras no le mencionan de nuevo. Seguramente, fue removido de su alta posición en el Sanedrín. Puede que haya tenido que abandonar Jerusalén y vivir en la oscuridad en la pequeña y desconocida aldea de Arimatea. No pudo haber sabido cuál podría ser el resultado exacto de sus acciones, sin embargo, tuvo que haberse dado cuenta de que su identificación pública con Jesús cambiaría su vida.

6. *Los rasgos de la reverencia y el respeto.* No podía permitir que el cuerpo de Jesús fuera bajado por

los soldados y sepultado con los ladrones entre los cuales había muerto. José tenía que asegurarse de que el cuerpo de Jesús recibiera una sepultura caracterizada por la dignidad y el respeto. Bajó el cuerpo, lo envolvió con una costosa sábana y lo sepultó en su nuevo sepulcro excavado en la roca (Mt 27.60; vea Mr 15.46; Lc 23.53).

7. *El rasgo de la generosidad.* José generosamente le dio a nuestro Señor lo que necesitaba en el momento en que lo necesitaba. Nadie más estaba dispuesto a presentarse, sin embargo, José hizo lo que debía hacerse. No tomó en cuenta el costo; aprovechó la oportunidad. Usó su posición, posesiones, reputación, proximidad y carácter para proveerle a Jesús cuando no pudo proveerse a Sí mismo. Siempre estaremos agradecidos por lo que hizo José.

Conclusión: En este gran hombre, vemos cualidades espirituales que todos deberíamos tener. Era un discípulo de Jesús, un hombre cuyo corazón el reino de Dios había capturado, un hombre persuadido por la cruz, un hombre reverente y respetuoso, y un hombre generoso y amable. Ninguna persona llega a esta composición de carácter en un instante, sino que tiene que crecer diariamente mediante las decisiones correctas y cultivando un corazón bueno. Luego, cuando llega una crisis, sale como un brillante ejemplo para que todos lo recuerden.

La resurrección de Jesús

¿Quién puede imaginar cómo fue la vida para los apóstoles de Jesús en las horas que transcurrieron entre Su sepultura y Su resurrección? Las Escrituras no dicen nada de sus emociones ni actividades durante ese período de tiempo. A los lectores de Marcos solo se les dice que «las mujeres» mencionadas en Lucas 23.55, 56 «prepararon especias aromáticas» y luego «descansaron [...] conforme al mandamiento» en el día de reposo. Es apropiado suponer que los creyentes en Cristo estaban sufriendo juntos en algún lugar. Marcos 16.10 describe a María yendo a los discípulos después de haber visto a Jesús, «que estaban tristes y llorando». Lucas 24.9 indica que las mujeres fueron a una reunión de «los once, y [...] todos los demás».

«MUY DE MAÑANA, EL PRIMER DÍA DE LA SEMANA» (16.1-4)¹

Marcos se salta el día de reposo y reanuda el relato el primer día de la semana:

¹ Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungrirle. ² Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. ³ Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? ⁴ Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande.

Versículo 1. Esa mañana, Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé fueron lo más temprano posible para ungrir el cuerpo de Jesús. Puede que los

¹ Hay relatos paralelos en Mateo 28.1; Lucas 24.1-3; y Juan 20.1.

demás discípulos hayan estado hablando acerca de su dolor o incluso comenzar a dispersarse, sin embargo, estas mujeres siguieron demostrando una fidelidad permanente a Cristo. **Compraron especias aromáticas**, con la intención de entrar al sepulcro **para ir a ungrirle**.

La principal preocupación de las mujeres que fueron al sepulcro fue ungrir el cuerpo de Jesús; sin embargo, su fe pronto tendría que ser transferida al Señor resucitado, el Salvador encarnado (2ª Co 5.16; vea 1ª Jn 3.2). Pronto le verían en el mismo cuerpo que había poseído la última vez que estuvo con ellas. Más adelante le diría a Tomás, «acerca tu mano, y métela en mi costado» (Jn 20.27). Quizás Jesús también comió el pescado asado en Lucas 24.42, 43 para convencer a Sus apóstoles de que Su cuerpo era el mismo que había sido antes de la cruz (vea Jn 21.5-13).² El cuerpo celestial que tiene ahora, el cuerpo que veremos algún día, es ciertamente una clase de cuerpo diferente a la que poseía en la carne.³

Versículo 2. Esto ocurrió **muy de mañana [...] ya salido el sol**. La KJV consigna que fue «a la salida del sol», y la NIV consigna que fue «justo después del amanecer». El día se menciona en Marcos 16.1a, 2: «Cuando pasó el día de reposo» ... **el primer día de la semana**, es decir, el domingo. Mateo tiene «al

² Esto se debate a menudo, sin embargo, Jesús se aseguró de que los discípulos supieran que estaba en el mismo cuerpo. El hecho de que «desapareció de su vista» en Lucas 24.31 no contradice este hecho; antes de Su crucifixión, en Su cuerpo normal, pudo andar sobre el mar. Todos Sus milagros desafiaron la ley natural. No sabemos qué tipo de cuerpo tiene ahora, después de Su ascensión. Primero Juan 3.2 dice, «... aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es».

³ Lo que Juan vio en su visión fue meramente simbólico. (Vea, por ejemplo, Ap 1.13-16.)

amanecer del primer día de la semana» (Mt 28.1), mientras que Juan tiene «El primer día de la semana, [...] siendo aún oscuro» (Jn 20.1).

Los relatos no entran en conflicto entre sí. Se da una contradicción solo cuando una afirmación no puede ser verdadera a la vista de las demás. Podemos ver fácilmente cómo todas estas afirmaciones podrían ser exactas. Las mujeres mencionadas podrían haber salido de Betania cuando todavía estaba oscuro. Tal vez se detuvieron y compraron especias en su camino y luego caminaron hacia el extremo norte de la ciudad. Su viaje habría sido de aproximadamente tres kilómetros. Con respecto al tiempo, probablemente habrían llegado a Jerusalén al amanecer.

Versículos 3, 4. A medida que las mujeres se acercaban al sepulcro, se hizo evidente una preocupación secundaria. Comenzaron a preguntarse: **¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?** (16.3). Habiendo visto el sepulcro, se dieron cuenta de que la piedra era **muy grande** (16.4b). Evidentemente, no habían pensado en hacer arreglos para remover la piedra y tener acceso al cuerpo de Jesús. Sin embargo, este hecho no les estorbaría mucho tiempo; porque **cuando miraron, vieron removida la piedra** (16.4a).

Mateo 28.2 proporciona una aclaración de 16.3, 4: un ángel y un terremoto hicieron que la gran piedra fuera removida. Este «terremoto» fue más que un acontecimiento natural fortuito; el momento indica la intervención divina. O bien el ángel hizo que ocurriera el terremoto de modo que hiciera rodar la piedra, o el temblor fue causado por la acción del ángel al mover la piedra.

LAS MUJERES EN EL SEPULCRO (16.5–8)⁴

⁵Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. ⁶Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. ⁷Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. ⁸Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo.

Versículo 5. Cuando las mujeres entraron en el sepulcro, se espantaron cuando vieron a un joven

⁴ Hay relatos paralelos en Mateo 28.2–8 y Lucas 24.4–8.

sentado al lado derecho del lugar donde el cuerpo de Jesús había estado reposando (vea Lc 24.3). Lucas 24.4 indica que en realidad había «dos varones», y Juan 20.12 dice que María «vio a dos ángeles [...] que estaban sentados el uno a la cabecera, y el otro a los pies» donde había estado el cuerpo. En lugar de alegar una contradicción, deberíamos ver que «la disparidad en los cuatro relatos agrega peso a la independencia de los evangelios y muestra que el relato no fue inventado como una “fábula ingeniosamente diseñada” (vea 2ª P 1.16)».⁵ Estas diferentes narrativas no se contradicen, sin embargo, sí aclaran quiénes eran estos «varones» y cuántos estaban realmente allí. El relato de Marcos especifica que las mujeres «vieron» al hombre que estaba «sentado al lado derecho», y aparentemente fue quien les habló. Él, junto con el otro, fue a pararse junto a ellas y les contó gentilmente lo que había sucedido.

La **ropa blanca** es equivalente a la «vestiduras resplandecientes» descritas en Lucas 24.4. El ángel que removió la piedra del sepulcro tenía un «aspecto [...] como [de] relámpago, y su vestido blanco como la nieve» (Mt 28.3). El atuendo de estos hombres sugiere que eran ángeles de Dios. A pesar de que al «joven» no se le identifica como un ángel en Marcos, el conocimiento que reveló a las mujeres deja evidente que no era humano.

Versículo 6. El ángel que habló reconoció que las mujeres estaban [**buscando**] a **Jesús nazareno, el que fue crucificado** y señaló **el lugar en donde le pusieron**; sin embargo, anunció: **ha resucitado, no está aquí**. Además, instó a las mujeres a **No [asustarse]**. La palabra griega, ἐκθαμβέω (*ekthambeō*), se ha traducido de diversas maneras como «asombrarse» (NASB; NIV); «alarmarse» (NKJV; NRSV); y «asustarse» (KJV). La misma palabra se usó en 14.33 para decir que Jesús comenzó a «angustarse» cuando entró al huerto para orar. El ángel no quería que las mujeres se sorprendieran o alarmaran tanto que dudaran de la gran verdad de que Cristo había resucitado. Mateo 28.8 dice que «[salieron] del sepulcro con temor y gran gozo». Todas estas reacciones (miedo, alegría, asombro y alarma) podrían esperarse en un momento divino como este.

Versículo 7. El ángel luego les mandó diciendo: **... id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo**. El ángel que habló a las mujeres sabía lo

⁵ L. A. Stauffer, *Mark (Marcos)*, Truth Commentaries, Guardian of Truth Foundation (Bowling Green, Ky.: Standard Publishing Co., 1999), 403.

que Jesús les había dicho a Sus discípulos acerca de encontrarse con ellas en Galilea (vea Mt 26.32; Mr 14.28), y evidentemente sabía todo lo que Él les había dicho. ¿Nos enseña esto que los ángeles siempre estaban revoloteando alrededor del Señor? Sabemos que estuvieron con Él en el desierto después de Sus cuarenta días de ayuno (Mt 4.11; Mr 1.13) y que le fortalecieron en el huerto (Lc 22.43). ¿Se alejaron solo cuando Jesús estuvo en la cruz (vea Mt 27.46)? Jesús pudo haber tenido a Su disposición «más de doce legiones de ángeles» en el momento de Su arresto, si hubiera sido la voluntad del Padre (vea Mt 26.53, 54).

Versículo 8. Con respecto a las mujeres, parece natural que le tuvieran temor a un ser como el que estaban viendo. Después de que el ángel les habló, **se fueron huyendo del sepulcro**. Marcos dijo que **les había tomado temblor y espanto [...] porque tenían miedo** [φοβέω, *phobeō*⁶]. La descripción en Mateo 28.3, 4 dice que los guardias que vieron al ángel tuvieron «miedo de él [...] y se quedaron como muertos», demostrando que incluso estos soldados entrenados se espantaron por la apariencia de los ángeles. Los guardias tuvieron que haber huido antes de que llegaran las mujeres.

Si bien el ángel que habló a las mujeres era intimidante, su saludo fue amable y gentil. Sabía del temor de ellas y pronunció las reconfortantes palabras «No se alarmen» (16.6; NKJV). Las aterrorizadas mujeres mantuvieron sus cinco sentidos y se postraron ante el ángel (o ángeles; Lc 24.4). Entonces les fue hecha una sorprendente pregunta: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24.5).

Después de que les dijeron que Jesús había resucitado, a las mujeres se les instruyó: «Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro» (Mr 16.7a). Por lo tanto, los primeros proclamadores de la resurrección fueron mujeres. Al principio, **ni decían nada a nadie**, «porque tenían miedo». Sin embargo, luego obedecieron al mandamiento del ángel y «fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos» (Mt 28.8).

Jesús les concedió a estas mujeres el privilegio de ser las primeras en verle después de Su resurrección. ¡Qué confianza depositó Jesús en ellas! El testimonio de una mujer era considerado casi sin valor en una corte judía, sin embargo, Jesús llamó a estas mujeres a ser las primeras testigos públicas de lo que había

sucedido en el sepulcro. Les concedió un gran honor. Los apóstoles más adelante serían «reprochados» (Mr 16.14) por no creer el informe de las mujeres de que habían visto al Señor.

¡Qué momento más gozoso tuvo que haber sido para Pedro cuando recibió el mensaje del ángel de parte de las mujeres! Aunque al principio los apóstoles no creyeron la noticia (Lc 24.11), Pedro hizo uso de su buen criterio al ir y ver él mismo (Lc 24.12). Juan también fue, corriendo más rápido que Pedro y llegando al sepulcro primero que él (Jn 20.4). Probablemente, para este tiempo, Pedro seguía tan desanimado como lo había estado cuando estuvo llorando dos días antes (vea Mr 14.72). Jesús deseaba especialmente que Pedro supiera que estaba vivo, para que pudiera tener esperanza y desarrollar una fe más fuerte. Esto le ofrecería a Pedro la posibilidad de perdón. Necesitaba saber que su pecado no era irrevocable. Si había esperanza para Pedro cuando cayó, entonces hay esperanza para cada uno de nosotros. ¡Cuán a menudo Pedro, en su predicación, tuvo que haber insistido en ello! Pablo pudo gozosamente afirmar lo mismo, aunque siempre se vio a sí mismo como el «primero» de los pecadores (vea 1ª Ti 1.15).

El testimonio del sepulcro vacío (Mr 16.6; Jn 20.6–8) constituye un tremendo argumento para la resurrección de Jesús. El sepulcro vacío ha sido ofrecido durante mucho tiempo como evidencia de que Jesús resucitó de entre los muertos. La resurrección probó que Jesús es el Hijo mismo de Dios. Romanos 1.4 afirma que Jesús «fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos».

Si la resurrección no ocurrió, tenemos que preguntar: «¿Quién se llevó el cuerpo?». Si el cuerpo de Jesús hubiera sido tomado, probablemente no habrían dejado la sábana. Los que se llevaron el cuerpo no se habrían tomado el tiempo para desenvolverlo (vea Jn 20.7). Si los enemigos de Jesús se hubieran llevado Su cuerpo, lo habrían mostrado de inmediato para ponerle un alto a la predicación de Su resurrección. Si los discípulos lo hubieran hecho (vea Mt 28:13), ¿habrían muerto voluntariamente por su fe en años posteriores, cuando todo lo que tenían que hacer era retractarse de haber afirmado haberle visto para salvar sus vidas? William Barclay escribió: «Con creces, la mejor prueba de la resurrección es la existencia de la Iglesia cristiana. Nada más hay que podría haber transformado a hombres y mujeres tristes y sin esperanzas en personas radiantes de gozo

⁶ Esta palabra griega quiere decir «ser impactado con temor, alarmarse» (Joseph Henry Thayer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament* [Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento] [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1962], 655).

y resplandecientes de valor».⁷ La transformación se produjo en tres días, transformando discípulos temerosos en valientes proclamadores del evangelio. Tan drástica diferencia es mucho más creíble si se daba en respuesta a una resurrección.

La iglesia fiel ha predicado constantemente la gran verdad de que Jesús fue resucitado de entre los muertos. Sin la convicción de que Jesús fue resucitado después de estar muerto, es imposible explicar la existencia de una gran iglesia en la misma ciudad donde había muerto cincuenta días atrás.

Como testigos presenciales, los apóstoles podrían predicar la resurrección de manera fiel y con confianza. La palabra «testigo» (μάρτυς, *martus*) en Hechos quiere decir «uno que puede testificar de lo que sabe por experiencia personal», no simplemente uno que habla por Jesús. Matías, por ejemplo, tenía los requisitos para convertirse en apóstol porque había «estado» con Jesús y los discípulos, «desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba» (Hch 1.21, 22).

Pablo predicó en muchos lugares, demostrando que las Escrituras profetizaban del Cristo. Su mensaje fue especialmente poderoso porque podía decir, en efecto, «He visto al Señor resucitado, sin embargo, soy el último en verlo porque soy el último apóstol».⁸

LAS APARICIONES DE JESÚS (16.9–14)

Las apariciones de Jesús posteriores a la resurrección «durante cuarenta días» (Hch 1.3) están registradas en los relatos del Evangelio y en 1ª Corintios 15.1–8. Los únicos días mencionados en relación con estas apariciones son el primer día en que fue resucitado (un domingo) y el domingo siguiente (vea Jn 20). La aparición «a más de quinientos hermanos» pudo haber tenido lugar cuando Jesús se reunió con Sus discípulos en Galilea durante la última parte del tiempo que permaneció

⁷ William Barclay, *The Gospel of Mark (El Evangelio de Marcos)*, 2ª ed., The Daily Study Bible (Philadelphia: Westminster Press, 1956), 387. Esta gran admisión exige el reconocimiento de todos los demás milagros atribuidos a Cristo en el Nuevo Testamento.

⁸ La palabra «apóstol» (ἀπόστολος, *apostolos*) aparece con respecto a otros hombres además de los Doce. Con respecto a Jacobo y Pablo, parece querer decir un «apóstol de la iglesia», es decir, uno enviado con las bendiciones y la autoridad de los remitentes. Pablo dijo que se convirtió en un apóstol «último de todos» (1ª Co 15.8). Bernabé también podría ser llamado «un apóstol de la iglesia», ya que fue enviado como un mensajero de la iglesia con autoridad. (Vea Hch 13.2, 3.)

en la tierra después de Su resurrección (1ª Co 15.6; vea Mt 28.16–20). La aparición especial a Pedro tuvo que haber sido durante la primera parte del día de la resurrección de Jesús, ya que fue mencionada en la reunión de ese domingo por la noche (Lc 24.34). Su aparición ante Jacobo también tuvo que haber sido el primer domingo, sin embargo, el tiempo no es indicado en las Escrituras (1ª Co 15.7a).

Las apariciones de Cristo después de la resurrección durante el período de cuarenta días, según consta en el Nuevo Testamento, pueden organizarse en el siguiente orden:

- A María Magdalena (Mr 16.9–11; Jn 20.11–18).
- A las otras mujeres (Mt 28.9, 10).
- A Pedro (Lc 24.34; vea 1ª Co 15.5a).
- A dos discípulos mientras viajaban hacia Emaús (Mr 16.12, 13; Lc 24.13–32).
- A los Once (sin Tomás) en el aposento alto (Mr 16.14; Lc 24.36–43; Jn 20.19, 20).
- A los Once mientras Tomás estaba presente (Jn 20.26–29; vea 1ª Co 15.5b).
- A siete discípulos mientras pescaban en el Mar de Galilea o de Tiberias (Jn 21.1–23).
- A más de quinientos hermanos a la vez, incluidos los Once (Mt 28.16–20; Mr 16.15–18; 1ª Co 15.6).
- A Jacobo⁹ (1ª Co 15.7a).
- A los Once en el monte de los Olivos (Mr 16.19; Lc 24.44–53; vea Hch 1.3–12; 1ª Co 15.7b).

A María Magdalena (16.9–11)¹⁰

⁹Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. ¹⁰Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. ¹¹Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron.¹¹

Versículo 9. María Magdalena fue una de las mujeres que siguieron a Cristo. Al parecer, estas seguidoras femeninas simplemente querían ser discípulas de Jesús. Los apóstoles, como Jacobo y Juan, querían ser gobernantes o comandantes en el reino de Jesús; querían mantener posiciones de

⁹ Este Jacobo era el hermano del Señor o el apóstol Jacobo.

¹⁰ Hay un relato paralelo en Juan 20.11–18.

¹¹ La NASB tiene corchetes alrededor de esta sección porque no aparece en algunos manuscritos antiguos. El corchete de cierre está al final de 16.20.

liderazgo justo debajo de Jesús. Estas mujeres son vistas solamente como siervas del Señor.

El afecto de los hombres por Jesús estaba manchado por su ambición. Cuando sus sueños se hicieron polvo, huyeron. Las mujeres, cuyo afecto fue expresado en actos de servicio, se quedaron. A pesar de que tampoco habían captado la necesidad divina de la muerte y resurrección de Jesús, sí permanecieron.¹²

María le debía mucho al Señor y, en agradecimiento, demostró su amor.

Habiendo, pues, resucitado Jesús [...] apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. Fue la primera en ver al Señor resucitado **el primer día de la semana** después de Su crucifixión (vea 16.2). El relato de Juan solo habla de María, sin mencionar a ninguna otra mujer (Jn 20.1–18).

Versículo 10. Después de estar en el sepulcro, María corrió a los discípulos para contarles lo que había visto; y regresó detrás de Pedro y Juan, llegando después de que se habían ido. En consecuencia, quedó sola en el sepulcro. No había escuchado las noticias de los ángeles cuando las otras mujeres lo habían hecho, y regresó al sepulcro llorando y triste. Fue en este momento que Jesús se le apareció (Jn 20.11–17). Al principio, pensó que era el hortelano. Si hubiera estado imaginando la aparición, parece que habría confundido a un hortelano con Cristo y no al revés. Después de ver a Jesús, María fue inmediatamente a los discípulos y les contó lo sucedido. Marcos dice que ella **lo hizo saber [lo que había visto] a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando.**

Versículo 11. Cuando los discípulos escucharon las noticias de la resurrección de Jesús, **que vivía, y que había sido visto por ella [María], no lo creyeron.** Más tarde, Jesús los reprendería por su incredulidad. Su muerte y resurrección habían sido anunciadas, sin embargo, a Sus seguidores les resultaba difícil entender todo lo que se había dicho hasta que sucedió. Al igual que nosotros, estos discípulos tuvieron que confrontar y lidiar con el cumplimiento de las profecías que les habían sido presentadas. Con la imagen total registrada en las Escrituras, es mucho más fácil para nosotros recordar estos eventos gloriosos y comprender sus significados.

El hecho de que María haya sido poseída por

¹² Ronald J. Kernaghan, *Mark [Marcos], The IVP New Testament Commentary Series [Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2007], 336.*

siete demonios no quiere decir necesariamente que su carácter fuera tan malo como lo han descrito algunas tradiciones. La opinión de que ella era la mujer pecadora de Lucas 7.37, 38 no tiene pruebas. La tradición ha empañado incorrectamente su nombre, identificándola como una ramera reformada. Las Escrituras no dan evidencia de esta afirmación. En cualquier caso, ella era una seguidora penitente y fiel de nuestro Señor; y Éste le dio el honor de ser el primer testigo de la resurrección del Hijo de Dios.¹³

El propósito que tuvo Marcos para escribirle al mundo romano podría haberle dado especial importancia a este punto en relación con el testimonio de las mujeres. Este relato del Evangelio, en armonía con Juan 20, muestra que Jesús se apareció primero a una mujer y valoró su testimonio a los demás. Los discípulos masculinos (apóstoles) «no le creyeron» al informe de las mujeres en este momento, sin embargo, más adelante honrarían a las mujeres por traerlo.

A dos discípulos (16.12, 13)¹⁴

¹²Pero después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo. ¹³Ellos fueron y lo hicieron saber a los otros; y ni aun a ellos creyeron.

Versículo 12. Luego, Jesús se apareció a **dos personas que iban de camino, yendo al campo.** El pasaje paralelo en Lucas 24.13–16 dice que Jesús se unió a ellos cuando se dirigían a «Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén», y que los ojos de estos dos viajeros «no le [conocieron]». Más adelante, cuando Jesús bendijo su pan, «les fueron abiertos sus ojos, y le reconocieron»; sin embargo, luego «se desapareció de su vista» (Lc 24.30, 31).

Este evento involucró tres milagros: el empañamiento de los ojos de los discípulos para que no pudieran reconocer a Jesús, la apertura de sus ojos y la desaparición de Jesús. Jesús podría haber aparecido en un tipo diferente de cuerpo, o podría haber controlado lo que percibían los ojos de los discípulos. Un dato interesante que es exclusivo de este relato es la afirmación de que Cristo **apareció en otra forma** a estos discípulos. La NKJV consigna

¹³ La única razón para suponer que María Magdalena fue la «pecadora» de Lucas 7.37, 38 es que fue presentada con nombre en Lucas 8.2, poco después de la mención de esa mujer con un pasado pecaminoso. El hecho de que ella hubiera estado poseída por demonios no quiere decir que María Magdalena fuera una mujer particularmente pecadora.

¹⁴ Hay un relato paralelo en Lucas 24.13–35.

que «sus ojos estaban restringidos». Sin embargo, el milagro se logró, Jesús no fue reconocido por los dos hombres. El Señor podría haber permitido que las personas le vieran de dos maneras diferentes después de Su resurrección, sin embargo, podemos estar seguros de que Tomás y los demás apóstoles vieron el mismo cuerpo que había sido crucificado (vea Jn 20.24–29).

Versículo 13. Al igual que las mujeres habían «asombrado» a los discípulos con su testimonio acerca de la resurrección de Jesús (Lc 24.22–24), el relato de estos viajeros a Emaús no fue creído. Por esta razón, se ha sugerido que uno de los viajeros era una mujer, que tal vez estos dos eran Cleofas y su mujer (vea Lc 24.18). Sin embargo, no encontramos evidencia bíblica de que fuera una pareja casada. Jesús se refirió a estos viajeros como «insensatos, y tardos de corazón para creer» (Lc 24.25).

Las noticias de la resurrección de Jesús obviamente se difundieron en otros lugares, de otras maneras. «... unos de la guardia [...] dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido» (Mt 28:11). Tiene que querer decir que les contaron a sus superiores sobre los ángeles, el terremoto y rodamiento de la piedra del sepulcro. Los sacerdotes sobornaron a los soldados para que dijeran que los discípulos de Jesús habían robado Su cuerpo por la noche mientras dormían. Este fue el relato que circuló hasta el día en que se escribió el evangelio según Mateo (vea Mt 28.12–15). Si los que custodiaban el sepulcro hubieran estado dormidos, ¿cómo habrían sabido que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús?

A los Once (16.14)¹⁵

¹⁴Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado.

Versículo 14. La aparición posterior a la resurrección que se describe aquí es muy parecida a la registrada en Lucas 24.36–43, pero con menos detalles. En esta ocasión, Jesús apareció con **los once [...] estando ellos sentados a la mesa**. Quizás comió con ellos para probar que no era simplemente un espíritu, sino que estaba vivo en Su cuerpo original. La idea de que tenía un cuerpo completamente diferente después de la resurrección no es aseverada ni apoyada por las Escrituras.

¹⁵ Hay relatos paralelos en Lucas 24.36–45 y Juan 20.19, 20.

¿Cómo pudo Jesús aparecer repentinamente en una habitación cerrada con Su cuerpo material? La respuesta a esa pregunta podría introducir otra pregunta: ¿Podía Él hacer algo así antes de Su crucifixión? Quien pudiera andar sobre el agua no habría tenido problemas para atravesar una pared o incluso entrar a una habitación sin caminar. Jesús invitó a los apóstoles a tocar Su cuerpo en Lucas 24.39 y luego le pidió a Tomás que lo tocara en Juan 20.27. Ciertamente, el cuerpo celestial de Jesús ya no es el mismo que estaba en la tierra, incluso después de Su resurrección. Tuvo que haberse transformado en Su cuerpo glorioso en Su ascensión (vea 1ª Co 15.45–49; 1ª Jn 3.2).

El hecho de que los discípulos no creyeran nada, sino lo que sus propios ojos podían ver, aumenta la credibilidad de la resurrección de Jesús. Aun así, Sus seguidores merecían ser **[reprochados] por su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado**. Estos hombres carecían de confianza en sus compañeras discípulas que estaban compartiendo la buena noticia de que habían visto al Señor. Puede que algunos también hayan dudado de la evidencia ofrecida por Simón Pedro, porque la afirmación que la confirmaba en Lucas 24.34 decía: «Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón».

Muchos de nosotros llegamos a nuestro primer grado de fe por medio de buenas mujeres que nos enseñaron en la escuela dominical cuando fuimos jóvenes. Nuestra fe podría a menudo descansar en el testimonio de testigos confiables. Gran parte de lo que aceptamos en este mundo se basa en la evidencia ofrecida por otros con respecto a eventos históricos que no hemos visto nosotros mismos, sin embargo, tenemos plena confianza en la veracidad de ellos.

SU GRAN COMISION (16.15, 16)¹⁶

¹⁵Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. ¹⁶El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.

Versículos 15, 16. En Su discurso final a Sus discípulos, Jesús dio Su gran comisión. La forma es ligeramente diferente de la versión dada en el monte en Galilea en Mateo 28.16–20. El mandamiento tal

¹⁶ Hay relatos paralelos en Mateo 28.18–20 y Lucas 24.44–49.

como está redactado en Mateo era hacer creyentes o «discípulos» en «todas las naciones». El énfasis estaba en guardar todo lo que Jesús había ordenado. Todo fue respaldado por Su afirmación de haber recibido «toda autoridad» tanto en el cielo como en la tierra. A nosotros se nos hace difícil imaginar a un Señor que tenga «todos los derechos de la autoridad absoluta y toda la fuerza del poder absoluto», sin embargo, es el estado del Cristo resucitado.¹⁷

¿Cómo había de llevarse a cabo la Gran Comisión? La tarea de los apóstoles era **[ir] por todo el mundo y [predicar] el evangelio** (16.15).¹⁸ Al hacerlo, habían de bautizar a los que habían creído.¹⁹

Se tiene que ser un discípulo antes de poder obedecer al Señor en los actos que tienen que venir luego. Sucede como resultado de recibir la enseñanza del evangelio, desarrollar la fe a partir de la evidencia ofrecida en esa enseñanza y ser bautizado. Por designio de Dios, la fe solo puede venir de la enseñanza de «la palabra de Dios» a otros (Ro 10.17).

Juan, en su Evangelio, habló de cómo Dios «atrae» a las personas hacia Él: Ocurre cuando escuchamos y aprendemos, no por una intervención directa del Espíritu Santo en nuestros corazones (Jn 6.44, 45). El acto visible del bautismo es parte del proceso de hacer discípulos. Jesús lo puso en un lugar especial. Sabía el valor de un acto visible de decisión cuando una persona se convierte en un seguidor fiel del Señor.

Las personas que afirman creer sin someterse al mandamiento de ser bautizados no han cedido a las condiciones de esta comisión. Para evitar que los cristianos en Roma se volvieran al pecado, Pablo les recordó que habían muerto por fe y arrepentimiento cuando se unieron a Cristo en el bautismo. Cuando una persona se bautiza en el nombre de Cristo, se hace cristiano, uno que pertenece a Cristo.

Si bien Mateo 28.19 contiene el mandamiento de bautizar a otros cuando se hacen discípulos, Marcos 16.16a explica el bautismo como resultado de la predicación del evangelio y la respuesta que lleva a la salvación: El discípulo **que creyere y fuere bautizado, será salvo**. Escuchar el mensaje resulta

en fe y produce un discípulo que será bautizado.

Las órdenes establecidas por Jesús tienen que ser seguidas en todos los casos. Primero, la predicación o la enseñanza de la Palabra de Dios produce fe; por lo tanto, los cristianos no pueden existir donde el mensaje del evangelio no ha sido recibido. Esto nos impone el deber de llevar el mensaje del evangelio **a toda criatura** (16.15). El mandato que Jesús dio a los apóstoles se extiende directamente, por implicación, a la iglesia hoy. En el contexto de Su gran comisión en Mateo, Jesús dijo: «y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28.20). Jesús dijo que todo el que cree y es bautizado será salvo; sin embargo, también advirtió que **el que no creyere, será condenado** (Mr 16.16b).

Obtenemos nuestra autoridad para predicar en todo el mundo de este mandamiento a los apóstoles. La inferencia necesaria exige la predicación de parte de la iglesia, de la cual los apóstoles eran los líderes. El mensaje del evangelio fue llevado al mundo en Hechos; y la actividad evangelística registrada en ese libro, realizada en respuesta a la comisión de Jesús, les sirve de ejemplo para la iglesia actual. En esencia, Marcos 16.16 contiene la misma enseñanza que Hechos 2.38, Romanos 6.4 y 1ª Pedro 3.21. Nunca se ve al bautismo como una figura de la salvación que fue recibida previamente.

Quizás el texto más fuerte que muestra que el bautismo es necesario para la salvación es 1ª Pedro 3.20, 21. El «tipo» que se analiza en este texto es la salvación de Noé que vino por medio del agua. El «antitipo» (el cumplimiento del tipo simbolizado) es nuestra obediencia en el agua que «ahora nos salva».

Varios pasajes hablan de la salvación por medio de la fe sin mencionar ningún otro acto, sin embargo, implican una creencia continua que seguramente incluye la obediencia a mandamientos como el arrepentimiento, confesar a Jesús y el bautismo en Él. El carcelero de Filipos escuchó el mensaje del evangelio y luego fue bautizado. Al describir lo que acababa de suceder, Lucas declaró que el hombre había «creído en Dios» (Hch 16.34). Tener fe, o creer, en el Libro de los Hechos y en otros lugares, requiere que el bautismo sea incluido en el proceso. Las Escrituras indican claramente que el que cree en Cristo como el Hijo de Dios tiene que haber sido bautizado para ser reconocido como un creyente fiel.

Vemos una ilustración de esta verdad en Hechos 19.1–6, donde se les preguntó a doce hombres si habían recibido el Espíritu Santo cuando creyeron. Pablo sabía que ser verdaderos discípulos incluía

¹⁷ J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio en cuatro partes o Armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 763.

¹⁸ Cuando fueron enviados, les fue dicho a los apóstoles que el Espíritu Santo había de tener un papel clave en su misión de predicar el evangelio (Jn 20.21–23; Hch 1.8).

¹⁹ Al bautismo se le asocia con estar en Cristo (vea Ro 6.3, 4).

una inmersión y la recepción del Espíritu Santo como un don (Hch 2.38). En consecuencia, cuando respondieron negativamente, supo que algo estaba mal con el bautismo de ellos. Preguntó sobre su naturaleza y descubrió que solo habían recibido el bautismo de arrepentimiento como lo enseñó Juan. La razón por la que Pablo supo preguntar acerca del bautismo de ellos está claramente implícita: Después de Hechos 2.38, nadie podía afirmar ser un verdadero creyente sin arrepentirse, ser «[bautizado] en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados» y «[recibir] el don del Espíritu Santo». Tenemos que recordar que «la fe sin obras [de la fe] está muerta» (Stg 2.24–26). Estos actos de obediencia no son un medio para ganar la salvación por obras, sino que son las obras de fe a los que Santiago aludió, obras que son una parte tan importante de la fe que podemos hablar de ellas como obras de fe.

SU PROMESA DE ASISTENCIA DIVINA (16.17, 18)²⁰

¹⁷Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; ¹⁸tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.

Versículo 17. La promesa que fue dada a los que creen no era que estas señales serían realizadas por todos los creyentes en Jesús durante el tiempo restante. Más bien, la seguridad que dio Jesús fue que «estas señales seguirán [o acompañarán] a los que creen» (énfasis agregado). Esta promesa puede dividirse en dos partes, y las vemos en el Libro de Hechos. 1) Las señales en sí serían realizadas y seguirían a los creyentes durante el tiempo que siguió inmediatamente a la promesa de Jesús, es decir, los días de los apóstoles y los dones milagrosos en la iglesia primitiva. 2) Estas ocurrencias quedarían registradas en las Escrituras para todos los creyentes en todo momento. En otras palabras, en los primeros días de la iglesia, se realizarían señales para confirmar la predicación del evangelio. Fue necesario para la entrada de la Era Cristiana (vea He 2.4). Las señales prometidas de Marcos 16.20 se habían cumplido en gran medida cuando se redactó el texto de Marcos.²¹ El

²⁰ Vea Mt 28.20b.

²¹ Sin embargo, el propósito de los dones no se había completado; las señales seguían siendo practicadas para los días de la escritura de Marcos. Muchas personas más del

autor no mencionó todas las señales que aparecen en Hechos de los Apóstoles, sin embargo, podría haberlo hecho si hubiera estado en armonía con su plan. Marcos 16.20 resume en un versículo lo que Hechos describe en detalle elaborado. Todas las señales mencionadas aquí se encuentran en el Libro de los Hechos, excepto un hombre inspirado no viéndose afectado por el consumo de veneno.

El contexto es significativo. Los apóstoles fueron los que definitivamente estaban presentes con Jesús. Marcos 16.14 menciona un reproche a los apóstoles que no creyeron el testimonio presencial de las mujeres. El sujeto de la oración en 16.16, «el que», se refiere a un creyente que se había sometido al bautismo. El siguiente versículo cambia a las señales que seguirían o acompañarían a «los que creen». Los creyentes en consideración eran los creyentes que *usarían* las señales, no que *realizarían* estas señales.²² Algunos creyentes (incluidos los apóstoles) *realizarían y usarían* las señales para convencer a las personas de la verdad y el poder del mensaje del evangelio. La implicación es que los apóstoles y aquellos sobre quienes pondrían sus manos serían los que *realizarían* las señales. Estos creyentes milagrosamente dotados fueron los únicos que realizaron las señales milagrosas registradas en el Libro de los Hechos y en las Epístolas.

Versículo 18. Jesús explicó que aquellos que creyeran **tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.** ¿Están tales señales y maravillas siguiendo a cada creyente hoy? Sí, sin embargo, no en el sentido de los creyentes *realizando* estas señales. Muchas personas afirman que han recibido tal poder por la venida del Espíritu Santo sobre ellos. Sin embargo, no hay ninguna indicación en las Escrituras de que algún creyente posea dones milagrosos hoy. Los apóstoles recibieron el poder de realizar milagros por medio del bautismo en el Espíritu Santo que experimentaron el día de Pentecostés (Hch 2.1–4). Cuando colocaban sus manos sobre otros cristianos, esos cristianos recibieron dones especiales del Espíritu Santo. Algunos de los dones incluían realizar milagros. Cuando pasó la era milagrosa y

mundo todavía necesitaban recibir el mensaje confirmado del evangelio, y el Nuevo Testamento aún no se habían completado.

²² Es decir, incluso los que no tenían la habilidad de realizar señales milagrosas podían usar las señales que se habían realizado como prueba del poder divino de Jesús cuando compartieran el evangelio. Sigue siendo cierto para los cristianos hoy.

se completó el Nuevo Testamento, cesaron los dones milagrosos, junto con los poderes de revelación (vea 1ª Co 13.8).

Cornelio y aquellos que estaban con él recibieron poder de una manera especial, es decir, directamente de Dios, para mostrar Su disposición a aceptar a los gentiles en Su cuerpo. La enseñanza clara era que la iglesia universal debía recibirlos también. Así es como interpretó Pedro la manifestación que él y Cornelio acababan de ver (Hch 10.47, 48; 11.15–17).

El propósito de los dones milagrosos parece declinar en el contexto de los libros bíblicos que se escribieron más adelante. Hebreos 2.3, 4 revela que la confirmación del evangelio por medio de señales ya estaba en proceso de ser cumplida. Una vez que se confirmó el mensaje del evangelio, no habría necesidad de una confirmación continua de la verdad que Dios había revelado. Fue particularmente cierto una vez que se había escrito para que todos lo estudiaran. Hoy, leer el Nuevo Testamento crea fe. Una vez que se logró el propósito de la confirmación, los dones especiales podían desaparecer (vea 1ª Co 13.8–10. En Efesios 4.12, Pablo describió el propósito de los dones espirituales como un medio para «perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo». Había de continuar «hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe...» (Ef 4.13).

A veces se presenta el siguiente argumento: «¡Pero no todos creemos igual! La unidad de la fe no se ha logrado, por lo que no puede aplicarse a la cesación de los dones». La respuesta que tiene que darse es que la iglesia del siglo primero sí «creyó igual». Que este objetivo ya se había logrado es evidente en la advertencia de Efesios 4.3, que dice claramente, «guardar la unidad del Espíritu» (énfasis agregado). Los primeros cristianos tenían «unidad» porque todos creían en la misma enseñanza del Espíritu único. Por lo tanto, «la unidad de la fe» en Efesios 4.13 tiene que querer decir la unidad que viene por medio de toda la revelación, el Nuevo Testamento completado. Además, Efesios 4.5 habla de «una fe», que es la «doctrina» por la que todos hemos de «contender» (Jud 3).

La unidad es un tema importante del cuarto relato del Evangelio y un concepto esencial expresado en Juan 20.30, 31. Juan enfatizó que las «señales» se «hicieron» para que todos puedan «[creer] que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre». Si las señales que Juan mencionó podrían causar fe al leer su relato del Evangelio, entonces hoy tenemos que ver las señales registradas para confirmar el

mensaje del evangelio para nosotros. Dios no hace lo innecesario por nosotros; tenemos todo lo que necesitamos para leer, entender, creer y obedecer. Marcos 16.19, 20 reafirma esa verdad.

Una comparación de 1ª Corintios 13.8–13 con Efesios 4.8–13 enfatiza que estos «dones» milagrosos (o habilidades para realizar señales) habían de cesar en un período de tiempo bastante corto.²³ Estas señales siguen a los creyentes hoy día a medida que usemos las que están registradas en las Escrituras para predicar y enseñar el evangelio.

SU ASCENSION Y CONFIRMACIÓN DE LA PALABRA (16.19, 20)²⁴

19Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. 20Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.²⁵

Versículo 19. El registro de Marcos avanza y llega al final del período de cuarenta días durante el que Jesús les demostró a Sus discípulos que estaba vivo después de Su muerte. La cláusula **Y el Señor, después que les habló** tiene que referirse a la ocasión de Su último encuentro con Sus discípulos en el monte de los Olivos, inmediatamente antes de Su ascensión (vea Hch 1.9–12). En Su ascensión, Jesús **fue recibido arriba**; y al entrar a la presencia de Dios, **se sentó a la diestra de Dios** para comenzar Su obra de intercesión por los santos (vea He 7.24, 25).

Las señales de Marcos 16.17, 18 vinieron posteriormente, cuando la Gran Comisión se estaba llevando a cabo según se describe en el Libro de Hechos. La cláusula «habiendo dicho estas cosas» en Hechos 1.9 se refiere a todo lo que Jesús les había contado a Sus discípulos durante Sus apariciones posteriores a la resurrección.

Versículo 20. Después de la ascensión de Jesús, los apóstoles, **saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor** mediante el poder del Espíritu Santo, a quien envió sobre ellos en Hechos 2. La iglesia nació en ese día de Pentecostés y comenzó a extenderse por todo el mundo, como se informa en los capítulos restantes de Hechos. En todas partes

²³ Jimmy Allen, *Survey of 1 Corinthians (Reseña de 1ª Corintios)*, 3ª ed. (Searcy, Ark.: Harding College, 1989), 166–67.

²⁴ Hay un relato paralelo en Lucas 24.50–53.

²⁵ Esta sección entre corchetes que no aparece en algunos manuscritos antiguos comenzó en 16.9.

que predicaban, los discípulos iban **confirmando la palabra con las señales que la seguían**.

Fue un punto supremo de la predicación posterior el hecho de que Jesús, en Su ascensión, había comenzado Su reinado a la diestra de Dios (Mr 16.19; Hch 2.34–36). Él reinará hasta que entregue el reino al Padre (1ª Co 15.23, 24), y vendrá nuevamente de manera visible similar a Su partida en las nubes (Hch 1.9–11). Su venida no será en silencio ni secreta, ni ocurrirá en varias fases. Estará acompañada por el sonido más fuerte que se haya escuchado en la tierra, si las referencias en 1ª Tesalonicenses 4.13–18 no son figurativas.

Marcos 16.20 es una declaración breve de la historia de la evangelización, que se detalla en el Libro de Hechos. La predicación que se realizó cuando comenzó la iglesia fue confirmada por las señales milagrosas y prodigios del Espíritu Santo. Estos milagros cumplieron la compasión del Señor y la confirmación del Espíritu Santo.

Las profecías del Antiguo Testamento se habían cumplido en la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. Con la finalización de la Era Mosaica, la historia de la raza humana se trasladó a su etapa final, con el cristianismo extendiéndose por todo el mundo.

≡ MEDITACIONES SOBRE MARCOS 16 ≡

El tipo correcto de corazón (16.1–8)

La resurrección de Jesús es parte integral de la fundación del cristianismo. Por esta razón, el Espíritu Santo nos ha presentado el relato de la resurrección en todos sus detalles en los Evangelios. Quería que tuviéramos el relato completo de la resurrección de Jesús y algunos hechos importantes sobre los cuarenta días de testimonio que siguieron. Deseaba que lo viéramos en todos sus coloridos detalles, en todo su drama e impacto, y en toda su gloria y realidad.

Jesús se mostró vivo, después de Su sufrimiento y muerte, «con muchas pruebas indubitables» (Hch 1.3). La KJV consigna «muchas pruebas infalibles». La evidencia que Jesús nos dio con respecto a Su resurrección de entre los muertos no puede ser debatida, minimizada, ni completamente ignorada. Las pruebas son demasiado claras y convincentes para que alguien las deje a un lado.

Después de Su resurrección, Jesús se apareció primeramente a la dolida María Magdalena en el sepulcro temprano el domingo por la mañana (Mr 16.9). En esta mujer, vemos un retrato de una fiel

seguidora de Cristo. Vemos especialmente el tipo de corazón que debe tener un discípulo de Jesús.

1. María era una mujer con *un corazón agradecido*. La única mención de ella fuera de las narraciones de la crucifixión y la resurrección se encuentra en Lucas 8.1–3:

Aconteció después, que Jesús iba por todas las ciudades y aldeas, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios, y los doce con él, y algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían de Sus bienes.

Jesús había expulsado siete demonios de ella; y ella, en devoción y gratitud, se había convertido en una seguidora implacable de Él. Junto con otras mujeres que antes estaban poseídas por demonios o habían sido sanadas de enfermedades, siguió a Jesús y a Sus discípulos de ciudad en ciudad, ayudando a apoyarlos con sus propios fondos privados. Sus acciones fueron una declaración de la profundidad de gratitud que habitaba en Su corazón.

María no era como los nueve leprosos que recibieron la sanidad de Jesús y se fueron sin una sola palabra de gratitud (Lc 17.11–19). Dio el resto de su vida, por lo que sabemos, a ser una sierva agradecida de Jesús.

2. Esta mujer tenía *un corazón fiel*. Podemos ver este rasgo en la forma en que ella apoyó a Jesús en Su ministerio. Ella lo siguió, dando todo lo que pudo para ayudarle a Jesús y a Sus apóstoles en Su ministerio. Mateo 27.55 dice que incluso lo siguió desde Galilea a Jerusalén para atender Sus necesidades mientras Él predicaba allí. Cuando Jesús fue arrestado, juzgado y crucificado, ella lo siguió hasta la cruz, mientras Sus discípulos huyeron (Mr 15.47). Aparentemente, ella y otras mujeres devotas se quedaron delante de la cruz hasta que Jesús murió. Ella y estas otras mujeres cuidaron el cuerpo de Jesús cuando José y Nicodemo lo bajaron de la cruz. Continuaron cuidadosamente su vigilia siguiendo a estos hombres hasta el sepulcro para ver dónde sería sepultado Jesús.

Al tercer día, el día de la resurrección, ella y un grupo de otras mujeres fueron las primeras en ir a el sepulcro, llevando consigo especias para el cuerpo de Jesús. Marcos 16.1 explica lo que estaban haciendo: «Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle».

Son las respuestas de un corazón fiel. María

estaba agradecida con Jesús por limpiarla de posesión demoníaca; sin embargo, su corazón fue más allá de la gratitud y se convirtió en un corazón fiel y servicial. Esta mujer nos ilustra que una persona verdaderamente agradecida se convertirá en un siervo fiel de Jesús. La fidelidad de María no se desvaneció incluso ante la hostilidad y el riesgo de peligro. Había determinado estar con Jesús sin importar el costo, el tiempo ni las circunstancias.

3. Tenía *un corazón perseverante*. Su fidelidad no fue breve. Fue duradera y permanente. Miró con determinación a las largas distancias del viaje que se requerirían.

El grupo de mujeres nombradas en Marcos 16.1 fueron al sepulcro antes del amanecer el domingo por la mañana de la resurrección. Juan 20.1 dice que «María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro». Tal vez se separó de las demás mujeres y llegó al sepulcro antes que ellas. Cuando vio el sepulcro de Jesús, alzó la vista y descubrió que la gran piedra había sido removida de la boca del sepulcro. Inmediatamente tuvo que haber llegado a la conclusión de que alguien había robado el cuerpo de Jesús. No esperó a averiguar qué había pasado; sino que, dándose la vuelta, corrió de regreso a Jerusalén para buscar a Pedro y a Juan y contarles lo que creía haber visto (Jn 20.1, 2). Quizás algunos de los que estaban con Pedro y Juan no creyeron lo que ella dijo, sin embargo, Pedro y Juan se dirigieron de inmediato al sepulcro para averiguar si lo que María había dicho era verdad (20.3).

Juan 20.11 nos dice: «Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro». María no se quedaría en la casa mientras Pedro y Juan fueron a examinar el sepulcro. Regresó al sepulcro tan rápido como pudo. Por estar cansada y llena de dolor, viajó lentamente. Cuando llegó al sepulcro, Pedro y Juan ya habían estado allí, hecho su inspección y habían partido. Sin saber qué hacer, María se quedó en el sepulcro, contemplando lo que había sucedido. Estaba cansada de cuerpo, sin embargo, no quería rendirse. Estaba confundida y no dejaría el sepulcro hasta que tuviera algunas respuestas.

4. María tenía *un corazón sumiso*. Sin saber qué hacer luego, María se entristeció y lloró en el sepulcro. Estaba desconcertada y desgastada por el dolor.

Durante su primera visita al lugar de la sepultura de Jesús, no se había quedado para investigar en absoluto; sin embargo, esta vez María se agachó y miró dentro del sepulcro. Vio a dos ángeles, uno sentado a la cabecera del lugar donde estaba el cuerpo de Jesús, y otro sentado donde estaban

los pies de Jesús (Jn 20.11, 12). Por alguna razón, María no reconoció como ángeles las dos figuras que estaba viendo. No sabemos por qué. Tal vez no podía ver claramente a través de sus lágrimas, o tal vez no los miró directamente. Al verlos por el rabillo del ojo, puede que haya asumido que eran asistentes del hortelano.

Los ángeles preguntaron: «Mujer, ¿por qué lloras?», y María dijo: «Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto» (Jn 20.13). Entonces Jesús se paró frente a ella, sin embargo, ella no lo reconoció. Mientras lloraba, podría haber tenido sus ojos parcialmente cubiertos. Tal vez ni siquiera lo miró. Jesús le hizo la misma pregunta que los ángeles le habían hecho: «Mujer, ¿por qué lloras?». Suponiendo que era hortelano, ella dijo: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré» (Jn 20.15). Tenía que haber querido decir: «Si me dices dónde has llevado Su cuerpo, recibiré ayuda para que podamos darle al cuerpo una sepultura adecuada».

La siguiente parte de su conversación se registra con las declaraciones más cortas del Nuevo Testamento. El intercambio consta de solo dos palabras: Jesús pronunció una y María pronunció otra. Jesús la llamó por Su nombre. Él dijo: «¡María!» Fue suficiente; era todo lo que se necesitaba. Ella ahora sabía quién era Él. Nadie podía decir su nombre como lo hacía Jesús.²⁶ Ella se volvió, lo miró directamente y dijo su palabra: «¡Raboni! (que quiere decir, Maestro)» (Jn 20.16).

En este punto, María probablemente cayó a Sus pies en su alegría y se extendió para asirse de Él; sin embargo, Jesús dijo: «No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20.17).²⁷

En estos días posteriores a la resurrección, quedaba mucho por hacer. Era necesario que a otros hermanos se les dijera que Jesús estaba realmente vivo de entre los muertos. Sin embargo, María pudo verle primero (según Mr 16.9) debido a su persistencia en seguirle.

María Magdalena salió del sepulcro y les contó a otros discípulos lo que había visto y oído (Mr

²⁶ McGarvey y Pendleton, 744.

²⁷ J. W. McGarvey parafraseó la respuesta de nuestro Señor a María en el siguiente párrafo, diciendo: «No me abracen, o se detendrán a sí mismas y a mí; Todavía no he ascendido; esta no es una visión breve y pasajera; todavía estoy en el mundo y lo estaré por un tiempo, y habrá otras oportunidades para verme; el deber del momento es ir y decirles a mis tristes discípulos que he resucitado y que ascenderé a mi Padre» (Ibid.).

16.10). La última mención de María Magdalena en las Escrituras la muestra haciendo exactamente lo que Jesús le había dicho que hiciera. Juan nos dio el siguiente registro de su dedicación: «Fue entonces María Magdalena para dar a los discípulos las nuevas de que había visto al Señor, y que él le había dicho estas cosas» (Jn 20.18). Tiene que ser que algunos no creyeron lo que les estaba diciendo. Leemos, «Yendo ella, lo hizo saber a los que habían estado con él, que estaban tristes y llorando. Ellos, cuando oyeron que vivía, y que había sido visto por ella, no lo creyeron» (Mr 16.10, 11). Sea que le creyeron o no, ella siguió creyendo, informando y recordando. De esta manera, ilustró lo que debe hacer un corazón fiel.

Conclusión: El relato en Marcos del maravilloso encuentro de María con el Cristo resucitado es presentado como un breve resumen: «Habiendo, pues, resucitado Jesús por la mañana, el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de quien había echado siete demonios» (Mr 16.9). Nos sorprende que Jesús después de Su resurrección se le apareciera primeramente a esta mujer aparentemente insignificante. Podríamos preguntar: «¿Por qué Jesús no se le apareció primero a Su madre María?». ¿Por qué no fue a Pilato y a los principales sacerdotes para decirles: «Les dije quién soy. ¿Por qué no creyeron en Mí?».

¿Quién sabría cómo responder a preguntas como las anteriores? No tenemos el privilegio de conocer la mente de Dios, excepto como se nos presenta en las Escrituras. Sin embargo, sabemos que el corazón de María tuvo un papel importante en Su gran plan.

Leemos en 2º Crónicas 16.9, «Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar Su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él». Para estar seguros, María vio el cumplimiento de este maravilloso apoyo. Tenía el tipo correcto de corazón, el tipo de corazón que Dios siempre está buscando; y lo usó para manifestar Su poder. Dios incluyó el relato de ella en las narraciones del Evangelio, y recordaremos su buen corazón a lo largo de los años, al tiempo que Sus discípulos esperan Su regreso. Dios comenzó a dar las noticias de la resurrección al mundo por medio de María Magdalena. Pasó por encima de muchos otros y eligió a María, con Su corazón agradecido, fiel y sumiso, para ser el receptáculo de Sus maravillosas noticias y el testimonio de Su poder.

Lo que le sucedió a María en esta mañana de la resurrección de Jesús constituye una gran ilustración para nosotros. Nos transmite la verdad de que Dios pondrá Su poder en nosotros solo si colocamos

la fe de un corazón sin culpa en Él. Siempre está buscando personas como esta para que Él, por medio de ellas, pueda manifestar Su poder al mundo. Lo hizo con María Magdalena, y lo hará con nosotros, si le presentamos la clase de corazón que tenía María.

Las mujeres que fueron testigos (16.1–8)

Las mujeres en esta narrativa de la resurrección son un ejemplo invaluable y eterno para todos nosotros. Fueron las observadoras más importantes durante la crucifixión, y fueron las primeras en el sepulcro en la mañana de la resurrección de Jesús.

Cuando Marcos relató las escenas finales de la muerte de Jesús, informó: «También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé» (15.40). Marcos también agregó una nota que recordaba el compromiso anterior de ellas con Jesús durante Su ministerio: «... quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén» (15.41).

Mientras José y Nicodemo trasladaban el cuerpo de Jesús de la cruz al sepulcro, «María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían» (15.47). Identificaron la ubicación de Su sepultura para poder volver ahí más tarde y preparar mejor el cuerpo de Jesús para Su sepultura.

¿A quién no le impactaría las acciones de estas mujeres y quién no se vería desafiado por sus fieles intenciones? En este cruel y aplastante momento, expresaron algunos rasgos de carácter que debe tener todo discípulo de Jesús.

Una crisis no forma el carácter; sólo lo expone. Cuando Jesús estaba siendo crucificado, diez de Sus doce apóstoles huyeron a esconderse; sin embargo, estas mujeres se quedaron valientemente al pie de la cruz para llorar el dolor que Jesús estaba sufriendo por nuestra redención. Tienen que haberse quedado en la cruz durante las seis horas de la muerte agonizante de Jesús.

Sopesemos en nuestros corazones los rasgos de carácter mostrados por estas valientes mujeres.

1. Las mujeres fueron llevadas a actuar por *una preocupación respetuosa*. Con sus planes ya en mente, habiendo reflexionado y preparado para la noche del viernes, esperaron de acuerdo con las leyes del día de reposo del sábado y luego salieron al sepulcro el domingo por la mañana, quizás antes del amanecer (16.1, 2). Cuando llegaron al sepulcro, comenzaron a plantear una importante pregunta: «¿Quién nos

removerá la piedra de la entrada del sepulcro?» (16.3). Era una pregunta sensata. De hecho, era una pregunta práctica y necesaria, y que normalmente se habría hecho antes de salir de Jerusalén al sepulcro. Estas mujeres, bajo la presión de las circunstancias de la muerte de Jesús, probablemente habían estado pensando con corazones comprensivos en lugar de mentes analíticas. Si hubieran estado pensando con claridad, a la primera sugerencia de ir a el sepulcro se habrían preguntado: «¿Quién nos quitará la piedra?». No había necesidad de ir al sepulcro si no podían entrar. Movidas por amor y consideración por Jesús, habían decidido lo que se necesitara hacer y se habían propuesto hacerlo.

Estas mujeres parecen haber sido las únicas que tomaron en serio la importancia de preparar el cuerpo de Jesús para la sepultura. José y Nicodemo se habían apresurado a hacer lo que pudieron, sin embargo, estas mujeres no querían abandonar Su cuerpo en un descuidado sepulcro. El respeto las hizo ir al sepulcro para poder poner a reposar el cuerpo de Jesús de manera considerada y ceremonial.

2. Estas mujeres también actuaron por *una santa curiosidad*. Cuando vieron el sepulcro a la distancia, miraron y se dieron cuenta de que el problema de cómo entrar ya se había resuelto (Mr 16.4). La piedra había sido removida por alguna mano humana o divina. María Magdalena tuvo que haber llegado a la conclusión de que alguien se había robado el cuerpo de Jesús. El sepulcro vacío planteaba un problema aún mayor para María que la pregunta anterior sobre cómo entrar en él. Inmediatamente, fue en busca de Pedro y Juan para contarles lo sucedido (Jn 20.2).

Además de María Magdalena, las mujeres de este grupo tuvieron la curiosidad de quedarse en el sepulcro y preguntar qué había sucedido. Dentro del sepulcro, «vieron a un joven [...] cubierto de una larga ropa blanca». ²⁸ Las mujeres se aterrorizaron y cayeron al suelo. Lucas retrató la solemne escena que había de recordarse para siempre: «... y como tuvieron temor, y bajaron el rostro a tierra, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24.5). Entonces el ángel habló con ternura a las mujeres, diciendo: «No temáis vosotras; porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor» (Mt 28.5, 6).

Al mirar hacia la cámara de sepultura, las mujeres habían visto la losa de piedra donde

había estado reposando el cuerpo de Jesús. Una vez dentro, *revisaron* las sábanas que quedaron de la resurrección. Además, el ángel les *recordó* a las mujeres la promesa del Señor de resucitar de la muerte: «Acordaos de lo que os habló, cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado, y resucite al tercer día» (Lc 24.6b, 7). Entonces, el ángel les dio *resolución* a las mujeres, diciendo:

No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a Sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo (Mr 16.6, 7).

Al salir del sepulcro, las mujeres tuvieron que haber entonado el feliz canto de las buenas nuevas en sus corazones; sin embargo, internamente también estaban llenas de sombras de temor, porque les abrumaba saber que Jesús, el Hijo de Dios, estaba en la tierra entre ellas (Mt 28.8). Estaban llenas de gozo y temor, con buenas nuevas y con asombrosas comprensiones.

Habiendo presenciado la maravilla del sepulcro vacío, estas mujeres no abandonaron el sitio sin investigar lo que había sucedido. De manera similar, los bereanos que escucharon a Pablo predicar la resurrección de Jesús se vieron obligados a investigarlo con cuidado. «Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hch 17.11). Fueron partícipes del espíritu de estas mujeres, y debería ser nuestro espíritu también. Tenemos que investigar fielmente el testimonio inspirado con respecto al sepulcro vacío.

3. Estas mujeres estaban poseídas por *un compromiso santo*. Quizás la segunda aparición de Jesús después de Su resurrección fue a las demás mujeres que habían presenciado el sepulcro vacío. Habían venido al sepulcro con María Magdalena, habían visto al ángel dentro de el sepulcro, y el ángel les había ordenado que fueran «pronto y [dijeran] a Sus discípulos» que Jesús había resucitado de los muertos (Mt 28.7a).

Encargadas con cumplir una comisión muy importante, estas mujeres se quedaron asombradas y, al principio, en silencio. «Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo» (Mr 16.8). Luego, reuniendo su ingenio y su coraje, «[volvieron] del sepulcro, dieron

²⁸ Lucas 24.4 dice que había dos ángeles, sin embargo, el registro de Marcos se centra en el ángel que habló.

nuevas de todas estas cosas a los once, y a todos los demás» (Lc 24.9). No permitieron que Su temor les impidiera obedecer.

Tuvieron que haber marcado un paso ligero en Su camino a Jerusalén. ¡Podemos imaginar las conversaciones en las que estaban involucradas mientras regresaban para informar lo que habían visto y oído! Habiendo visto un sepulcro vacío, y habiéndoles dicho un ángel que Jesús vivía nuevamente después de estar muerto, fue suficiente para convertir este oscuro día de luto en su día más brillante y glorioso.

Mientras las mujeres corrían hacia Jerusalén, miraron hacia arriba y vieron a Jesús de pie frente a ellas en medio del camino. Él las saludó diciendo algo similar a «hola». Las mujeres hicieron lo que todos haremos un día: Cayeron a Sus pies y lo adoraron (Mt 28.9; vea Fil 2.10). ¡Jesús estaba de pie ante ellas, resucitado de entre los muertos, Dios en la carne, saludándolas! ¿Podemos imaginarnos cómo tuvo que haber sido?

Jesús les dijo a las mujeres: «No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán» (Mt 28:10). Con las tranquilizadoras palabras «No temáis», calmó sus corazones mientras temblaban ante la idea de estar en la presencia del Cristo resucitado. Antes de Su crucifixión, Jesús les había prometido a Sus discípulos que se reuniría con ellos en Galilea después de Su resurrección. Había dicho: «Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea» (Mt 26.32). El ángel en el sepulcro también les había mencionado esta promesa de Jesús a ellas (Mr 16.7).

Cuando estas mujeres dieron su primer informe a los discípulos, no fueron tomadas en serio. Lucas escribió: «Mas a ellos les parecían locura las palabras de ellas, y no las creían» (Lc 24.11). Sin embargo, las mujeres mantuvieron su testimonio hasta que se presentó con otros testimonios similares y finalmente fue recibida y creída.

No olvidemos que una de las formas más efectivas de difundir la palabra de verdad es mediante testigos fieles. Jesús eligió a Sus seguidores de confianza para entregar el mensaje de Su resurrección a otros seguidores. El mensaje más grande que el mundo ha recibido fue primeramente colocado en las frágiles manos de Sus discípulos para ser llevado de un discípulo a otro. ¡Piense en la confianza que Jesús ha puesto continuamente en Sus discípulos!

Conclusión: ¿Qué rasgos podrían ser más necesarios para los discípulos de Jesús que una consideración santa, una curiosidad santa y un compromiso santo? Necesitamos tener un profundo

respeto por Jesús y un impulso interno para descubrir la verdad sobre Él, así como la determinación de ser Sus fieles seguidores. Estas tres características cubren la amplitud de nuestra vida diaria en Jesús: respeto, entusiasmo por la verdad y compromiso.

Se ha dicho: «Si quieres hacer llegar una idea, debes envolverla en una persona». Una de las mejores maneras de enseñarles a otros es presentando el tipo correcto de ejemplo. El Espíritu Santo nos ha proporcionado, por medio de estas mujeres, un ejemplo prístino de discipulado. Vemos en sus actos un aprecio por Él, un venir a Él y un salir de Él para llevar a cabo Su comisión. El discipulado se compone de amarle, aprender de Él, vivir para Él y servir en Su nombre.

Los discípulos se hacen en el sepulcro. Ha sido así desde el principio. Si tenemos suficiente interés para que nos lleve al sepulcro, queremos quedarnos allí. De esa manera, encontraremos la verdad acerca de Jesús y recibiremos una comisión para ir a contarles a los demás lo que hemos encontrado. Vayamos al sepulcro, permanezcamos allí hasta que entendamos la verdad acerca de Jesús, y luego salgamos con la comisión de contarles a los demás lo sucedido en el sepulcro.

La declaración del sepulcro vacío (16.9–11)

Cuando consideremos la resurrección de Jesús, reunamos los hechos de Su resurrección dados en el Nuevo Testamento, en orden cronológico. Esto nos permitirá ver una imagen compuesta de Su resurrección.

A última hora del viernes, José de Arimatea, un discípulo secreto de Jesús y miembro del Sanedrín (Mr 15.43; Jn 19.38), fue a Pilato y le preguntó si podía bajar de la cruz el cuerpo de Jesús y sepultarlo. Curiosamente, aquellos que no tuvieron temor de ser abiertamente Sus discípulos aparentemente tuvieron temor de ir a Pilato y pedir Su cuerpo, mientras que uno que tuvo temor de ser abiertamente Su discípulo encontró el coraje de ir y pedir Su cuerpo. Algo que habla a su favor, Pilato le concedió a José el permiso que había solicitado.

Nicodemo se unió a José y lo ayudó a sepultar el cuerpo de Jesús. Nicodemo era un fariseo, un gobernante de los judíos (Jn 3.1). Trajo alrededor de cien libras de una mezcla de mirra y áloes para ayudar con la sepultura (Jn 19.39). Suavemente, los dos hombres bajaron el cuerpo de Jesús de la cruz y lo envolvieron en una sábana que José había traído (Mr 15.46). José poseía un sepulcro nuevo en un huerto que estaba ubicado cerca del lugar

de la crucifixión (Mt 27.60; Jn 19.41). Pusieron el cuerpo de Jesús para que reposara en ese sepulcro, colocando la mirra y los áloes en los pliegues de la tela que rodeaba Su cuerpo. De esta manera, le dieron a Jesús el único funeral que recibió.

Un grupo de mujeres siguieron a José y a Nicodemo. Observaron atentamente cómo era colocado el cuerpo de Jesús en el sepulcro, y marcaron en sus mentes Su ubicación (Mr 15.47). Conscientes de que el cuerpo de Jesús no había sido preparado completamente para la sepultura, regresaron a sus hogares y prepararon especias aromáticas y ungüentos para llevarlos al sepulcro el domingo por la mañana. El sábado descansaron para cumplir la ley de Moisés con respecto al día de reposo (Lc 23.56b). Durante las últimas horas del viernes y durante las tranquilas horas del sábado, anticiparon ir al sepulcro temprano por la mañana del primer día de la semana.

Tal vez el viernes por la noche o temprano el sábado, los principales sacerdotes y los fariseos se reunieron con Pilato y le hicieron una petición especial. Dijeron, en efecto, «Ese engañador dijo que después de tres días se levantaría de entre los muertos. Tenemos temor de que Sus seguidores puedan venir y robar Su cuerpo y afirmar que se levantó de entre los muertos. Ordena que el sepulcro sea sellado y vigilado» (vea Mt 27.62–64). Pilato les dijo: «id, aseguradlo como sabéis» (27.65b). Consecuentemente, estos judíos se encargaron de sellar la entrada al sepulcro, y los guardias romanos comenzaron a vigilar su entrada (27.66).

Al tercer día después de la crucifixión de Cristo, según el método judío de cálculo inclusivo, un grupo de mujeres comenzó a viajar al sepulcro desde Jerusalén. Fue el domingo por la mañana, antes de la salida del sol (Mr 16.2⁹). Tenemos los nombres de algunas de las mujeres en el sepulcro: María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé y Juana (Mr 16.1; Lc 24.10). Querían ungir el cuerpo de Jesús para una sepultura más tradicional.

Temprano por la mañana del domingo, sin ser observado por ningún ojo humano, Jesús había resucitado de entre los muertos. Junto con esa resurrección, ocurrió un terremoto local que sacudió el área del sepulcro. En el curso de estos eventos, un ángel del Señor removió la piedra que encerraba el sepulcro (Mt 28.2). Después de quitar la piedra, el ángel se sentó sobre ella, indicando el control absoluto de Dios. La apariencia del ángel era como un relámpago, y su ropa era blanca como

²⁹ Juan 20.1 revela que María Magdalena llegó «siendo aún oscuro».

la nieve. Abrumados por el terremoto y la aparición del ángel, los guardias cayeron como hombres muertos (Mt 28.3, 4).

Está claro que Dios deseó revelar el sepulcro vacío a los discípulos de Jesús y a cualquiera que quisiera verlo. Por esta razón, había removido la piedra de su entrada de manera milagrosa. El sepulcro estaba abierto para que el mundo lo viera.

Más tarde, algunos miembros de la guardia fueron a Jerusalén y contaron a los principales sacerdotes todo lo que había sucedido. El Sanedrín se reunió y acordó darles una gran cantidad de dinero a los soldados si decían que Sus discípulos habían venido durante la noche y robado el cuerpo de Jesús (Mt 28.11–13). Los soldados tomaron el dinero e hicieron lo que les dijeron. Mateo informó: «Y ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había instruido. Este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy» (Mt 28.15).

Sin duda, el Nuevo Testamento tiene como centro la resurrección de Jesús. La narración de la crucifixión en Marcos enfatiza el testimonio imponente del sepulcro vacío. La confirmación divide a los estudiantes de las Escrituras en dos grupos: creyentes que han aceptado la evidencia dada y no creyentes que han rechazado la evidencia divina. Consideremos cuidadosamente la declaración del sepulcro vacío, con su testimonio de que Jesús resucitó de entre los muertos.

1. El sepulcro vacío declara *un testimonio divino* para el mundo. Nos dice en detalle que las afirmaciones de Jesús son ciertas. Jesús fue crucificado como un mentiroso, un impostor y un blasfemo. Si no hubiera resucitado de entre los muertos, todo el mundo podría haber aplicado con precisión estos epítetos o descripciones a Él. Había prometido resucitar de entre los muertos (Mt 16.21); el hecho de no cumplir con la promesa lo habría convertido en un engañador, un falsificador y un farsante. Afirmó ser el Hijo de Dios (Lc 22.70). Si no hubiera demostrado Su poder sobre la muerte, habría sido un impostor y un blasfemo. Sin lugar a dudas, la resurrección de Jesús de entre los muertos fue la prueba suprema de Sus afirmaciones.

¡Los evangelios anuncian que Jesús resucitó de entre los muertos! Su resurrección fue la prueba de coronación de Su deidad. La resurrección de Jesús es crucial para la integridad del cristianismo. Es la verdad fundamental que Sus discípulos tienen que hacer suya. Si Él resucitó de entre los muertos, es el Señor de gloria; si no lo hizo, fue un simple hombre sin más poder que cualquier otro. En ese caso, las creencias del cristianismo serían falsas. Sin embargo, el sepulcro vacío hizo una clara declaración sobre la

deidad de Jesús y Sus afirmaciones. Pablo escribió de esa afirmación, «Jesucristo [...] fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos» (Ro 1.1–4).

2. Además, el sepulcro vacío dio *un testimonio público* sobre la resurrección. Dios se encargó de que los discípulos de Jesús pudieran ver, tocar y fácilmente entrar al sepulcro vacío para que pudieran examinar cada una de sus partes. Les dio la oportunidad de examinar cada grieta y fisura de su vacío.

Un terremoto y un ángel anunciaron la resurrección de Jesús: «Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y Su vestido blanco como la nieve» (Mt 28.2, 3). Parece claro que el ángel no apartó la piedra del frente del sepulcro para dejar salir a Jesús; más bien, la hizo rodar para dejar entrar al hombre.³⁰ Dios quería que el hombre entrara al sepulcro y viera por sí mismo que Jesús realmente había resucitado de entre los muertos.

Dios reveló de manera clara la resurrección de Jesús para que cualquier persona que quisiera recibir la evidencia de Su resurrección pudiera tener esa oportunidad. Por lo tanto, Pedro pudo decir en el día de Pentecostés: «... al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella» (Hch 2.24); «A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos [...] Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo» (Hch 2.32–36).

3. El sepulcro anunció *un testimonio eterno* para que todos lo oyeran. Las evidencias de Dios con respecto a Jesús fueron completas, perfectas y absolutamente duraderas. Dios no hace nada a medias. No nos perdona por poco, no nos salva por poco, ni resucitó a Jesús de entre los muertos por poco.

Marcos dio la siguiente descripción de la resurrección:

Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado;

ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron (16.4–6).

La escena contiene tres tipos de testimonios. Primero, revela un testimonio *físico*. Los dos ángeles descendieron y, con el trasfondo de un terremoto, hicieron rodar la gran piedra de la entrada al sepulcro. Ese testimonio fue terrenal, visible y tangible. Segundo, registra un testimonio *celestial*. Las mujeres entraron al sepulcro, donde dos ángeles las saludaron. Los mensajeros del cielo dijeron, en efecto, «Sé que están buscando a Jesús. No está aquí. Ha resucitado. Vengan aquí y miren el lugar donde estaba acostado». Era como si estuvieran diciendo: «Miren a su alrededor y observen que el sepulcro está completamente vacío, excepto por algunas sábanas». Dios estampó Su firma en este testimonio. Tercero, vemos un testimonio *personal* sumamente válido. A las mujeres se les permitió ser testigos del sepulcro vacío con sus acciones y voces. El Espíritu Santo verificó la credibilidad de esta escena en la que participaron. Las mujeres entraron y examinaron el sepulcro vacío. Los ángeles las guiaron en su recorrido por el pequeño sepulcro.

Estos testimonios, uno de la tierra, uno del cielo y uno de testigos humanos verificados, se unen para hacer un testimonio completo. Para estas mujeres, fue a la vez increíble, inconfundible, visible, tangible e indescriptible.

Conclusión: Como discípulos de Jesús, tenemos que decirlo muy claramente: Dios ha dado evidencia irrefutable de la resurrección de Su Hijo. Si aceptamos la evidencia del Nuevo Testamento, tenemos que aceptar la verdad de que Jesús es el Hijo de Dios. La única forma como podemos negar Su deidad es negar la integridad de la Palabra de Dios. El texto de las Escrituras es demasiado revelador para que podamos sacar cualquier otra conclusión acerca de esta evidencia.

Todo lo relacionado con nuestra esperanza eterna se sostiene o cae con la autenticidad de la resurrección. Pablo dijo lo mismo en 1ª Corintios 15.14–19:

Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe. Y somos hallados falsos testigos de Dios; [...] y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres.

En el párrafo anterior, Pablo mencionó siete conclusiones (incluida una implicación) que serían verdaderas si Jesús no hubiera resucitado de entre

³⁰ John MacArthur, Jr., *Matthew 24–28 (Mateo 24–28)*, The MacArthur New Testament Commentary (Chicago: Moody Press, 1989), 309.

los muertos: 1) nuestra predicación sería vana; 2) nuestra fe sería vana; 3) seríamos testigos falsos; 4) todavía estaríamos en nuestros pecados; 5) los cristianos que han dormido habrían perecido; 6) seríamos dignos de conmiseración; 7) y nuestra fe en el mensaje del evangelio sería vana. Las siete conclusiones comprenden el corazón de ser cristiano. Nuestra conclusión general, por lo tanto, tiene que decir: Si no podemos confiar en que la Biblia nos dé la verdad sobre la resurrección, entonces no podemos confiar en que la Biblia nos brinde información confiable sobre cualquiera de las demás grandes verdades de la vida.

Estamos con Pedro en este asunto, y citó: «Mas la palabra del Señor permanece para siempre», y agrega: «Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada» (1ª P 1.25; vea Is 40.8). Quiere decir que creemos que la Palabra del Señor es verdadera, perdurable y eterna. También quiere decir que la Palabra de Dios nos ha dado la seguridad de que Cristo resucitó de entre los muertos. La resurrección de Jesús nos da la garantía de que la vida eterna en Él puede ser nuestra para siempre.

La misión de los cristianos (16.14–16)

Cuando consideramos las instrucciones finales de Jesús a Sus apóstoles en Marcos 16.14–16 (vea Mt 28.18–20), nos impacta tanto lo completo como lo incompleto del ministerio del Señor. Jesús vino al mundo para cumplir el propósito que Su Padre le había dado. El jueves por la noche antes de Su muerte, Su cumplimiento de ese propósito estaba tan cerca que pudo decirle a Su Padre en oración: «Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese» (Jn 17.4). Había sido perfectamente obediente a Su padre. Al mismo tiempo, observamos una evidente falta de completitud que exige atención. Jesús comenzó Su ministerio predicando: «Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado» (Mt 4.17). Este mensaje constituyó Su continua proclamación por aproximadamente 3 años y medio. Cuando se acercó al final de Su ministerio, seguía anunciando la venida del reino (Mr 9.1). Les dijo a Sus apóstoles, mientras los guiaba al monte de los Olivos, donde ascendería al Padre, que en pocos días el Espíritu Santo vendría sobre ellos y recibirían poder (vea Hch 1.4, 5). Cuando Jesús bendijo a Sus apóstoles y ascendió a través de las nubes, finalizando para siempre Su propio ministerio terrenal, el reino todavía no había llegado. Debía llegar pronto, sin embargo, aún no había llegado.

¿Cuál fue el propósito del ministerio de Jesús? No vino a terminar algo, sino a comenzar algo. Su ministerio estableció la más grande de todas las misiones. El evento más grande de todos los tiempos fue el ministerio terrenal de Jesús. El Antiguo Testamento lo esperaba, y el Nuevo Testamento miraba hacia ese evento. Es el corazón de la Biblia, expresado en lo que llamamos «la Gran Comisión».

Cuando Jesús dio Su mensaje final a Sus discípulos antes de Su ascensión, les dijo que tenía toda autoridad y se identificó como la cabeza designada de la era cristiana que estaba comenzando. Luego les ordenó que «[hicieran] discípulos a todas las naciones» (Mt 28.19a). Indicó además que, cuando las masas aceptaran el mensaje del evangelio, los discípulos habían de bautizar a los creyentes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28.19b). Los que estaban siendo comisionados habían de enseñar a los que habían sido bautizados todo lo que Jesús les había enseñado (Mt 28.20a). En Su última palabra de aliento, Jesús les dijo que, mientras cumplían Su comisión, estaría con ellos, y con todos los demás que vendrían después de ellos, «hasta el fin del mundo» (Mt 28.20b).

Jesús había venido para comenzar una misión que entregaría a Sus apóstoles y discípulos, y luego éstos la vivirían como su misión. A Su regreso al Padre, Jesús iniciaría Su labor mediadora a la diestra del Padre, intercediendo por Su pueblo como su gran Sumo Sacerdote. Su plan desde el principio era dejar en manos de Sus apóstoles y discípulos, en el momento apropiado, la misión que Su ministerio había comenzado. Dio Su evangelio, que había creado con Su muerte y confirmado por Su resurrección, a todos los que le seguían. Estos seguidores habían de llevar Su nombre y convertirse en Su iglesia. Sin duda, en este anuncio de Su misión, estamos viendo el objetivo supremo que Jesús llama a Su iglesia a cumplir todos los días.

Los elementos esenciales del misionero (16.15–18)

La vida terrenal de Jesús había llegado a Su fin. Había cumplido Su ministerio de enseñanza. Con un amor sacrificial, se había ofrecido a Sí mismo en la cruz como sacrificio expiatorio por los pecados del mundo. Durante cuarenta días después de Su resurrección, se había aparecido a Sus discípulos, demostrando con muchas pruebas «indubitables» («infalibles»; KJV) que había resucitado de entre los muertos. También había pasado un buen tiempo durante esos cuarenta días enseñándoles a los

discípulos sobre el reino venidero (Hch 1.3).

Ahora, desde el monte de los Olivos, estaba a punto de ascender al Padre, sentarse a Su diestra y comenzar a reinar sobre Su reino. Sin embargo, como preludeo de Su partida, dio Sus instrucciones finales a Sus apóstoles y, por medio de ellos, a todos Sus seguidores. Describió y estableció la misión que quería que llevaran a cabo después de Su partida. Desde el punto de vista del cielo, fue uno de los mejores momentos de todos los tiempos. Los ángeles tuvieron que haber visto a Jesús ocuparse de estos detalles finales con un gozo que los seres humanos no pueden captar por completo. El verdadero significado de las palabras finales de Jesús en la cruz, «Consumado es» (Jn 19.30), pronto saldría completamente a la luz.

La comisión que Jesús dio a Sus discípulos en Marcos 16.15, 16 puede resumirse en tres palabras: «Sean mis misioneros». Encargó la continuación de Su misión a cada uno de Sus discípulos. A estos hombres ya se les había dicho en el aposento alto el jueves por la noche antes del arresto de Jesús que el Espíritu Santo sería su ayudante (Jn 16.5–15). Les daría la fuerza que la labor de ellos requeriría.

Estas últimas instrucciones tuvieron una cobertura inclusiva. Con ellos, todos los discípulos de Jesús estaban siendo enlistados en Su servicio. Estaba en efecto asignándole a cada discípulo ser un misionero. Jesús no les daría un mandamiento a Sus discípulos sin darles el poder para llevarlo a cabo. Su fuerza para desarrollar y acabar siempre acompañaba Sus decretos. Junto a Su comisión, les dio a Sus discípulos una medida de Su poder y sabiduría. En este contexto, Cristo marcó los elementos esenciales que un misionero tiene que tener cuando sale a cumplir la misión que se le ha encomendado.

1. El misionero necesita *una fe inquebrantable* cuando sale a enseñar y predicar el evangelio. Si un misionero es débil en la fe, Sus esfuerzos evangelísticos serán débiles e ineficaces.

Durante los días posteriores a Su resurrección, Jesús tuvo que reprender a los apóstoles y demás discípulos por no haber aceptado la evidencia y realmente creer. En una ocasión, «les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado» (Mr 16.14b).

Cuando no se tiene fe o se es débil en la fe, no puede realizarse la labor que Jesús le ha pedido que haga. En un sentido, se es inútil. Santiago dijo:

Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno

dice que tiene fe, y no tiene obras? [...] Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? (Stg 2.14–16; énfasis agregado).

Dos veces en este pasaje, Santiago empleó la palabra «aprovecha». Tenemos que tener fe para ser provechosos en el servicio de Jesús.

Quien no tiene fe es impotente como misionero; no está permitiendo que Dios, Cristo y el Espíritu obren por medio de él. Pablo se regocijó con el poder que tenía en Jesús cuando dijo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Fil 4.13). Si no tenemos el tipo correcto de receptáculo, el tipo correcto de corazón, Dios no puede llenarnos con todo lo que Él provee. Cuando la fe está presente, Dios le da al santo una llave de Su tesoro espiritual. Pablo dijo: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (Fil 4.19).

Sin una fe inquebrantable, el misionero es inútil, impotente y sin Espíritu. Al siervo obediente se le puede decir: «... porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad» (Fil 2.13). Pablo también expresó la idea usando negativos: «Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio» (2ª Ti 1.7). Hemos de impartir nuestra enseñanza con «amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida» (1ª Ti 1.5).

2. El misionero tiene que tener *un mensaje inmutable*. Debe entender fielmente lo que Jesús desea que presente al mundo.

Jesús le ha encargado a Su cuerpo de discípulos dar Su mensaje al mundo. Él ha puesto Su mensaje sagrado en nuestras manos. De hecho, nos ha confiado la perla de gran valor, el único evangelio que puede salvar al mundo. Lo dispuesto por Jesús nos da más que una gran responsabilidad; contiene lo esencial para la vida eterna. Si los discípulos de Jesús no van con el mensaje, el mundo está perdido; y si los discípulos no van con el mensaje correcto, las personas del mundo vivirán y morirán en tinieblas.

Las palabras de Gálatas 1.8, 9 tienen que ser grabadas en el corazón de cada misionero:

Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguno os predica diferente evangelio del que habéis

recibido, sea anatema.

Pablo sintió el «ay» de no ir. Él dijo: «¡ay de mí si no anunciare el evangelio!» (1ª Co 9.16b). También sintió la «anatema» de no predicar el verdadero evangelio, como se ve en Gálatas 1.8, 9.

Un médico que atiende a una persona gravemente enferma tiene que ser preciso en lo que dice y hace. El paciente depende de él para marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Si el médico es negligente, es un fracaso y un ministro de la muerte; si es correcto en el corazón, conocimiento y habilidad, es un ministro de vida. En un grado aún mayor que un médico competente, el misionero efectivo es un verdadero servidor del pueblo y un ángel de misericordia.

3. El misionero tiene que tener *una credibilidad innegable*. De lo contrario, sus oyentes no lo tomarán en serio y no lo verán como un auténtico heraldo del mensaje de Dios.

Jesús les proporcionó credibilidad a Sus emisarios, sin embargo, tenemos que emplearla adecuadamente. Una de las promesas más gráficas en el discurso de despedida de Jesús es expresada en Marcos 16.17, 18:

Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán Sus manos, y sanarán.

La promesa de Jesús no era que todo creyente en el futuro estuviera facultado para hacer estas señales. Mencionó cinco tipos de milagros confirmatorios: expulsar demonios, hablar en lenguas, tomar serpientes, beber veneno mortal y levantar a los enfermos. Su promesa era que estos milagros «seguirían» («acompañarían», NASB) a los creyentes. Es decir, éstos habían de seguir a los creyentes de cerca, como un testimonio esencial que formaría parte de la enseñanza de ellos. El Libro de Hechos contiene el registro de los apóstoles y otros que recibieron los dones del Espíritu para obrar estos milagros. De los cinco milagros que Jesús nombró específicamente, cuatro fueron realizados públicamente y registrados por hombres inspirados durante la era milagrosa del siglo primero. Podríamos asumir que la capacidad de sobrevivir al consumo de veneno mortal, que no se registra en Hechos, también se vio en la iglesia primitiva; porque fue incluida en la promesa de Jesús. Podemos tener confianza en que, si conociéramos todos los actos de los apóstoles y

de todos los demás siervos inspirados del Señor, cada una de las señales que Jesús mencionó estaría entre ellos.

Cuando hombres inspirados dieron el mensaje del Espíritu, las obras confirmatorias del Espíritu verificaron que esos mensajes eran de Dios. Veamos nuevamente la verdad en Hebreos 2.3, 4:

... ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad.

Las señales del Espíritu eran diferentes de cualquiera de las señales realizadas por falsos maestros. 1) Fueron obvias para cualquier espectador. Incluso los enemigos de Dios no podían negarlas. 2) Fueron auténticas. Expresaron el poder sobrenatural de Dios que trasciende este mundo físico. 3) Podían ser realizadas solo por el Espíritu de Dios. Los milagros divinos fueron el único testimonio que tuvieron las personas en Hechos para confirmar que el mensaje que se les estaba dando era verdadero. Hoy, tenemos el Nuevo Testamento para servirnos en tan alto propósito. Contiene el registro de los milagros divinos que probaron que los primeros misioneros de Jesús fueron hombres inspirados y que los autores del Nuevo Testamento fueron inspirados por el Espíritu Santo.

Cuando alguien dice hoy que está haciendo milagros, todo lo que alguien tiene que hacer es comparar sus milagros con los verdaderos milagros del Espíritu que fueron realizados por hombres inspirados en los Evangelios y el Libro de Hechos. Verá fácilmente la diferencia entre lo verdadero y lo falso; es la diferencia entre el poder de Dios y el engaño del hombre. Dios no usó señales invisibles para convencer a las personas de la integridad de Su mensaje. Se realizaron milagros genuinos y obvios; y están registrados en el único libro preciso y lleno del Espíritu en el mundo. Son tan convincentes hoy como lo fueron cuando se realizaron.

Cuando al misionero se le cuestiona su mensaje, tiene este cuerpo de señales verificadoras para darles a sus inquisidores. El mensaje que está entregando ha sido confirmado como proveniente de Dios. Jesús todavía envía a Sus misioneros con la más alta credibilidad; sin embargo, tenemos que recurrir al Nuevo Testamento y ponerlo en práctica. Cuando nosotros, como Sus portavoces, hemos establecido la integridad del Nuevo Testamento, hemos establecido al mismo tiempo la confiabilidad

del mensaje de los milagros inspirados del siglo primero.

Conclusión: ¿Cómo, entonces, sale un misionero a hacer la obra del Señor? Tiene que tomar los elementos esenciales: una fe inquebrantable, un mensaje inmutable y una credibilidad innegable. Armado con esto, está listo para enseñar y servir en cualquier campo del mundo.

No decidimos ser misioneros. Esa decisión se toma cuando tomamos la decisión inclusiva de ser discípulos fieles de Jesús.

Jesús nos invitó a ser Sus seguidores con estas penetrantes palabras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt 16.24). Su invitación se divide en tres partes: «niéguese» es arrepentirse; «tome» es obedecer, y «sígame» es permanecer fiel. Tenemos que quitar el «yo» de nuestros corazones y entronizar a Jesús en nuestros corazones, reemplazando nuestras mentes con la Suya. Quedarse con Él implica un caminar diario a Su lado.

Cualquiera que haya examinado los Evangelios

sabe quién fue Jesús sobre la tierra y quién es en el cielo. Fue el mejor misionero que jamás haya caminado sobre esta tierra. Quiere decir que cualquier persona que anda con Él, por naturaleza, también tiene que ser un misionero para poder mantenerse al día con Él. No podemos andar con Jesús sin andar al paso de misionero.

Jesús ha traído la era cristiana, la última era de la historia humana. Este hecho se presenta en las hermosas palabras finales de Marcos:

Y el Señor, después que les habló, fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén (16.19, 20).

Jesús nos dio esta era de los «postreros días» estableciendo la iglesia, Su cuerpo espiritual y enviando a Sus discípulos al mundo con Su evangelio, como misioneros. ¡Qué privilegio tenemos de vivir en esta era y ser misioneros de Cristo!

Meditaciones adicionales sobre Marcos

El camino del diablo (1.12, 13)

El Evangelio de Marcos se caracteriza por una brevedad literaria, como es muy notable en el relato de las tentaciones. Marcos solo contiene dos versículos sobre las tentaciones (solo un resumen), mientras que Mateo tiene once versículos (4.1–11) y Lucas trece (4.1–13). Además, Mateo parece estar describiendo los detalles de las tentaciones en el cuadragésimo día, describiendo ese día como el clímax de las casi seis semanas de ayuno y meditación en el desierto. De acuerdo con ese texto, el cuadragésimo día fue el momento de los ataques más completos y más concentrados del diablo, haciendo del ayuno de cuarenta días un preludio a las tentaciones reales. Sin embargo, los relatos en Marcos y Lucas muestran una imagen de las tentaciones que abarcan todo el período de cuarenta días. Mateo y Lucas resumen estas tentaciones describiendo tres ataques poderosos contra el corazón inocente de Jesús.

Cuando miramos a Jesús confrontando estas tentaciones, obtenemos una nueva perspectiva sobre la labor del diablo. La pregunta «¿Cuál es la naturaleza de las tentaciones del maligno?» se responde en nuestras observaciones de lo que le sucedió a Jesús y cómo respondió a este aluvión de tentaciones pecaminosas.

1. El diablo está obviamente *determinado*. Es un ángel tenaz y malvado que no aceptará un «¡No!» como respuesta a Sus llamados. Es implacable en sus ataques.

Cuando Jesús inició Su vida humana en la tierra y Su ministerio para convertirse en el Salvador perfecto para nosotros, fue necesario que enfrentara la tentación en sus peores formas. Después de Su bautismo, fue llevado a luchar contra el diablo. Desde el agua, entró en el desierto.

Marcos usó una de sus frases favoritas, «Y luego» («inmediatamente», NASB, una palabra utilizada cuarenta veces en Marcos¹), para describir el momento justo del conflicto que tuvo lugar entre el perfecto Salvador y el persistente Satanás. Después de que el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, fue conducido² «de inmediato» (KJV) al desierto para enfrentar al tentador. Mateo 4.1 habla de que Jesús fue «llevado por el Espíritu al desierto»; Lucas 4.1 dice que Jesús, «lleno del Espíritu Santo», fue «llevado por el Espíritu al desierto».

Los escritos del Nuevo Testamento enseñan que era necesario que Jesús fuera tentado. Esa necesidad surgió entrar completamente en la situación humana. Se volvió completamente humano y fue completamente parte de la raza humana. Dios deseaba una ofrenda perfecta por nuestro pecado. Jesús enfrentó al tentador para que pudiera ser un Salvador perfecto, Uno que había obtenido perfección resistiendo lo peor que podía arrojarle el diablo; «por lo que padeció aprendió la obediencia» (He 5.8, 9); «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (He 4.15). No podríamos identificarnos con Cristo si Éste no hubiera enfrentado victoriosamente la tentación.

Jamás debemos desafiar la tentación a venir a nosotros; Siempre debemos rehuir de atractivos

¹N. del T.: El autor se refiere a la palabra «inmediatamente» que es la que consigna su versión, NASB, mientras que la Reina-Valera usa mayormente la frase «Y luego» u otras similares, o del todo no usa nada equivalente para expresar prontitud.

²La NASB consigna que el Espíritu «impulsó» a Jesús a ir al desierto.

impíos. Sin embargo, cuando nos enredamos en la tentación, recordemos que Cristo es nuestro «abogado [...] para con el Padre» (1ª Jn 2.1).

2. El tentador hace todo lo posible por ser tan *destrutivo* como puede. Pedro estaba advirtiéndoles a los cristianos sobre Satanás cuando dijo: «... porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1ª P 5.8b). El diablo, como león, acecha su presa para poder capturarla y devorarla.

El diablo nos atacará cuando estemos en nuestro punto más débil. Fue tras Jesús cuando Éste había concluido un ayuno de cuarenta días. Siempre está persiguiendo, siempre es hostil, y siempre está atento al momento más oportuno para llevarnos a la destrucción.

La palabra que se usa para «tentar» es *πειράζω* (*peirazō*), que quiere decir «probar». Es una palabra diferente de *δοκίμιον* (*dokimion*), que quiere decir «probar» o «examinar». Podríamos decir que la primera palabra quiere decir «atraer» y la segunda quiere decir «probar». La primera es obra del diablo, y la otra es obra de Dios. La primera tiene el fracaso como objetivo, mientras que la segunda tiene la victoria como el resultado deseado. Toda tentación incluye probar, ciertamente; sin embargo, no toda prueba nace de la tentación de hacer el mal. «Satanás» quiere decir «adversario» y «diablo» quiere decir «calumniador o acusador». En Apocalipsis, al diablo se le da el nombre de *Destrucción*. La palabra hebrea es *Abadón*, y su nombre griego es *Apolión* (Ap 9.11).

Debe ser nuestra meta ceder a la prueba de Dios para nuestra madurez en Él. En contraste, también debe ser nuestra meta resistir al diablo y sus trampas para que podamos permanecer al lado del corazón de Dios.

3. También es cierto que el tentador es *engañoso*. ¿Qué podría decirle el diablo a Cristo, al Todopoderoso, al Perfecto? ¿Cómo podía hacerle pecar? ¿Cómo podía destruirle antes de comenzar Su ministerio terrenal? Su método supremo era el engaño.

El diablo siguió a Jesús a un lugar solitario, lejos de los ojos escrutadores de la humanidad. Marcos dice que Jesús estaba en el desierto con las fieras (1.13). Quizás estuvo sobre una colina árida, en un lugar desolado.

¿Cómo se acercó Satanás a Él? ¿Qué le dijo? Le tentó en el uso de Su poder. «Convierta estas rocas en pan. Puedes hacer cualquier cosa, ¿no es así?» lo retó (vea Mt 4.3; Lc 4.3). Lo tentó con respecto a Su *Divina Personalidad*. «¿Realmente eres el Hijo de Dios?», susurró (vea Mt 4.3, 6; Lc 4.3, 9). Lo

tentó con respecto al *camino* que pretendía tomar. «¿Por qué no me dejas ayudarte? Te entregaré todo mi poder, si tan solo me adoras», le pidió (vea Mt 4.9; Lc 4.6, 7).

Cuando observamos la obra del diablo, nos alejamos diciendo de él usando las palabras mismas de Jesús:

... El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira (Jn 8.44).

Conclusión: Enfrentar la tentación puede dar como resultado una de nuestras mayores tragedias o en una de nuestras mayores victorias. En el caso de Jesús, al manejar la tentación de acuerdo con la voluntad de Dios, Él se levantó de ella como nuestro perfecto Salvador. Se mantuvo firme con la Palabra de Dios y manifestó Su corazón justo. Permitió que la Palabra de Dios fuera Su escudo; y con ello, resistió perfectamente al diablo. Nadie ha ganado nada con el pecado. El pecado no puede ser redimido ni reclamado; solo puede ser perdonado por la gracia de Dios.

Dios está mirando cuando nos enfrentamos al tentador. Marcos dijo que los ángeles ministraron a Jesús durante Su tiempo de lucha. Sin duda, sustentaron Su cuerpo para que pudiera vencer el tipo más fuerte de tentación. No eliminaron el factor humano de la ecuación, sin embargo, le dieron la ayuda providencial de Dios.

Jesús vino a destruir las obras del diablo. Lo confrontó al comienzo de Su ministerio y continuó Su lucha con él hasta que finalmente lo derrotó en la cruz (vea 1ª Jn 3.8).

Diferente, pero uno de nosotros (1.29–31)

Suponiendo que hubiéramos vivido en los días de Jesús, ¿cómo habría sido tener como invitado a Jesús en nuestros hogares? Cuando Jesús viniera a vernos, ¿qué clase de invitado habría sido? ¿Podemos imaginarnos cómo habría sido sentarse con Él, comer con Él y visitarlo personalmente?

Aparentemente, Jesús a menudo iba a la casa de Marta, María y Lázaro de Betania. Cuando estaba en Jerusalén y necesitaba un lugar para pasar la noche, en ocasiones iba a la casa de ellos. Estos tres hermanos tuvieron que haber sido bendecidos enormemente por las visitas de Jesús. Podríamos verlos sentados cerca de Él, haciéndole preguntas, mirándole a los ojos y observando cuidadosamente Sus expresiones faciales mientras conversaba con

ellos. Comió con ellos, durmió en Su casa, meditó y oró con ellos. Sin duda tuvo que haber sido una de las mejores experiencias que cualquier persona en la tierra podría tener (vea Jn 11.1-3).

Este breve pasaje, Marcos 1.29-31, nos permite observar a Jesús cuando entró en una casa y pasó la noche allí. Era la casa de Pedro y Andrés. Se habían mudado de Betsaida (vea Jn 1.44) a Capernaum, y la casa de ellos no estaba lejos de la sinagoga en la que Jesús había estado enseñando (vea Mr 1.21, 29). Aparte de Jesús, lo más probable es que seis personas se reunieron en esta pequeña casa que pertenecía a un pescador: Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, la esposa de Pedro y la suegra de Pedro. Bajo la influencia de la vida y las enseñanzas de Jesús, estas seis personas serían conocidas universal y eternamente en la tierra y en el cielo.

Mientras observamos cuidadosamente a Jesús, tengamos en nuestras mentes la siguiente pregunta: «¿Qué aspecto tendría Jesús si tuviéramos la oportunidad de estar con Él de cerca en un entorno familiar como este?».

1. El presente texto muestra a Jesús como *un invitado gentil*. Hemos visto a Jesús a la orilla del río Jordán esperando ser bautizado, en el desierto enfrentando al diablo, a la orilla del mar llamando discípulos, y en la sinagoga enseñando y sanando. Ahora lo vemos en la casa de un pescador común. El texto dice: «vinieron a casa de Simón y Andrés» (1.29b).

Mientras observamos a Jesús en este entorno, todo acerca de Su conducta y comportamiento habla de Él como amable y generoso. En Su ministerio, Jesús no solo habló de la gracia en las lecciones que dio y en las conversaciones en las que participó, también lo demostró en Su conducta e interrelaciones con otros en Su vida social. Fue el ejemplo perfecto de cómo es una persona amable en Su comportamiento y comunión.

La vida piadosa se entrecruza con toda la vida. En cualquier situación, la persona debe manifestar el carácter de Dios que vive dentro de ella, esté o no pensando en ello. Algunos cristianos dejan atrás su cristianismo cuando salen de la asamblea de la iglesia los domingos por la mañana. Jesús fue Él mismo dondequiera que estuvo, y así debe ser para Sus seguidores.

2. Este texto también lo describe a Él como *una personalidad agradable*. Es decir, fue amigable, agradable, amable y de buen corazón. Habríamos disfrutado estar en Su presencia.

Cuando se le pedía que atendiera a una persona enferma en la casa, respondía con ternura y comprensión. A pesar de que Jesús era el Hijo

perfecto y sin pecado de Dios, se identificó con los que lo necesitaban. Habló con ellos y les sirvió con amabilidad.

Algunas personas queridas tienen personalidades que son ásperas y desagradables. Cuando entran en una habitación, la alegría parece salir. Sin embargo, otros tienen mentes de «posibilidades» en lugar de mentes de «puercoespín». Cuando llegan, experimentamos energía positiva y esperamos un futuro dinámico. Jesús amaba a los niños, a los pobres, a los ciegos y a los cojos. Los recaudadores de impuestos y los pecadores le rodearon y le escucharon hablar. Las personas desanimadas corrieron hacia Él para absorber la brillante esperanza que brotaba de Su personalidad.

3. El texto que nos ocupa presenta a Jesús como *una persona de corazón humilde*. Se refirió a Sí mismo como «humilde de corazón» en Mateo 11.29. El Cristo que vemos en este pasaje es el Cristo todopoderoso, Aquel por quien Dios creó los cielos y la tierra (Col 1.16); sin embargo, en este hogar, fue humilde.

Jesús no entró a la casa de Pedro haciendo desfilar Su poder ni pidiendo el mejor asiento de la casa. El Rey de reyes se sentó entre amigos y elegidos como siervo de todos. Cuando se le informó de la enfermedad que estaba presente dentro de las paredes de esa casa, fue a la mujer febril con amabilidad y amor. Las palabras de Sus labios y el toque de Su mano eran más fuertes que la vida, la enfermedad y la muerte. El texto dice: «él se acercó, y la tomó de la mano y la levantó» (1.31a).

La sanidad que le impartió a la suegra de Pedro fue instantánea y completa. Tenemos que recordar que Él es el Cristo todopoderoso. No debe sorprendernos que esta mujer se levantó de su aflicción e inmediatamente comenzó a servir a Jesús y a Sus acompañantes.

La mansedumbre constituye uno de los mayores rasgos espirituales. Jesús dijo: «El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido» (Mt 23.11, 12). El orgullo avergüenza, mientras que la humildad sirve. El reino de Dios no tiene lugar para los soberbios ni los poderosos de corazón. En Jesús, el Dios todopoderoso se convirtió en siervo de los hombres pecadores; en el cristiano, la salvación que Cristo da es ofrecida a los demás mediante las personas que se han humillado y que sirven a las personas con un espíritu de niño.

Conclusión: Jesús fue sin duda el ser humano perfecto. Marcos le ha descrito como viviendo entre

nosotros en las diversas situaciones y lugares que nos son comunes. Le hemos visto en la casa de un amigo, revelándonos Su verdadero carácter, Su persona más clara. Pedro, Andrés, Jacobo, Juan, la mujer de Pedro y la suegra de Pedro fueron inundados de Su gracia, Su simpatía y Su humildad de espíritu. De hecho, fue diferente a ellos, sin embargo, fue uno de ellos. Fue el mejor amigo de ellos, así como el Rey de ellos.

Su poder es inmediatamente evidente; es más grande que el mundo físico que nos rodea, más fuerte que cualquier enfermedad o malestar físico. Es claramente expresivo, pero indescriptible en Su grandeza. Pese a que poseía todos estos atributos, Jesús asumió carne humana y se convirtió en uno de nosotros, optó por no ser diferente a nosotros, eligió vivir bajo las mismas limitaciones nuestras, aceptó enfrentar todas las tentaciones que enfrentamos y eligió vivir en un cuerpo al que hombres malvados podían dar muerte. Cuando le contemplamos, nos sentimos conmovidos a clamar: «¡Qué Salvador!».

Nunca olvidemos Sus palabras:

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga (Mt 11.28–30).

Este Cristo que es aparte de nosotros, pero es uno de nosotros, es el que nos invita a venir a Él y recibir Su reposo.

El asunto más importante (2.1–12)

Después de predicar en varias ciudades de Galilea durante varios días (1.39), Jesús regresó a Capernaum. Aparentemente, había hecho de la casa de Simón Pedro o de algún otro hogar Su cuartel general durante Su ministerio en Galilea.

La sanidad del leproso que había tenido lugar en la sinagoga antes de Su gira por Galilea (1.40) todavía le dificultaba enseñar Su mensaje en público en Capernaum. En consecuencia, Jesús, de una manera bastante informal, estaba enseñando en la casa donde se alojaba.

Una vez que las personas oyeron hablar de Su presencia en la ciudad, comenzaron a dirigirse a la casa y la llenaron rápidamente de manera que ni siquiera había espacio. La única puerta de entrada estaba llena de gente, y no había espacio para que entrara nadie más. Marcos dio una imagen bastante gráfica del escenario: «E inmediatamente se juntaron muchos, de manera que ya no cabían

ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra» (2.2).

Un grupo de cuatro hombres había escuchado que Jesús estaba enseñándole a un grupo de personas en esta casa. Rápidamente, decidieron que era la mejor oportunidad para que su amigo parálítico enfrentara a Jesús con su problema de parálisis. Lo recogieron en su lecho y lo llevaron tan rápido como pudieron al lugar donde estaba Jesús. Cuando encontraron la casa llena de gente de manera que no pudieron entrar, decidieron subir por las escaleras del costado de la casa e intentar ingresar por la parte superior. No queriendo que se les rechazara, retiraron parte de la baldosa del piso en el techo (el griego dice literalmente, «destecharon el techo») y lo bajaron a la habitación y a la presencia de Jesús. Los cuatro hombres no permitirían que nada se les interpusiera en su intento por llevar a su amigo a Jesús.

Cuando Jesús vio al hombre delante de Él, ¿qué hizo con él? Ya sabemos que Jesús no aleja de Su poder a ninguna persona sincera, perseverante y atribulada (1.40). De hecho, conocemos a Jesús lo suficientemente bien como para saber que estaría complacido con la fe y la determinación del parálítico y sus ayudantes.

Sin embargo, puede que nos sorprenda ver dónde Jesús comenzó con este hombre parálítico. Marcos 2.5 lo dice de la siguiente manera: «Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al parálítico: Hijo, tus pecados te son perdonados». Cuando leemos el relato, podemos preguntarnos: «¿Qué está haciendo Jesús con este inválido? ¿Qué está tratando de enseñar con él?». Ante la audiencia que le observaba y escuchaba, Jesús tomó las grandes descripciones acerca de quién es Él y las puso en el orden correcto. Veamos cuidadosamente cómo lo hizo. La conclusión que es puesta delante de nosotros constituye la mayor conclusión de la Biblia.

1. La primera imagen con la que Jesús trató es la imagen prevalente y popular de Él como *el gran Sanador*. Esta forma de caracterización es absolutamente cierta. Esta forma de verle había asombrado a las personas en casi todo lugar donde había estado. El tema de Sus milagros se había convertido en un tema en cada boca. Por eso, cuando había oportunidad, las personas «le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; y toda la ciudad se agolpó a la puerta» (1.32, 33). Los enfermos, los asolados por la enfermedad, y aquellos sin esperanza cojearon a Él tan rápido como podían. Estando enfermos como estaban, vieron en Él su único rayo de esperanza.

Estos cuatro hombres que llevaban al parálítico

en su lecho fueron tan movidos por la noticia que hicieron una abertura en el techo para llevar a su amigo ante Jesús. En los relatos del Evangelio, la imagen de Él como el gran Sanador generalmente se muestra como el primer mensaje que las personas escucharon. Estalló sobre ellos como una lluvia, produciendo un torrente de personas enfermas y heridas cayendo sobre Jesús.

Si alguien entrara en una habitación donde yo estoy sentado y me dijera: «Se ha depositado una gran suma de dinero en el banco local», no me entusiasmaría mucho con eso. Sin embargo, si alguien entrara a una habitación donde estoy sentado y me dijera: «Se ha depositado una gran suma de dinero en el banco local *a su nombre*», me levantaría con entusiasmo y me apresuraría a sostener en mis manos temblorosas el objeto de ese mensaje. Noticias como esa, con mi nombre en ellas, harían latir mi corazón más rápidamente. Igual sería con respecto a las cualidades sanadoras de Jesús. La noticia de Sus milagros encendió las aspiraciones de las personas porque lo vieron como Aquel que podía sanarlas de sus aflicciones.

2. Pasemos a la segunda imagen. Jesús mismo habló de esta imagen y forzó a las personas a considerarla. Cambió Su enfoque de ser libres de la enfermedad a ser libres del pecado. Puso ante ellos Su identidad como el gran Salvador del pecado. Después de observar la fe del paralítico, Jesús le dijo: «Hijo, tus pecados te son perdonados» (2.5). En otras palabras, sanar a este hombre, aunque lo haría, no era el gran problema. Era muy importante, sin embargo, estaba por detrás de lo más importante. Este hombre era un pecador, y ese hecho le había traído consecuencias trágicas. La implicación parece ser que estaba en esta condición pecaminosa debido a las elecciones pecaminosas que había hecho.

¿Por qué vino Jesús al mundo? ¿Cuál fue Su primera y principal razón? Al nacer, se le llamó «Salvador». Un ángel les dijo a los pastores: «os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un *Salvador*, que es CRISTO el Señor» (Lc 2.11; énfasis añadido). Fue llamado «Jesús» porque el nombre simbolizaba el propósito de Su venida. Cuando le dijo a María que daría a luz un hijo, el ángel había dicho: «llamarás Su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1.21).

En este evento de la sanidad del paralítico, Jesús pasó del gran cuadro del Sanador al gran cuadro del Salvador. Es importante que comprendamos esta revelación de los relatos del Evangelio. Jesús no vino a sanar a individuos de sufrimientos físicos; vino a proveer salvación y vida eterna a

cualquiera que la recibiera. Sanó a algunas personas para mostrar Su compasión por ellas y mostrar evidencia de Su deidad, sin embargo, no vino solo para sanar a las personas.

3. ¿Cuál es la tercera imagen de Jesús? Es la imagen que lo retrata como *el gran Hijo de Dios*. Esta imagen constituye el asunto más importante, la gran verdad en torno a la que giraba el ministerio de Jesús. La mayoría, si no todos, de los relatos del Evangelio están compuestos de evidencia de que Jesús es el Hijo de Dios. Él, el segundo miembro de la Divinidad, vino al mundo para ser nuestro Salvador.

Con tanta fuerza expresó Jesús este punto de vista de Sí mismo que la oposición se levantó inmediatamente en esa habitación donde estaba de pie. En este sentido, vemos la diferencia entre Marcos 1 y 2. En el capítulo 1, vemos la popularidad y los elogios de aprobación; sin embargo, el capítulo 2 trae la oposición que un día lo llevaría a la cruz. Su ministerio había estado avanzando hacia un anuncio sobre la verdad de Su deidad, sin embargo, Jesús tuvo que presentarla con cuidado. Sabía que cuando se conociera completamente, tendría que enfrentarse a la oposición que eventualmente iba a poner fin a Su ministerio. Incluso en esta ocasión, los escribas que habían sido enviados desde Jerusalén manifestarían sus esfuerzos letales de acusaciones: «Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ¿Por qué habla éste así? Blasfemias dice. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?» (2.6, 7).

Jesús, sabiendo por el Espíritu en Su espíritu lo que decían acerca de Él, les preguntó: «¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?» (2.8b, 9). Jesús estaba obligando a los escribas a aplicar adecuadamente Su capacidad de perdonar pecados.

Después de haberlos traído a lo más importante, Jesús dijo, en efecto, «Les daré la evidencia que necesitan para saber quién es el Hijo del Hombre». Se volvió hacia el paralítico que yacía inmóvil en su lecho, y le dijo: «A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa» (2.11). Inmediatamente, la prueba que les obligaba a creer que Jesús era el Hijo de Dios se levantó ante ellos, enrolló su lecho y salió ante la mirada atónita de los presentes. Marcos dijo: «Entonces él [el paralítico] se levantó en seguida, y tomando su lecho, salió delante de todos» (2.12a). Es difícil contender con la evidencia que se ha levantado y se ha ido delante de nuestros ojos ¿no es así? Los reunidos quedaron abrumados. Nadie

podía negar lo que había visto. Estas personas que fueron impactadas con asombro se dijeron unas a otras: «Nunca hemos visto tal cosa» (2.12b, c).

Conclusión: Jesús condujo a las personas de esta casa a lo largo de las tres imágenes de Él mismo: Su imagen como el gran Sanador, el retrato de Él como el gran Salvador y la revelación divina de Sí mismo como el Hijo de Dios. Las tres imágenes son ciertas, sin embargo, ascienden. Una lleva a la otra; las dos primeras buscan, acogen y confirman la tercera, la verdad más grande del Nuevo Testamento, a saber: que Jesús es el divino Hijo de Dios.

Nos sentimos tentados a decir: «Si hubiera estado allí, hubiera creído. No me habría llevado mucho tiempo procesar lo que había ocurrido; inmediatamente habría tenido fe en Jesús como el Hijo de Dios». Sin embargo, tenemos que recordar lo siguiente: «Estábamos allí. Las Escrituras nos llevaron ahí». De hecho, se nos ha dado una mejor visión de este momento en la historia que las personas en esa sala. Estamos más capacitados que ellos para escuchar lo que Jesús dijo y para ver cada movimiento hecho por Jesús. Las Escrituras, los cuatro relatos del Evangelio, nos permiten ver todo lo que ocurrió. Si alguna vez alguien ha tenido la oportunidad de creer, somos nosotros.

Después de ver lo que hemos visto y escuchar lo que hemos escuchado, seguramente no deberíamos tener problemas para creer que Jesús es el Hijo de Dios. Como tal, Él es el gran Sanador y, lo que es más importante, el gran Salvador del mundo.

Las únicas preguntas que quedan por decidir sobre esta escena son las siguientes: «¿Qué vamos a hacer al respecto? ¿Creeremos o daremos la vuelta?»

Los llamados de Mateo (2.13, 14)

La historia de cada persona puede dividirse en tres partes. La primera parte que podemos considerar es «la historia pasada de su vida». ¿Qué le ha pasado a esta persona en días pasados? A la segunda parte de su vida tendremos que llamarle «la historia de su corazón». ¿Qué le sucedió en su interior, donde nadie más que Dios mira? A la tercera parte de su vida podemos llamarle «la historia actual de su vida». ¿Qué le está sucediendo ahora, a plena vista de cualquiera que quiera observarlo?

No conocemos la historia total de ninguna persona. No podemos conocerla. Tendríamos que poder mirar dentro del corazón de otra persona para saberlo. Sin duda, uno de los mayores volúmenes sobre nuestras vidas sería el volumen sobre lo que

ha sucedido dentro de nuestros corazones.

Estas observaciones nos llevan a Mateo, el recaudador de impuestos (2.13, 14). Su llamado a ser discípulo es breve y al grano. Lo obtenemos en Marcos (como en Mateo) en un solo versículo: «Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió» (2.14; vea Mt 9.9). Lucas amplía el llamado a dos versículos, sin embargo, ese relato solo da dos o tres detalles adicionales: «Después de estas cosas salió, y vio a un publicano llamado Leví, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió» (Lc 5.27, 28).

En el camino desde la casa donde se hospedaba, Jesús pasó por la casetilla de impuestos; y el gerente de la misma estaba sentado allí recibiendo impuestos romanos. Su nombre era «Leví Mateo» o «Mateo Leví». Marcos y Lucas le llaman «Leví», mientras que Mateo 9.9 tiene «Mateo». Tuvo que haber tenido dos nombres. Todo lo que Jesús le dijo fue «Sígueme» y Leví le siguió de inmediato. Tuvo que haber cerrado su puesto y comenzado a seguir a Jesús. Lucas 5.28a dice: «dejándolo todo».

Mateo tuvo que haber recibido otros dos llamados antes de ese día. Tenemos que conjeturar cómo fueron; sin embargo, Mateo sin duda los tuvo, como usted y yo los hemos tenido. Con un poco de imaginación, podemos estar bastante seguros de lo que incluyeron. Prepararon a Mateo para el gran llamado que Jesús emitió ese día junto al mar (2.13).

1. El primer llamado que llegó a Mateo fue *el llamado de un conocido*. Mateo tenía algún conocimiento de Jesús y Sus palabras. No sabemos cuándo o dónde conoció a Jesús o cuánto sabía de Él. ¿Había escuchado predicar a Jesús? ¿Había visto a Jesús realizar algunos de Sus milagros? Tuvo que haber estado cerca de Él en algún lugar y momento y haber absorbido parte de Su personalidad y enseñanza. Después de que Mateo conoció a Jesús, jamás podría olvidarlo. Una vez que vio a Jesús hacer un milagro en sí, Mateo no pudo dejar que esa imagen se desvaneciera de su mente. Quizás en algún momento, Jesús se había detenido frente a su casetilla de impuestos y Mateo le había escuchado mientras hablaba con las personas cercanas. ¿Quién podría olvidar las conversaciones y los sermones de Jesús? Quedaron atrapados en la mente de Mateo y tuvieron que haberle incitado a pensar continuamente. La veracidad de los mismos hizo eco a lo largo de todo su ser.

2. El segundo llamado que recibió fue *el llamado a meditar*. Fue un llamado salido de su propio

corazón, un llamado que surgió de pensar sobre lo que había oído decir y hacer a Jesús. Lo que había visto de Jesús, lo que había oído de Él, se quedó con ese llamado que le punzó continuamente con la verdad. Las imágenes de Jesús y Sus palabras encontraron un lugar de alojamiento en su mente. Continuamente sondearon su corazón y salieron a flote los escombros que estaban en él. Pronto, creció en él una enfermedad por su ocupación, una gran decepción por la vida que estaba llevando. Llegó a creer que había algo mejor, algo más sano, una vida que sería más pura y mejor. Había hecho dinero y había sido fiel a Roma; sin embargo, algo faltaba. Su corazón estaba vacío y solo. Le perturbaba no solo su vida presente, sino también su futuro.

3. El tercer llamado fue *el llamado a seguir al Cristo divino*, la invitación que vino de Jesús mientras caminaba por la orilla del mar. Jesús sabía todo acerca de Mateo. Sus ojos divinos vieron lo más íntimo en la vida de este hombre. Mateo estaba harto de ser un recaudador de impuestos. El corazón de Mateo estaba listo. Lo había pensado bien. Su corazón estaba ansioso, abierto y honesto. El terreno de su corazón había sido arado y plantado por el mensaje y la vida de Jesús, y era hora de que brotaran y crecieran las semillas de la enseñanza y el ejemplo de Jesús. El llamado de Jesús coronó el llamado que vino de Su predicación y enseñanza y el llamado que recibió Mateo de sus meditaciones y reflexiones en su corazón.

Cuando Jesús emitió el llamado a venir y seguirle, Mateo tuvo que haber dicho: «Estoy listo. Cerraré mi casetilla de impuestos y te seguiré. Seré tu discípulo desde este día en adelante».

Conclusión: La historia de la aceptación por parte de Mateo del llamado de Jesús nos recuerda nuestra propia respuesta al llamado que recibimos. Además, pone ante nosotros la forma como el evangelio puede funcionar en las vidas de otros cuando abren sus corazones a él.

Primero conocimos a Jesús en las Escrituras cuando le vimos enseñando el mensaje del reino y mientras lo observábamos obrar Sus milagros para confirmar quién es Él. Nos llegó un llamado por medio de las Escrituras. Junto con ese llamado, la vida de Jesús, Sus palabras, Su muerte y Su resurrección encontraron su morada en nuestros corazones. Han vivido en nosotros y nos han cambiado. Nos han forzado a mirar hacia algo mejor, hacia algo semejante a Cristo y eterno.

Un segundo llamado nos llegó por medio de nuestras meditaciones sobre lo que Jesús ha dicho y hecho. Puede que tengamos que «dar coces contra el aguijón», incluso como lo hizo Saulo (Hch 26.14).

Sin embargo, la verdad en nuestros corazones nos conquistó. Este segundo llamado llegó por medio de nuestras contemplaciones de Su muerte por nosotros y la vida eterna que nos ha ofrecido.

Cuando llegó el tercer llamado, estábamos listos. Un amigo, un predicador o un familiar nos dio la invitación misma; sin embargo, habíamos sido preparados de antemano por otros dos llamados, el llamado de las Escrituras y el llamado del ser interior, la conciencia. La respuesta que dimos al tercer llamado fue simplemente una consecuencia de nuestras respuestas a estos otros dos llamados.

Se necesita a más de uno para traer un alma a Jesús: se necesita alguien para plantar y alguien para regar; se necesita alguien para plantar un poco más y alguien para regar un poco más; y luego llega la vida fructífera. La conversión a Cristo también incluye más de un llamado, ¡probablemente tres o quizás más!

Cuando le pedimos a Jesús que se vaya (5.14–20)

Cuando Jesús estaba en el proceso de expulsar a los demonios del hombre al que poseían, los demonios le suplicaron que los enviara a los cerdos que pastaban y hurgaban en una colina cercana. Sin dar ninguna explicación de por qué, Jesús les permitió salir del hombre y entrar en los cerdos. La declaración de Marcos es breve y precisa, dice: «Jesús les dio permiso» (5.13a).

Lo que sucedió a continuación tuvo que haber parecido una masa de cerdos agitados y chillones. Marcos contó dos mil. Esta despistada horda corrió por una pendiente empinada y saltaron al mar. Los que los apacentaban apenas podían creer lo que veían. Su sustento se había extinguido en un instante. Los guardianes de los cerdos corrieron a la ciudad para informar de lo sucedido. Tan pronto como la gente de la ciudad escuchó este asombroso relato, se apresuraron a ver por sí mismos. Sin duda, miraron por el acantilado con horror, sin embargo, sus ojos luego se vieron atraídos por una maravilla de dimensiones infinitas: «... ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo» (5.15). Lucas 8.35 dice que el hombre estaba a los pies de Jesús.

Cuando estas personas se dieron cuenta de que lo que se les había dicho era verdad, se estremecieron y comenzaron a temblar de miedo. La naturaleza de este episodio escapaba a su comprensión. El Hijo de Dios los había visitado y había realizado milagros divinos entre ellos.

¿Cómo podrían comprender una visita como esta? Habían recibido solo una parte del testimonio; si el testimonio no era manejado adecuadamente, podría causar temor en ellos en lugar de engendrar fe.

Los que fueron testigos del milagro intentaron dar un relato completo a los que llegaban desde la ciudad. Según Marcos, «... les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos» (5.16). Sin embargo, para estas personas fue difícil aceptar lo que escuchaban. Su miedo aplastó cualquier fe que comenzara a brotar. Impulsados por el horror que sentían, comenzaron a implorarle a Jesús que abandonara su región. No podían imaginar lo que podría pasar después. Se sentían incómodos teniendo un poder como este en medio de ellos. Decidieron rechazar a Jesús tan rápido como pudieron.

Esta escena está llena del más alto gozo, la liberación de lo demoniaco; el más profundo temor, la ansiedad por lo que Jesús podía hacer; un beneficio supremo, que podía entender mejor quien lo experimentó; y la peor decisión, la que tomaron los de la ciudad que le pidieron a Jesús que se fuera. ¿Qué quiere decir realmente pedirle a Jesús que se vaya?

1. Cuando alguien hace esto, tiene que entenderse que se le está pidiendo al *Salvador compasivo* que se vaya. Nadie más podía sanar a otra persona como lo hacía Jesús, el compasivo Hijo de Dios. El hombre poseído por demonios estaba más allá de cualquier ayuda que pudieran dar los humanos. Día tras día, fue destruido por los demonios que lo habitaban. Ningún poder sobre la tierra podría haber hecho nada por su terrible condición. Sin embargo, Jesús, el divino Hijo de Dios, le habló una palabra de liberación a este hombre, y fue liberado. En un instante, fue completamente restaurado.

2. Cuando se le pide a Jesús que se vaya, el *Autor de la verdad* está siendo rechazado. ¿Quién es Jesús? Él es el que puede decir: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Jn 14.6). Los demonios, en su alineación con Satanás, representaban todo lo que es malo, corrupto y destructivo para el alma. Jesús, en contraste, es la encarnación de todo lo que es verdadero, sano y justo. Él vino a abolir la muerte e impartir vida e inmortalidad a aquellos que están encerrados en las tinieblas de las fuerzas del mal. Él ofrece esperanza a aquellos perdidos en la desesperanza de la separación de Dios. Al expulsar a los demonios y el mal, dio vida, luz y

verdad a este hombre que había vivido en tinieblas.

3. Cuando se le pide a Jesús que se vaya, el *Juez del mal* está siendo rechazado. Los demonios buscaron reconocimiento y control entre la raza humana. Si tuvieran que reconocer a Jesús para mantener el control, lo harían incluso públicamente. Lo confesarían como «Jesús, Hijo del Dios Altísimo» (5.7).

Al mal se le tiene que juzgar. Se le debe juzgar aquí, y se le juzgará en la eternidad. Aquellos que no reconocen el mal por lo que es y lo que le hace a la humanidad serán destruidos en la tierra y algún día serán juzgados por ello. Jesús vino al mundo para librarnos del mal. ¡No debemos pedirle que se vaya!

Conclusión: Una de las mayores tragedias del mundo ocurre cuando las personas le piden a Jesús que se vaya. No es solo un error; es una calamidad con consecuencias eternas.

Lo contrario de esta escena ocurrió cuando una mujer de Samaria se encontró con Jesús en el pozo de Jacob en Juan 4. Al ver quién era Jesús, aceptó la evidencia de que Él era el Mesías. No le pidió que se fuera; le pidió que se quedara. Corrió a su ciudad e informó a todos los que podía encontrar que había conocido al Mesías. La gente de la ciudad vino y le invitaron a quedarse con ellos por un tiempo. Después de que Jesús estuvo dos días con ellos, le dijeron a la mujer que les había presentado a Jesús: «Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído, y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo» (Jn 4.42).

Cuando se le pide a Jesús que se vaya, se pierde la oportunidad de oro en el tiempo y en la eternidad. Cuando se le pide a Jesús que se quede, los privilegios de los dones espirituales y eternos son grabados en nuestras manos y nuestros corazones. Toda persona que recibe el testimonio de las Escrituras tiene que decidir si le pide a Jesús que se quede o que se vaya. ¿Qué decidiremos usted y yo? La vida fiel sobre esta tierra y la salvación en la eternidad descansan sobre esta importante decisión.

«¿Qué de este hombre?» (9.38–41)

En Capernaum, Juan le hizo una pregunta a Jesús sobre alguien que él había visto. Había observado a un hombre que no conocía y que expulsaba demonios en el nombre de Jesús (9.38). Esta persona no era parte del grupo apostólico inmediato. Evidentemente, por alguna razón, Juan había concluido que solo Jesús y los apóstoles habían de estar usando el poder milagroso de

Jesús para expulsar demonios. Juan probablemente pensó que alguien al que no conocía no debía estar obrando milagros en nombre de Jesús, y que tal vez estaba erróneamente afirmando que era como los apóstoles.

De los cuatro relatos del Evangelio, Marcos (9.38–41) y Lucas (9.49, 50) mencionan este incidente. Podemos suponer que este hombre había conocido a Jesús, había llegado a creer en Él, había recibido poder de Él y había sido enviado por Él. Los apóstoles no sabían que Jesús había hecho esto. Obviamente, el hombre no era uno de los apóstoles. Había solo doce apóstoles, y estos doce habían sido llamados para un propósito especial. Sin embargo, muchos otros fieles discípulos fueron dispersados desde Galilea a Judea. Jesús había elegido a Sus apóstoles entre los muchos discípulos que le seguían.

La respuesta que Jesús le dio a Juan es detallada y esclarecedora:

No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es. Y cualquiera que os diere un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa (Mr 9.39–41).

Es difícil determinar dónde concluye este breve intercambio entre Jesús y Juan. La mayoría de las traducciones lo concluyen con el versículo 41.

Veamos con discernimiento cada parte de la respuesta de Jesús a Juan. Debemos obtener de ella toda la orientación que podamos.

1. Jesús le dijo a Juan y a los demás apóstoles que *reconocieran a este hombre* (9.39). Si hubiera sido un enemigo de la causa de Jesús, habría sido prudente obstaculizarlo, reprenderlo o desconocerle. Sin embargo, este hombre estaba expulsando demonios en nombre de Jesús. Estaba realizando buenas obras, y lo estaba haciendo con el propósito correcto y bajo la autoridad correcta. Tuvo que haber tenido éxito en lo que estaba haciendo porque Jesús honró sus acciones.

El punto de vista dado por Jesús era comprender que cualquier hombre que estuviera obrando un verdadero milagro en Su nombre era digno de confianza y merecía reconocimiento. Jesús dijo que el hombre no «[podía] luego [...] decir mal de [Él]» (9.39) e indicó que los apóstoles debían reconocer su labor como auténtica.

2. Jesús le dijo a Juan y a los demás apóstoles que *aceptaran a este hombre* como un discípulo. Él dijo: «Porque el que no es contra nosotros, por

nosotros es» (9.40). Este hombre, según Jesús, era «por» Él. Su declaración identificó solo dos categorías: «por» Jesús o «contra» Él. Este hombre pertenecía al primer grupo, y Jesús les dijo a los apóstoles que lo aceptaran como uno de ellos. A los que estaban contra Él, Jesús los dejó a sus propias decisiones y a sus propios destinos.

3. Jesús les dijo a Sus seguidores inmediatos que *apreciaran a este hombre* (9.41). Dio una guía sana para nuestras relaciones con Él y con nuestros prójimos cristianos. Podemos decirlo de la siguiente manera: si una persona hace una pequeña obra por nosotros en el nombre de Jesús o porque somos Sus seguidores, será bendecida. También se deduce, por implicación, que alguien que está tratando de hacer una mayor labor se beneficiará generosamente. Algunas personas pueden hacer mucho, mientras que otras solo pueden hacer cosas pequeñas como darle un vaso de agua a un discípulo. Sin embargo, los seguidores de Jesús, aunque muchos, forman un cuerpo. Cualquiera que trabaje como parte de ese cuerpo recibirá la vida, la energía y la gloria que recibe el cuerpo. Por lo tanto, Jesús les dijo a los apóstoles que apreciaran a este hombre por el bien de su labor.

Conclusión: El significado básico de la respuesta de Jesús a Juan es el siguiente: «Reciba a cualquiera que verdaderamente venga en Mi nombre». Jesús, el divino Hijo de Dios, trabajará con cualquier persona que quiera seguirle y hacer Su obra. Él nos aceptará sin importar dónde vivamos, qué aspecto tengamos o qué tan talentosos seamos. El único requisito es la sumisión a Su voluntad; nadie puede tener una relación con Jesús sin ella.

Cuando fallamos con nuestros éxitos (10.17–22)

Cada uno de nosotros se enfrenta a veces al fracaso. Podemos fallar con nuestros fracasos, sin embargo, también podemos fallar con nuestros éxitos.

Judas falló con su fracaso. Traicionó a nuestro Señor por treinta piezas de plata (vea Mt 26.15). Cuando vio que Jesús iba a ser condenado, una pena debilitante se apoderó de él. Regresó a los principales sacerdotes y ancianos y les confesó: «Yo he pecado entregando sangre inocente» (Mt 27.4a). Estos líderes religiosos, endurecidos como estaban contra Jesús, no le mostraron simpatía a Judas. Dijeron: «¿Qué nos importa a nosotros?» y básicamente le dijeron que se las arreglara él solo. Vencido por el dolor, Judas «[arrojó] las piezas de plata en el templo, salió, y fue y se ahorcó» (Mt 27.4b, 5).

Si Judas hubiera regresado a Jesús confesando y con un sincero arrepentimiento, Jesús lo habría perdonado. Su relato de perdón podría haber reemplazado en popularidad el relato del hijo pródigo.

Pablo escribió: «Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte» (2ª Co 7.10). Judas, lleno con la tristeza del mundo, se quitó la vida. Mientras que Pedro traicionó a Jesús para luego convertir su fracaso en victoria regresando a Él y confesando su pecado, Judas se llenó de remordimiento rumbo al fracaso eterno. Fracásó con su fracaso.

Otro relato, en los tres evangelios sinópticos, habla de un hombre que fracasó con sus éxitos. Se le describe como un joven, como un principal y como rico (Mr 10.17–22; vea Mt 19.16–22; Lc 18.18–23). A menudo lo llamamos «el rico y joven principal». No se da ninguna indicación en estos textos sobre qué tipo de principal era, cuán joven era ni cómo había obtenido sus posesiones.

Este hombre había escuchado a Jesús predicar y quedó impresionado con Su mensaje de cómo Dios ofrece vida eterna a los que la reciban. Tenía todo lo demás; sin embargo, no tenía esta vida eterna y la deseaba.

Reverenciaba a Jesús y estaba motivado a buscar la verdad. Cuando llegó su oportunidad, corrió hacia Jesús, se postró ante Él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Mr 10.17b). La respuesta de Jesús básicamente le advirtió que pensara en lo que estaba diciendo: «Si te refieres a usar la palabra “bueno” en su sentido más elevado, entonces estás insinuando que soy el Hijo de Dios» (vea 10.18).

En vista de que este hombre vivía bajo la ley de Moisés, Jesús le dijo que guardara los Diez Mandamientos (10.19). El registro que hace Mateo de esta conversación agrega el mandamiento levítico «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Mt 19.19b). El joven respondió con confianza: «Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud» (Mr 10.20). Jesús no refutó su afirmación, sin embargo, miró su corazón y lo encontró infestado de un amor excesivo por sus posesiones. El registro de Marcos dice: «Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme» (10.21; vea Mt 19.21). Jesús lo estaba desafiando a dejar todas sus posesiones y seguirle, como habían hecho los apóstoles. Aceptar esta invitación, según Jesús, era la única manera como este joven recibiría vida

eterna.

Este rico y joven principal, con un corazón lleno de dolor, rechazó el ofrecimiento de Jesús (Mr 10.22). Es una imagen gráfica de un hombre que fracasó con sus éxitos. Tenía casi todo: modales, motivación, moral y dinero. Sin embargo, Jesús descubrió la verdad de que el dinero era su amo. Este hombre fracasó con sus éxitos. ¿Cómo pudo pasar eso?

1. *Dijo «no» a la personalidad más grande.* Muy pocas personas en la historia del mundo han tenido la oportunidad de pararse frente a Jesús y preguntarle: «¿Qué debo hacer?». ¿Cuál podría ser un momento de privilegio más importante que este? Además, escuchó a Jesús decirle lo que tenía que hacer. ¿Cuán bendecido puede ser un hombre?

Este joven no se daba cuenta del control que sus posesiones tenían sobre él. Pensó que estaba listo para rendirse al Señorío de Jesús; sin embargo, no estaba listo, porque no estaba dispuesto a renunciar a servir a su otro señor, el dinero.

2. *Dijo «no» al privilegio más elevado.* ¿Cuál sería el privilegio más excelente en la tierra? Obviamente, sería el gozo de andar con Jesús durante Su ministerio terrenal. Tal vez no quedaba más de un año de ese ministerio, sin embargo, andar con Jesús durante el mismo brindaría la comunión más elevada que alguien podría tener.

Aparentemente, la invitación que Jesús le extendió fue el mismo tipo de llamado al discipulado que le había extendido a Pedro, Jacobo, Juan, Mateo y al resto de los apóstoles. Habían sido llamados a dejar lo que estuvieran haciendo y lo que tuvieran, y poner toda su atención en seguir a Jesús. Este joven fue llamado a participar del mismo alto honor de seguir a Jesús y ser instruido por Él. Sin embargo, sus éxitos cegaron su mente y lo llevaron a decir «no» al mayor privilegio que se pueda tener.

3. *Dijo «no» a la prosperidad suprema.* Jesús le dijo que si hacía lo que le dijo hacer, tendría «tesoro en el cielo» (10.21). A nosotros nos cuesta comprender cuánto más altos son estos tesoros en el cielo que están por encima de la riqueza mundana. Si alguien poseyera todos los tesoros de la tierra y tuviera que decirle «no» a Jesús para poder retenerlos, entonces decirle «no» a Jesús lo convertiría en el más pobre de todo el mundo.

Este hombre rico no sabía que lo que estaba guardando, perdería para siempre. Si hubiera elegido vender todo lo que poseía para alimentar, vestir o albergar a los pobres, su tesoro habría sido guardado en el cielo y habría sido suyo para siempre. Perdemos lo que guardamos; y lo que

damos a Dios, guardamos. Jesús dijo:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; *sino haceos tesoros en el cielo*, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan (Mt 6.19, 20; énfasis agregado).

Muchos, como este joven, no le han escuchado. Se ha dicho: «Si todo lo que alguien tiene es dinero, no tiene mucho». El dinero puede comprar comida, sin embargo, no puede comprar el apetito; puede comprar una casa, mas no un hogar; puede comprar una cama, mas no el sueño; puede comprar medicina, mas no la salud; puede pagar una fiesta, mas no puede comprar amigos. Este hombre tenía dinero, sin embargo, ¿qué podía hacer el dinero por él en el momento de su muerte?

Conclusión: Este hombre rico fracasó con sus éxitos. Lo hizo diciendo «no» a la personalidad más grande, al privilegio más elevado y a la prosperidad suprema. Desde un punto de vista, el fracaso de este joven es el peor tipo de fracaso. Incluía el fracaso con Jesús y con la vida eterna. Le falló a Dios, a Jesús, al Espíritu Santo, a la cruz, a la iglesia, al ministerio terrenal de Jesús y al propósito eterno de Dios.

Es difícil alejarse de Jesús. El semblante del joven decayó cuando escuchó la directriz de Jesús. Se «fue triste» (Mr 10.22). La palabra griega aquí, *στυγνάζω* (*stugnazō*), es la misma que se usa para el firmamento y se traduce como «nublado» en Mateo 16.3. Este hombre ahora tenía un espíritu abatido y amenazador. Su personalidad experimentó «mal tiempo».

A pesar de que a este principal le faltaba una sola cosa, una cosa a menudo puede marcar una gran diferencia en la vida de una persona. La falta de voluntad de este joven en renunciar a sus posesiones y seguir a Jesús lo dejó sin lo más importante que necesitaba: la vida eterna que solo puede dar Jesús. Sin eso, todo lo demás se vuelve inútil. ¿Tenemos lo más importante?

Cómo nos responde Jesús (10.35–40)

Jesús todavía estaba en el camino que conduce a Jerusalén. Acababa de darles a los apóstoles Su anuncio de la tercera pasión (10.33, 34). Después de esa conversación, continuaron su viaje que los llevaría a la ciudad en la que Jesús sería muerto.

Algún tiempo después de la conversación sobre la pasión, dos de los apóstoles, Jacobo y Juan (sin ninguna duda alentados por su madre,

Salomé; vea Mt 20.20), le pidieron a Jesús asientos especiales en Su reino:

Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos. El les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda (Mr 10.35–37).

Su solicitud indicaba que no entendieron lo que Jesús les había dicho sobre Su viaje a Jerusalén. Les había hablado de una crucifixión, sin embargo, estaban pensando en lugares de honor. Su Señor les había contado cuánto tendría que sufrir, sin embargo, sus mentes cavilaban en reinar con Él. Jesús estaba pensando en asegurarse de que la cruz fuera un acto desinteresado para la salvación del hombre, sin embargo, ellos estaban enfocados en su deseo egoísta de posiciones gloriosas en Su reino. Su petición era insolente, mal informada y codiciosa.

Según Mateo 20.20, 21, la madre de estos dos discípulos tuvo parte en hacerle esta petición a Jesús. Un poco antes, Jesús había hablado de que los apóstoles tenían tronos en la era cristiana (Mt 19.28). Jacobo y Juan (junto con Salomé) tenían esa idea en sus mentes, y querían reservar los mejores tronos. Fueron audaces y errantes en lo que hicieron. ¿Cómo les respondió Jesús?

1. *Su respuesta mostró Su amor por ellos.* Estaban errados, sin embargo, no los reprendió (Mr 10.38–40). Se ocupó de ellos con cuidado, como un padre conversaría con hijos ansiosos que entendían mal lo que estaba sucediendo.

Amable pero firme, Jesús los condujo nuevamente al tema del sufrimiento que Él estaba a punto de soportar. En lugar de hablar más sobre la gloria de Su resurrección, eligió hablar del vaso del rechazo y del bautismo de sufrimiento. Jesús preguntó: «¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?» (10.38). Aunque no sabían el significado del «vaso» y del «bautismo» que Jesús les mencionó, contestaron: «Podemos» (10.39a).

Cada uno de ellos experimentó posteriormente el vaso y el bautismo del sufrimiento. Jacobo fue decapitado por orden de Herodes (Hch 12.2). Juan fue deportado al asentamiento criminal de Patmos (Ap 1.9). Jacobo vivió una corta vida en sufrimiento, mientras que Juan vivió una larga vida en sufrimiento; sin embargo, ambos probaron el vaso y experimentaron el bautismo.

Cuando le hacemos a Jesús pedidos que

se basan en la ignorancia y no en hechos, nos responderá de acuerdo con Su amor, no de acuerdo con nuestro desearo, insuficiencia o malentendidos. Jamás encontraremos a alguien que pueda ser tan comprensivo con nosotros como lo es nuestro Salvador. No aprobará nuestra ignorancia, sin embargo, nos responderá con misericordia.

2. *Las palabras de Jesús a ellos enfatizaron la voluntad de Dios.* Estos apóstoles estaban pensando en un reino terrenal. Vieron a Jesús como un gran conquistador que reinaría en un sentido físico. El propósito eterno de Dios no se asemejaba a eso. El reino de Jesús había de ser de naturaleza espiritual; se mostraría visiblemente como la iglesia, el cuerpo de Cristo, la familia de Dios en la tierra.

Poco antes de que Jesús ascendiera al Padre, los apóstoles le preguntaron: «Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?» (Hch 1.6). Todavía estaban confundidos acerca del reino. Estaban tratando de imaginárselo en sus mentes, sin embargo, su imagen mental era incorrecta. Nuestro Señor no dio una descripción detallada ni lo convirtió en un momento de corrección. Simplemente dijo: «No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en Su sola potestad» (Hch 1.7).

Podemos estar seguros de que nuestras oraciones solo serán contestadas de acuerdo con la voluntad divina del Padre. Juan escribió: «Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, él nos oye» (1ª Jn 5.14). Nuestro Padre no concede una solicitud cuando le pedimos algo fuera de Su voluntad. ¿No nos alegra que este sea el caso? Podemos confiar plenamente en que nos responderá de acuerdo con Su voluntad y lo que es mejor para nosotros. Para el hijo de Dios es la única manera.

3. *Su respuesta les recordó la preparación que recibieron.* Él les dijo: «... pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado» (10.40). La palabra clave en la respuesta de nuestro Señor es «preparado». Cristo no les repartiría honor y gloria a Sus discípulos de manera arbitraria. La corona de la victoria va a quien gana la carrera, no a los que la piden.

El cristiano tiene que llevar su cruz para recibir una corona. Jacobo y Juan pidieron asientos de gloria, sin embargo, Jesús les dio vidas de sufrimiento. Ambos llevan ahora coronas de victoria; sin embargo, recibieron esas coronas porque estaban preparados para recibirlas, no porque las pidieran.

Jesús no nos da carácter ni salvación mientras

dormimos. El crecimiento espiritual viene mediante el ejercicio de llevar nuestras cruces diariamente, independientemente de la oposición que encontremos. Jesús fue muy claro al respecto: «Y el que no lleva Su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo» (Lc 14.27). Nadie que elude la cruz recibirá una corona. La persona que anda diariamente con el Cristo crucificado vivirá eternamente con el Cristo glorificado.

Conclusión: Como discípulos fieles que somos, no debemos dudar de que Jesús responderá a nuestras peticiones, sin embargo, ¿cómo lo hará? Este pasaje nos dice que Él responderá a nuestras solicitudes de acuerdo con Su amor, de acuerdo con la voluntad de Dios y de acuerdo con nuestra preparación.

La confianza es importante en nuestro andar con Cristo. Tenemos que confiar en Él, y Él debe poder confiar en nosotros. El discípulo conoce a su Señor como el infalible Hijo de Dios. Es un gozo estar bajo Su perfecto Señorío. Él desea que le pidamos, sin embargo, tenemos que confiar en Él para que nos responda de acuerdo con Su sabiduría y nuestras verdaderas necesidades.

Conocimiento esencial (10.46–52)

Jesús estaba pasando por Jericó cuando viajaba hacia Jerusalén. Cuando estaba saliendo de Jericó, se encontró con un mendigo ciego cuyo nombre era «Bartimeo» (10.46). Mateo 20.30 menciona a dos ciegos; Marcos se refiere a uno solo, tal vez el que fue más dominante.

Ser ciego era bastante trágico, sin embargo, este hombre era un mendigo ciego. No tenía a nadie que viera por sus necesidades. Con esta doble aflicción, el hombre sufría mucho.

Bartimeo había escuchado a la multitud siguiendo a Jesús, y preguntó qué estaba sucediendo. Alguien le dijo que Jesús estaba pasando por la ciudad (vea Lc 18:36, 37). El mendigo comenzó a dar voces: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!» (Mr 10.47). Algunos en la multitud que seguían a Jesús le dijeron al mendigo que callara (10.48). Sin embargo, cuando Jesús lo escuchó, se detuvo y llamó al ciego para que viniera a Él (10.49). El pobre hombre arrojó su capa y de alguna manera se dirigió a Jesús (10.50). La parte final de nuestro texto ilustra lo que sucedió entonces:

Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino (10.51, 52).

El otro ciego tuvo que haber seguido a Bartimeo, y Jesús también tuvo misericordia de él (vea Mt 20.34).

A medida que leemos los relatos del Evangelio, vemos escenas similares: personas pobres y dolientes que estaban clamando a Jesús. Este incidente que involucra a dos ciegos que abogaron por misericordia es un ejemplo de lo que necesitamos saber para recibir la bendición que puede dar Jesús.

1. *Bartimeo conocía su más profunda necesidad.* Cuando este hombre tuvo la oportunidad de clamar a Jesús, estaba listo. Sabía lo que necesitaba. Durante algún tiempo, había estado rodeado por la oscuridad de la ceguera, sin nadie que le ayudara. Cuando Jesús preguntó: «¿Qué quieres que te haga?» (Mr 10.51a), inmediatamente alzó su voz: «Maestro, que recobre la vista» (10.51b).

Usted y yo sabemos de nuestro pecado. Nos ha llenado de culpa delante de Dios. Es nuestra principal necesidad. No puede haber perdón a menos que Jesús lo imparta. El evangelio es únicamente para los pecadores. A menudo las personas escuchan a Jesús, sin embargo, no saben cuál es su problema. Aquellos que escucharon a Pedro predicar en el día de Pentecostés llegaron a reconocer que eran pecadores. Motivados por su culpa ante Dios, clamaron: «¿qué haremos?» (Hch 2.37).

2. *Este ciego de alguna manera conocía a Jesús.* Este hombre había escuchado algo acerca de Jesús y sabía quién era. Le llamó «Hijo de David» (vea 10.47, 48). Como resultado de cualquier enseñanza que había escuchado, tenía fe en que Jesús podía mostrarle la misericordia de la sanidad.

¿Sabes usted y tiene fe en que Jesús es el único que puede salvarle? Si es así, muy bien; si no lo sabe, es trágico. Es un conocimiento esencial sin el que no puede llegar a Jesús.

3. *Bartimeo conocía su responsabilidad personal* en el asunto. Este ciego percibió que podría tener la oportunidad de hablar con Jesús. También sabía que no tenía a nadie que fuera a buscar a Jesús por él. Cuando llegara la oportunidad, la aprovecharía. No podía depender de nadie más.

Cada uno de nosotros ha recibido una responsabilidad personal. Nadie puede creer por nosotros, arrepentirse por nosotros, confesar a Jesús como el Cristo por nosotros ni ser bautizados en nuestros lugar. Son asuntos personales de los que tiene que ocuparse cada uno de nosotros.

4. *Bartimeo sabía que era necesaria una respuesta inmediata.* La conversión incluye más que recibir un regalo. Jesús desea nuestra voluntad. El

texto dice de este mendigo ciego: «Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino» (10.52b). Este hombre recibió un gran regalo, de eso podemos estar seguros. En gratitud, se estaba comprometiendo de por vida con Jesús.

¿Qué es la conversión? ¿Es un momento breve cuando decimos, «Gracias, Jesús, por tu perdón»? No, cuando nos dirigimos a Jesús, necesitamos saber que Él desea nuestra obediencia fiel.

5. *Este desesperado hombre reconocía la importancia del momento.* Sintió que solo tendría una oportunidad para encontrarse con Jesús. Éste se dirigía a Jerusalén y nunca más estaría en Jericó. El momento le ofreció una única oportunidad para actuar, y este hombre no la dejaría pasar.

Cuando Jesús permite que Su mensaje sea dado a nosotros, quiere decir que lo escuchemos y le respondamos. Los asuntos espirituales no son triviales. Mientras que un minuto es solo sesenta segundos, puede contener muchos tesoros.

Conclusión: ¿Qué necesitamos saber? ¿Qué conocimiento esencial tenemos que tener para obtener sanidad espiritual? Tenemos que reconocer cuál es nuestra mayor necesidad, quién es nuestro Señor y Salvador, cuál es nuestra responsabilidad personal, cuál debe ser nuestra respuesta fiel y cuán importante es el momento. Las oportunidades son frágiles por naturaleza. Pueden pasar rápidamente y nunca más volver. Si somos descuidados con ellas, podemos perderlas.

Una oportunidad desperdiciada (11.12–14)

El domingo por la tarde, en una procesión real, Jesús se había dirigido a Jerusalén. Montando un pollino que nunca antes había sido montado, fue recibido en el camino por los clamores de las multitudes, que proclamaban: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!» (11.9b). Había guiado a Sus apóstoles y a los demás discípulos al templo. Después de entrar al templo y observar lo que se estaba haciendo allí (11.11a), Él y Sus apóstoles habían ido a Betania para pasar la noche (11.11b). Quizás se habían quedado con Marta, María y Lázaro; de lo contrario, puede que hayan pasado la noche al aire libre.

El lunes por la mañana, habían salido de Betania antes del desayuno y estaban caminando los tres kilómetros de regreso a Jerusalén para la predicación y la enseñanza del día que estaba iniciando. Junto al camino por el que viajaban, en un lugar distante, había una higuera con hojas; y llamó la atención de Jesús. Haciéndose a un lado, «fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero

cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos» (11.13).

Por lo general, cuando una higuera producía sus hojas, anunciaba: «Tengo higos. Ven y tómalos». En este caso, aunque las hojas cubrían el árbol, no había higos. Nuestro Señor había venido a un árbol estéril. Tenía una apariencia majestuosa con hojas verdes y ramas fuertes; tenía todas las indicaciones de vida, sin embargo, estaba totalmente sin fruto. Tenía follaje, mas no higos.

Jesús le dijo: «Nunca jamás coma nadie fruto de ti» (11.14a). Marcos hizo notar: «Y lo oyeron sus discípulos» (11.14b). Jesús tuvo que haber hablado en voz alta, para beneficio de los apóstoles, mientras maldecía al árbol. La maldición hizo que el árbol muriera de inmediato (vea Mt 21.19).

La maldición de la higuera y la expulsión de espíritus inmundos hacia la manada de cerdos (Mr 5.1–20) son los dos milagros de juicio de Jesús mencionados en los relatos del Evangelio. ¿Cómo hemos de interpretar estos dos eventos inusuales? Podemos creer plenamente que Jesús tuvo razones divinas para lo que hizo en cada uno de estos casos.

En la circunstancia de esta higuera, las acciones de Jesús demostraron el juicio que eventualmente tiene que llegar a aquellos que han descuidado sus oportunidades de dar frutos. Jesús reiteró la verdad que se enseña aquí cuando dijo: «Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto» (Jn 15.2). Este árbol, en su improductividad y esterilidad, le ilustró al mundo la triste historia de «La oportunidad perdida».

1. Este árbol tuvo *una oportunidad de oro*. Había cobrado vida a partir de una semilla de higo. Se había abierto paso por el suelo como un retoño y luego se había convertido en una higuera robusta. El propietario del terreno tuvo que haber estado satisfecho con el potencial del árbol.

Cuando pensamos en el árbol como un símbolo de Israel, vemos una nación que fue elegida por Dios para representarlo ante los demás pueblos del mundo. ¿Qué oportunidad la de esta nación! Sobre ella caía esta bienaventuranza: «Bienaventurada la nación cuyo Dios es Jehová, El pueblo que él escogió como heredad para sí» (Sal 33.12). Los israelitas (judíos) fueron elegidos para recibir las riquezas espirituales y la herencia del Dios todopoderoso. Se les dijo: «Y me seréis por pueblo, y yo seré vuestro Dios» (Jer 30.22). Dios mismo les prometió: «Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo» (Lv 26.11, 12).

A este árbol y a esta nación se les presentaron oportunidades de oro. La mayor oportunidad que cualquiera puede tener es vivir en la comunión de Dios.

2. Este árbol, con el tiempo, también tuvo *una oportunidad madura*. En su crecimiento, el árbol se convirtió en un árbol completamente desarrollado que, en su temporada, podría estar cargado de higos para que los disfrutara el propietario. Este árbol tenía hojas, suponiendo que también tenía higos, sin embargo, no tenía frutos.

El relato de este árbol constituye el relato de la nación de Israel. Juan tuvo que escribir sobre Jesús: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron» (Jn 1.11). Cuando el Mesías entró en Jerusalén, la nación que había venido a salvar se volvió contra Él y lo envió a la cruz. En la crucifixión, «también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él» (Mt 27.41, 42). Cuando llegó su oportunidad madura, cuando llegó el momento de recibir a Jesús como el Mesías y coronarlo como su Salvador y Señor, en lugar clamaron: «¡Sea crucificado! [...] Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mt 27.23–25).

Jesús le pidió a Su pueblo elegido que fuera un testimonio para las naciones y que fructificara, sin embargo, eran estériles. Habían leído y estudiado los libros del Antiguo Testamento, sin embargo, no habían entendido el mensaje del Mesías. Israel estaba entre las naciones del mundo con hojas, mas no fruto.

3. El hecho de que el árbol no produjera frutos dio como resultado *una oportunidad desperdiciada*. El árbol tuvo su oportunidad en el tiempo para alimentar al Hijo de Dios, sin embargo, «nada halló sino hojas» (11.13).

El tiempo del juicio llegará para todas las personas, tal como sucedió para esta higuera y para la nación de Dios. El Hijo de Dios le dijo a la higuera: «Nunca jamás coma nadie fruto de ti» (11.14). En la parábola de las diez vírgenes, el novio dijo: «De cierto os digo, que no os conozco» (Mt 25.12). Respecto al siervo improductivo de la parábola de los talentos, su señor dijo:

Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado (Mt 25.28, 29).

De las personas a la izquierda del trono en el día del juicio, el Rey glorioso dirá: «E irán éstos al castigo

eterno, y los justos a la vida eterna» (Mt 25.46).

Conclusión: Nada puede ser peor que desperdiciar la oportunidad más preciosa de la vida. Cuando un árbol no da fruto, suele ser porque está muerto. La misma verdad aplica a individuos y a naciones. Cuando comprobamos si hay fruto y no encontramos ninguno, estamos bastante seguros de que ha llegado la muerte. Los discípulos muertos, como los árboles muertos, no dan fruto.

Jesús dijo: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer» (Jn 15.5). La oportunidad de oro para cada uno de nosotros es desarrollar una relación con Jesús. Este vínculo con Jesús proporciona sustento, energía divina y una vida fructífera. Si un discípulo no tiene una relación vital con Jesús, es únicamente apto para la pila de arbustos muertos. Jesús dijo: «El que en mí no permanece, será echado fuera como pámpano, y se secará; y los recogen, y los echan en el fuego, y arden» (Jn 15.6).

Cuando nuestro Padre nos mira y nos encuentra llevando mucho fruto, se complace enormemente. Jesús dijo: «En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos» (Jn 15.8).

Fortaleza para las grandes luchas (13.5–13)

En la primera parte del Discurso de los Olivos, Jesús les dio varias señales a Sus discípulos con respecto a la caída de Jerusalén. A las señales iniciales que dio se les podría llamar señales «antes» o señales «todavía no». Estaba describiéndoles a Sus oyentes cómo sería la vida antes del día de la destrucción de Jerusalén. Sus discípulos, dijo, pasarían por grandes luchas; sin embargo, a esos momentos de estrés no se les había de ver como señales de que el fin había llegado. Jesús presentó estas como señales «todavía no», «principios de dolores» (13.8d). Apuntaban a la caída de Jerusalén.

Lo que Jesús les dijo a Sus discípulos es práctico y significativo para nosotros; porque nosotros también tenemos tiempos difíciles por delante. No estamos en dirección a la caída de Jerusalén como lo estaban ellos; sin embargo, la mayoría de nosotros experimentará la pérdida de un ser querido, una enfermedad incapacitante o las consecuencias de conflictos nacionales. Los tiempos estresantes no necesariamente pronostican el fin de nuestro tiempo en la tierra; sin embargo, sí nos recuerdan que tenemos que pasar por experiencias impactantes como discípulos fieles de

Cristo. Por lo tanto, es apropiado que tomemos en serio las palabras de consuelo y amonestación que Jesús les dio a Sus discípulos mientras avanzaban hacia la caída de Jerusalén.

1. «*En cuanto a los falsos maestros, no se dejen engañar por ellos*». Al comienzo de Su discurso, Jesús les dijo a Sus discípulos: «Mirad que nadie os engañe; porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo; y engañarán a muchos» (13.5, 6).

Esta advertencia fue la primera señal «todavía no» en el relato de Marcos del discurso de Jesús. La venida de falsos Cristos constituía una señal remota y precedente. Jesús les instó a Sus discípulos a no ser engañados por estos falsos maestros. Habría hombres que se presentarían como el Mesías, sin embargo, los seguidores de Jesús no habían de dejarse engañar por ellos.

Todos enfrentaremos problemas similares. Sea que vivamos por varios años más o pronto venga Jesús, debemos tener cuidado con los falsos maestros. Pablo le dijo a Timoteo:

Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad (1ª Ti 4.1–3).

También le dijo a su hijo en la fe:

Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas (2ª Ti 4.3, 4).

En Su Sermón del Monte, Jesús advirtió: «Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces» (Mt 7.15).

2. «*En cuanto a los conflictos políticos, no se asusten por eso*». Jesús dijo: «Mas cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis, porque es necesario que suceda así; pero aún no es el fin. Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino» (13.7, 8a). Esta exhortación constituye la segunda señal «todavía no». Para estos discípulos, vendrían tiempos turbulentos, tiempos que se caracterizarían por «guerras y [...] rumores de guerras».

Tácito describió parte de la inestabilidad del siglo primero a la que Jesús se refirió.³ Sin embargo, Jesús insistió en que estos tiempos difíciles no marcaban el final. Los discípulos no habían de alarmarse cuando vieran estas cosas.

3. «Con respecto a las calamidades naturales, no se alarmen por ellas». Jesús dio la siguiente descripción: «... y habrá terremotos en muchos lugares, y habrá hambres y alborotos; principios de dolores son estos» (13.8b).

La tercera señal «todavía no» de Jesús tenía que ver con trastornos en la naturaleza. Dijo que venían hambres y terremotos. Se reporta una hambruna en Roma alrededor del año 46 d.C., durante el reinado de Claudio, en Hechos 11.28 y en los escritos de Josefo.⁴ Hubo terremotos en los años 60 d.C. en Laodicea y Pompeya.

Jesús dijo que todo lo anterior sería preliminar, simplemente el comienzo de dolores. Los dolores más grandes vendrían con la caída de Jerusalén.

¿Cómo soportamos pruebas de este tipo antes de llegar al final de la vida? Jesús les dijo a Sus discípulos que no se aterrorizaran por las calamidades. Cuando las enfrentemos, hemos de refugiarnos en las promesas de nuestro Señor y en el refugio de Su Palabra. Apoyándonos en nuestra fe en Él, tenemos que impedir que nos roben de nuestro gozo, nuestra esperanza y nuestra confianza en Cristo.

4. «En cuanto a la persecución, no se preocupen por eso». Jesús dijo:

Pero mirad por vosotros mismos; porque os entregarán a los concilios, y en las sinagogas os azotarán; y delante de gobernadores y de reyes os llevarán por causa de mí, para testimonio a ellos. Y es necesario que el evangelio sea predicado antes a todas las naciones. Pero cuando os trajeren para entregaros, no os preocupéis por lo que habéis de decir, ni lo penséis, sino lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo (13.9–11).

Las anteriores palabras constituyen la cuarta señal «todavía no». La advertencia nos recuerda la descripción que hace Tácito de los cristianos en el momento de la persecución de Nerón, en la que se refirió a ellos como «una clase de hombres repudiados por sus abominaciones».⁵

Jesús explicó que las persecuciones serían por causa de Su nombre (13.9; vea Mt 10.22; 1ª P 4.14).

³ Tácito *Historias* 1.2.

⁴ Josefo *Antigüedades* 3.15.3 [320].

⁵ Tácito *Anales* 15.44.

Vemos persecuciones como estas en el Libro de Hechos. Los cristianos que formaban la iglesia de Jerusalén fueron severamente perseguidos y expulsados de Jerusalén (Hch 8.4). Jacobo fue condenado a muerte por espada, convirtiéndose en el primer mártir apostólico (Hch 12.2); otros apóstoles (como Pedro y Pablo) también fueron ejecutados antes del 70 d.C.

Probablemente todos sufriremos algún tipo de persecución. Pablo nos instó a darnos cuenta de que «también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución» (2ª Ti 3.12).

Jesús no fue específico en cuanto a lo que habían de hacer los discípulos cuando llegara la persecución. Simplemente les dijo que estuvieran en guardia y que no pensarán en lo que dirían cuando fueran entregados. Les instó a que estuvieran al tanto de estos juicios y estuvieran listos para hacer lo que previamente Él les había enseñado. Deseaba que Sus discípulos supieran que el Espíritu Santo los guiaría en lo que debían hacer y decir (13.11b).

Estos primeros cristianos, en muchos casos, recibieron el don de inspiración del Espíritu Santo; nosotros no lo recibimos, sin embargo, tenemos las palabras del Espíritu en las Escrituras para guiarnos a lo largo de tiempos de oposición. También tenemos las palabras de Jesús que podemos plantar en nuestros corazones. Por ejemplo, podemos recordar Sus palabras en el Sermón del Monte:

Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros (Mt 5.10–12).

La instrucción del Señor para nosotros, así como para los primeros discípulos, es «Mirad».

Conclusión: La gran verdad que nos llega de Marcos 13.5–13 es que nosotros, como los primeros discípulos, tenemos que vivir para Jesús durante momentos difíciles. Lo más probable es que, durante nuestra peregrinación, enfrentaremos la turbulencia de las pruebas. Vendrán falsas enseñanzas, vendrán calamidades y vendrá la persecución. Estemos en guardia y estemos listos para ello. No nos dejemos aterrorizar por ello ni nos preocupemos por ello, sino confiemos en la guía que Jesús nos ha dado.

Nuestra consigna es «fidelidad». Jesús dijo: «...

mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo» (13.13b). El lago de la vida no siempre estará en calma. Puede que vengan tormentas sobre nosotros. Tenemos que estar preparados; en muchos casos, no se dará aviso previo. Sin embargo, Jesús prometió caminar con nosotros. Él sabe cómo calmar las tormentas y cómo guiarnos a lo largo de ellas.

Jesús no vino a quitar todo el sufrimiento de este mundo. Vino a vivir en sufrimiento para poder mostrarnos cómo manejar las pruebas que enfrentemos. Puede que nuestras luchas no sean tan severas como las de los primeros discípulos que fueron advertidos sobre la caída de Jerusalén, sin embargo, pueden ser desastrosas si no las enfrentamos en comunión con Jesús.

Cómo huir de la destrucción (13.14–23)

Cuando Jesús anunció la caída de Jerusalén, usó lo que podemos llamar señales «cercanas» (13.14–23). Estas señales indicaban que la caída estaba en proceso de suceder. Cuando vieran estas señales, los discípulos habían de huir de la ciudad. Mientras que las señales «todavía no» que precedieron a las señales «cercanas» les decían que la caída se produciría en un futuro cercano, las señales «cercanas» decían: «La caída está en proceso de ocurrir. ¡Abandonen la ciudad inmediatamente!».

Una aplicación que puede hacerse con respecto a las instrucciones de Jesús viene incorporada en la pregunta «¿Cómo puede escaparse de una tragedia catastrófica?». No estamos experimentando la caída de Jerusalén; sin embargo, podemos enfrentar la tragedia de la adicción, el atractivo del dinero o del poder u otra situación que requiera huir en lugar de quedarse y luchar contra el enemigo.

Cuando los discípulos de Jesús vieran las señales «cercanas», ¿qué les dijo que hicieran?

1. «*No lo titubeen*». Jesús dijo: «Pero cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes» (13.14). La primer señal «cercana» dada por Jesús incluía la «abominación desoladora». La frase, del Libro de Daniel (9.27; 11.31; 12.11), se refiere a un tiempo de destrucción.

El significado de esta frase críptica sin duda queda claro en Lucas 21.20a, que dice: «Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos». Jesús estaba aplicando claramente esta descripción a los ejércitos que vinieron a destruir a Jerusalén. La frase «abominación desoladora» podría haber tenido dos significados proféticos en el

Libro de Daniel: la profanación que se produjo durante los días de Antíoco Epifanes y la caída de Jerusalén y el fin del sistema de sacrificios judíos. Marcos puso la frase «el que lee, entienda» entre paréntesis para enfatizar que la frase transmitía un significado oculto que era importante para el lector cristiano.

Esta señal inmediata constituía una señal urgente para que los discípulos fueran a los montes. Sólo así podrían salvar sus vidas. Cuando llegó el momento de huir, los que escucharon a Jesús escaparon de Jerusalén. Según Eusebio, cuando Tito y su ejército se dirigieron hacia la ciudad, los cristianos encontraron seguridad al cruzar el río Jordán hacia Pela y otros lugares.⁶

A veces, puede que nosotros también enfrentemos situaciones adversas. José se enfrentó a semejante circunstancia en Génesis 39.12. Su situación era tan crítica que sabía que tenía que correr, incluso si quería decir dejar su ropa. Cualquier demora podría haber resultado en un desastre espiritual para José. Para nosotros, «abominación desoladora» podría ser cualquiera de las fuerzas del mal que se acercan para obtener una victoria segura, a menos que nos alejemos sin titubear y corramos hacia una seguridad espiritual.

2. «*No se demoren*». Jesús les dijo a Sus discípulos:

El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa. Mas ¡ay de las que estén encintas, y de las que críen en aquellos días! Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno (13.15–18).

Jesús estaba refiriéndose a un momento de extrema urgencia. Los que quisieran prestar atención a Su advertencia habían de irse sin siquiera ir a sus casas para reunir los suministros necesarios para su viaje. Se desperdiciaría tiempo para ir de «la azotea» —donde se podía trabajar, descansar, ser un vigilante u orar⁷— de regreso a la casa o ir del «campo» a la casa. Cualquier intento de salvar una valiosa posesión pondría insensatamente en peligro la vida de la persona que huía.

El viaje sería difícil. Las mujeres embarazadas enfrentarían dificultades especiales, al igual que aquellas mujeres que estaban amamantando bebés. Sin embargo, habían de huir. El invierno podría crear cargas adicionales. Los inviernos palestinos pueden ser severos; el clima puede traer una caída

⁶ Eusebio *Historia eclesiástica* 3.5.

⁷ Veá Jos 2.6; 1° S 9.25; Is 22.1; Hch 10.9.

en las temperaturas y hacer que las corrientes se conviertan en torrentes. Independientemente de los problemas que pudieran surgir, los discípulos fieles habían de correr hacia los montes.

La segunda señal «cercana» que Jesús describió fue una lucha desesperada que continuaría cuando cayera Jerusalén. Tendría lugar una gran «tribulación» (13.19). La frase no es el nombre de un período de tiempo; describe la intensidad del sufrimiento que fue limitada en tiempo por el bien de los cristianos. Josefo describió los horrores del asedio,⁸ que se cree que duró desde abril hasta septiembre.⁹ Un sufrimiento sin precedentes caracterizó la destrucción de la ciudad santa. Si se hubiera prolongado, habrían muerto muchas más personas alrededor de Jerusalén.

Josefo afirmó que más de un millón de personas murieron en el asedio y destrucción de Jerusalén.¹⁰ Hizo declaraciones extremas sobre la gravedad y la maldad de las circunstancias. Dijo que ninguna ciudad había sufrido alguna vez de una manera comparable. Cuando las personas vieran venir esta tribulación, tenían que buscar ponerse a salvo.

Tenemos que recordar que algunas situaciones pueden ser tan malvadas y tan violentas que deberíamos dejarlas lo antes posible. No podemos detenernos por nada hasta que estemos en un refugio espiritual que nos oculte hasta que pase la tormenta.

3. «No se desvíen». Jesús dio la siguiente nueva instrucción: «Entonces si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo; o, mirad, allí está, no le creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos» (13.21, 22).

Jesús no prometió ninguna aparición personal en relación con la caída del templo. Él vendría en juicio, mas no de otra manera. A los discípulos se les advirtió en contra de aceptar afirmaciones de cualquier persona, fuere un falso profeta o un falso Cristo, que buscaría engañar a las personas

⁸ Josefo *Guerras* 5.12.3 [512–17]; 5.13.7 [567–71]; 6.3.3 [193–200].

⁹ Jack P. Lewis, *The Gospel According to Matthew*, Part II (*El Evangelio según Mateo*, 2ª parte), The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1976), 126. Josefo indicó que el asedio comenzó en el tiempo de la pascua y la fiesta de los panes sin levadura. (Josefo *Guerras* 6.9.3 [421]), e historiadores han registrado que la ciudad cayó el 7 de septiembre del año 70 d.C. (Francis Lieber, ed., *Encyclopaedia Americana* [*Enciclopedia Americana*], nueva edición. [Boston: B. B. Mussey & Co., 1854], 219.)

¹⁰ Josefo *Guerras* 6.9.3 [420]. También señaló que 97,000 fueron llevados cautivos. Tácito dio el número de muertes en 600,000. (Tácito *Historias* 5.13.)

mostrando señales y maravillas.

¿Darán otros un mensaje diferente del que Cristo había dado? Sí, siempre hay falsos maestros a nuestro alrededor; sin embargo, tenemos que aferrarnos a la verdad que nuestro Salvador nos ha dado. No debemos permitir que ningún mensaje nos disuada de seguir a Cristo. Los falsos profetas podrían incluso venir con señales y prodigios que parecerán muy creíbles, sin embargo, podemos reconocer fácilmente las falsedades si nos comprometemos a estudiar y prestar atención a las palabras de Cristo. No debemos desviarnos a otras enseñanzas.

Los profetas del diablo pueden usar señales y maravillas. Si pueden convencernos de que los escuchemos, posiblemente puedan persuadirnos. Tenemos que rechazarlos de inmediato, permanecer con el liderazgo de Cristo y buscar terrenos más elevados de seguridad.

4. «No miren atrás». Cuando vieran las señales descritas, los seguidores de Jesús habían de ir directamente a la seguridad. No habían de regresar por nada, ni desviarse, ni detenerse hasta llegar a un lugar de refugio. El Señor dijo: «El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de Su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa» (13.15, 16).

Una circunstancia similar prevaleció cuando Lot fue sacado de Sodoma. El ángel le dijo a Lot: «toma tu mujer, y tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad» (Gn 19.15). Para nuestra sorpresa, Lot, al borde de ese desastre, vaciló. Por compasión, los tres ángeles «asieron de su mano» y las manos de los miembros de su familia y «lo pusieron fuera de la ciudad» (Gn 19.16). A él y a su familia les dijeron: «Escapa por tu vida; no mires tras ti, ni pares en toda esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas» (Gn 19.17; énfasis agregado). A pesar de la advertencia, la esposa de Lot miró atrás a lo que estaban dejando; durante la destrucción de esa ciudad, se convirtió en una «estatua de sal» (Gn 19.26).

Cuando nos enfrentamos a un mal devastador, tenemos que dejarlo atrás, correr hacia la seguridad, y no desviarnos para escuchar un mensaje nuevo de ninguna persona. Tenemos que seguir avanzando hasta que estemos envueltos en un lugar seguro. Nuestros corazones no deben anhelar lo que hemos dejado atrás.

Conclusión: cuando es hora de huir, ciertamente tenemos que huir. Los que no se fueron cuando Jerusalén comenzó a caer, terminaron cayendo con la ciudad. Jesús había advertido: «Mas vosotros

mirad; os lo he dicho todo antes» (13.23). Aquellos que murieron con Jerusalén sabrían por adelantado cómo sobrevivir si hubieran estudiado y creído las palabras de Jesús en Mateo, Marcos o Lucas con respecto a lo que sucedería en ese lugar.

Las buenas nuevas es que podemos superar cualquier cosa, sin importar cuán terrible sea, si estamos dispuestos a seguir las palabras de Cristo. Puede que se nos pida tomar una decisión drástica con respecto a nuestra propia «abominación desoladora», una decisión que nos obliga a cortar los lazos que nos atan a una situación peligrosa y huir lo más rápidamente posible. Hemos de recordar el énfasis exagerado de Jesús con respecto a cortarnos una mano o un pie que nos obstaculiza. Dijo que si un ojo nos hace tropezar, tenemos que sacarlo y echarlo fuera (9.47). Sus palabras requieren una acción drástica. Nada debe ser tan valioso para nosotros que insistamos en dejárnoslo si nos impide ir al cielo.

Hablando espiritualmente, podemos superar cualquier cosa si estamos dispuestos a obedecer a Dios. Jesús les pidió a Sus discípulos que murieran para Jerusalén, que la dejaran atrás y que no miraran atrás. Los que hicieron lo que Él les dijo que hicieran, vivieron; los que no, probablemente perecieron en la terrible caída de Jerusalén. A veces, para tener una vida abundante, tendremos que correr sin demora, sin desviarnos, y no mirar atrás hasta que estemos en un lugar seguro.

El significado de la ascensión (16.19, 20)

Después de hablarles a Sus discípulos por última vez en la tierra, Jesús «fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios» (16.19). De la ascensión de nuestro Señor al Padre, aprendemos tres verdades que deben motivarnos a seguirle.

1. *Jesús es nuestro Salvador amoroso.* Su ascensión fue para beneficio del hombre. Podría haber regresado al Padre de muchas maneras diferentes, sin embargo, mostró Su preocupación por Sus seguidores ascendiendo de una manera visible y obvia. Deseó ayudarles a las personas a creer en Él.

2. *Jesús es nuestro Señor reinante.* Su ascensión demostró que era sobrenatural. Los que presenciaron el evento le adoraron y luego «volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban siempre en el templo, alabando y bendiciendo a Dios» (Lc 24.52, 53; vea Mr 16.20). Él es digno de nuestra adoración y servicio. De hecho, «Porque de tanto mayor gloria que Moisés es estimado digno éste» (He 3.3) y es digno de la adoración de «todos los ángeles de Dios» (He 1.6).

3. *Jesús es nuestro Juez que viene.* Durante Su ministerio, Jesús había enseñado que juzgaría al mundo en el día final (vea Jn 12.48). Su ascensión les dio autenticidad a Sus enseñanzas anteriores.

Conclusión: En vista de que Jesús es nuestro Salvador, Señor y Juez, debemos rendirnos a Su voluntad por el resto de nuestras vidas.

(Viene de la página 2)

en esta sección «no menos de *veintiuna palabras y expresiones [...] que nunca fueron usadas* por Marcos en ningún otro lugar».⁹ McGarvey escribió que él mismo examinó «los últimos doce versículos de la narrativa de Lucas y encontró nueve palabras que no se usan en otra parte en su narrativa, y entre ellas hay cuatro que no se encuentran en ninguna otra parte del Nuevo Testamento...».¹⁰ Según McGarvey, no es válido sostener que el uso de palabras nuevas al final de Marcos prueba que la sección final no fue escrita por la misma mano que el resto del libro.

Los dos manuscritos unciales que no tienen 16.9–20, y por lo tanto proporcionan evidencia posible en contra de la autoría de Marcos de este pasaje, son del siglo cuatro. Son el Codex Vaticanus y el Codex Sinaiticus y son considerados nuestros mejores manuscritos tempranos. En cuanto a la gran cantidad de versiones que contienen el pasaje, fueron producidas principalmente a partir de manuscritos que se copiaron antes de los códices del Vaticano y del Sinaitico.

A favor de Marcos 16.9–20 hay una gran cantidad de testigos: el Manuscrito de Alejandría, el Manuscrito de Efraema, el Códice Bezae, otros primeros unciales, todos los últimos unciales y cursivas, varias autoridades latinas antiguas más la Vulgata, un manuscrito Antiguo Siríaco, la versión Siríaco Peshitta y muchas otras versiones.¹¹

⁹ Henry Alford, *The Greek Testament (El Testamento griego)*, rev. Everett F. Harrison (Chicago: Moody Press, 1958), 438. Aunque Alford llegó a la conclusión de que Marcos probablemente no escribió este final del libro, lo vio como «un fragmento auténtico, colocado como una terminación del Evangelio en tiempos muy tempranos.» Por una persona desconocida, «pero llegando a nosotros con una sanción muy importante, y con fuertes reclamos sobre nuestra recepción y reverencia».

¹⁰ McGarvey, 380.

¹¹ Neil R. Lightfoot, *How We Got the Bible (Cómo nos llegó*

Muchas de estas copias fueron hechas de un manuscrito ancestral que era más antiguo que el Vaticano y los manuscritos sinaíticos. Es una evidencia bastante sólida de la autenticidad de 16.9–16, sin embargo, sugiere que una hoja final de un códice (un manuscrito en forma de libro) podría haberse perdido antes de que los escribas copiaran el texto.

Prácticamente todos los hechos en 16.9–20 se confirman como verdaderos en otros pasajes que cubren el mismo material. No fue necesario que Marcos escribiera sobre las muchas señales que los apóstoles y otros cristianos realizaron en los años posteriores (16.17, 18). El único milagro del que no tenemos ejemplo es beber veneno sin que haga daño, lo que sin duda sucedió en la iglesia primitiva, aunque no se menciona en Hechos.

Otra razón para aceptar esta perícopa en el canon en este lugar es quizás el sentido común. ¡Qué inapropiado sería terminar cualquier libro, especialmente un Evangelio que cuenta la historia de nuestro Señor resucitado, con la declaración «ni decían nada a nadie, porque tenían miedo» (16.8b)!

Un párrafo final aparece después de 16.20 en la NASB:

[Y rápidamente informaron todas estas instrucciones a Pedro y sus compañeros. Y después de eso, Jesús mismo envió por medio de ellos de oriente a occidente la sagrada e imperecedera proclamación de la salvación eterna.]

Esta sección está en cursiva y también en corchetes porque no existe evidencia confiable para respaldar que Marcos la escribió.

la Biblia), 2ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1988), 74.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).